

ae

Ga  
ESTAN PREVIENDO

Ana Alcolea  
Montserrat del Amo Elia Barceló  
Lola Beccaria  
Martín Casariego  
Ana Isabel Conejo  
Carlo Frabetti  
Espido Freire Carlos Giménez  
Alfredo Gómez Cerdá  
César Mallorquí Ricardo Gómez  
Gustavo Martín Garzo Andreu Martín  
Gonzalo Moure  
Elena O'Callaghan i Duch  
Rosa Regàs  
Care Santos  
Marta Rivera de la Cruz  
Jordi Sierra i Fabra  
Lorenzo Silva

21 relatos contra el **acoso**  
escolar

Idea y dirección: Fernando Marías y Silvia Pá...

Lectulandia



Collejas. Empujones furtivos. Insultos. Anónimos y amenazas. Lobros y apuntes rotos. Escupitajos. Ignorar y hacer el vacío. No prestar ayuda. Difamaciones. Rumores y bulos. Llamadas obscenas. Humillaciones. Zancadillas. Silencios culpables. Mirar para otro lado... El acoso escolar tiene muchas caras. Cuidado.

Este libro es una recopilación de relatos realistas que, firmados por algunos de los escritores más importantes del panorama nacional, denuncia el acoso escolar desde distintas perspectivas.

Un libro cada día más necesario.

# Lectulandia

Ana Alcolea & Ana Isabel Alonso & Elia Barceló & Lola Beccaria & Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martínez Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & Lorenzo Silva & AA. VV.

## **21 relatos contra el acoso escolar**

**Gran angular - 276**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2019

Ana Alcolea & Ana Isabel Alonso & Elia Barceló & Lola Beccaria & Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martínez Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & Lorenzo Silva & AA. VV., 2008

Ilustraciones: Carlos Giménez

Diseño de cubierta: Carlos Giménez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



# PRÓLOGO

«Mientras exista la atrofia del niño por las tinieblas, los libros como este podrán no ser inútiles», escribió Víctor Hugo en el prólogo de su novela *Los miserables*.

Nos parece oportuno recuperar esta contundente sentencia para comenzar *21 cuentos contra el acoso escolar*, libro cuyo objetivo queda nítidamente expuesto desde el propio título.

Veintiún autores se enfrentan sin miedo, y de forma a veces muy poco complaciente, a las múltiples caras de este gravísimo problema que constituye hoy y ahora, en este mismo instante, una terrible forma de tortura para muchos escolares de nuestro país.

Veinte escritores de reconocido prestigio —algunos de ellos, realizando su primera incursión en el campo de la literatura juvenil— y un ilustrador — en representación breve pero significativa del mundo del cómic— reclaman nuestra mirada hacia este espejo oscuro, recordándonos que tal vez deberíamos preguntarnos:

¿Cuál es mi actitud concreta ante el acoso escolar?

Esa es la intención nítida. Si en algún caso lo conseguimos, este libro *podrá no ser inútil*.

# CHICO OMEGA

*por César Mallorquí*

El *Abominable hombre de las letras* como él mismo se autoproclama en su *blog* dejó de fumar en 1986. Pero este no es el único logro de este madrileño nacido en barcelona en 1953. Tras una exitosa carrera como periodista, guionista de radio y creativo de publicidad, un buen día decidió dejarlo todo por su verdadera pasión: la literatura. Y, desde entonces, no ha parado de regalarnos excelentes novelas.



*¡Ring ring...!*

Vamos, vamos, espabílate, está sonando el despertador. Arriba, dormilón, abre los ojos y mira por la ventana; comienza un nuevo día y la mañana es espléndida. Anda, no seas holgazán y sal de la cama; piensa que hoy es el primer día del resto de toda tu vida y cualquier cosa puede suceder, pues el mundo está lleno de promesas.

Te incorporas y te sientas en la cama con los ojos todavía abotargados por el sueño; durante unos segundos sientes una punzada de angustia por haberte despertado, pero ese dolor, ese taladro sordo que te perfora por dentro, desaparece poco a poco sumido en la resignación. Un nuevo día, sí, un día en el que todo es posible. Te levantas, te duchas, te pones el uniforme del colegio, desayunas en la cocina, recoges la mochila con los libros y te despedes de mamá con un fugaz beso. *Que pases un buen día*, dice ella, sonriendo. Un buen día... como ayer, como mañana, como siempre.

Sales a la calle; la mañana es soleada pero fría, las personas que pueblan las aceras deambulan con prisa, como si todos llegaran tarde a algún sitio. Te arrebuja en el chaquetón y metes las manos en los bolsillos para protegerlas del frío, echas a andar hacia el colegio; solo está a seis manzanas de distancia, apenas diez minutos de tranquila caminata. Miras el reloj que preside la torre de una iglesia: marca las nueve menos cinco, faltan quince minutos para que empiecen las clases. Automática mente, casi sin darte cuenta, comienzas a caminar más despacio; si llegas demasiado pronto, te encontrarás a tus compañeros en el patio, y eso no es bueno, ¿verdad?, no, no, no, nada bueno, así que no corras, tranquilo, arrastra los pies, procura retrasar al máximo el momento de la llegada.

Las nueve en punto... Las nueve y cinco... Cruzas el viaducto que salva un desnivel entre dos calles; ya ves el colegio, ahí está, frente a ti. Conforme te acercas, un nudo se va formando en tu estómago y sientes ganas de darte la vuelta y alejarte corriendo, perderte en las calles, desaparecer, pero sabes que no puedes, sabes que cadenas invisibles te atan a tu deber, y tu deber es ir al colegio, estudiar, formarte, y aguantar, y aguantar, y aguantar, soportar lo insoportable.

Ya está, has llegado. El patio se encuentra casi desierto, buena suerte; cruzas la verja y echas a andar hacia el edificio del colegio. De pronto, escuchas a tu espalda un repique de pasos acelerados; son tres compañeros tuyos que llegan corriendo para no retrasarse. Al pasar a tu lado, uno de ellos te da un doloroso palmetazo en la nuca; los otros dos se ríen y escupen algún comentario hiriente. Bajas la mirada y sigues caminando en silencio; hoy no vas a llorar, te dices apretando los dientes, no, no llorarás. Ellos pasan de largo —el eco de su carrera reverberando en los pasillos— y tú, con la mirada fija en el suelo, subes las escaleras, cruzas el umbral y te adentras en un largo corredor jalonado de aulas. El vocerío de los chavales te llega amortiguado por los tabiques.

Entras en clase. El profesor ya ha venido y los alumnos se están sentando. Dejas el chaquetón en una percha y te diriges a tu pupitre, que se encuentra al fondo del aula, en una esquina. Cuando estás a punto de llegar, alguien te pone la zancadilla y das un traspié, pero logras no caerte. Un ramillete de risas florece a tu alrededor. Te sonrojas e intentas tragar saliva, pero tienes la boca seca. Encajas la mandíbula —hoy no vas a llorar, no— y te sientas, y sacas el libro de ciencias naturales, y lo pones sobre el pupitre, y pierdes la mirada esquivando los ojos de los demás. La clase se inicia. El profesor comienza a hablar acerca de los animales sociales.

*Los lobos son una especie social y su comportamiento está en gran medida condicionado por las relaciones con otros miembros de su raza. Su forma usual de organización es la manada, un grupo más o menos amplio de ejemplares regido por una severa pauta jerárquica. Así pues, cada miembro de la manada posee un diferente grado de estatus que determina su acceso al alimento y a la reproducción. Los rangos se establecen mediante una serie de luchas y enfrentamientos rituales en los que realmente pesa más el carácter y la actitud que el tamaño o la fuerza. Cada manada tiene dos líderes claros: el macho alfa y la hembra alfa, que guían los movimientos del grupo y tienen preeminencia sobre los demás a la hora de alimentarse, procrear y criar a sus carnadas.*

*Por debajo de los líderes se encuentra el macho o la hembra beta, que solo muestra obediencia a los alfas, y así sucesivamente. En ocasiones, existe un rango marginal llamado omega. El lobo omega ocupa el último puesto de la manada y es el blanco de todas las agresiones sociales. Víctima del desprecio de sus congéneres, el lobo omega adopta una actitud de sumisión permanente y puede acabar abandonando el grupo para convertirse en un lobo solitario.*

Las diez y cinco, acaba la clase; en medio del alboroto de los alumnos, el profesor de naturales se va, y entra el de matemáticas. Cincuenta y cinco tediosos minutos después, concluyen los números y comienza la clase de lengua. La profesora te pregunta y tú, entre titubeos, contestas erróneamente; tus compañeros se ríen. De ti. Una vez más. No importa, estás acostumbrado.

Las doce menos cinco; suena el timbre que marca el comienzo del recreo. Los alumnos abandonan en tropel el aula, pero tú lo haces despacio, sin prisa, porque sabes que nada ni nadie te espera. Sales al patio, te diriges a un rincón, te sientas en el suelo, con la espalda apoyada contra un muro, y contemplas a los demás. Nadie te va a pedir que juegues al fútbol, nadie se va a acercar a ti para charlar; con suerte, ni siquiera se meterán contigo. Es el vacío absoluto, el aislamiento total. Incluso aquellos que nunca te han hecho nada se mantendrán alejados, pues hablar contigo es caer muy bajo, así que se limitarán a ignorarte.

En cierto modo, este es el peor momento del día, ¿verdad?, cuando durante el recreo ves a tus compañeros jugar y reírse. Entonces, la soledad se abate sobre ti como una losa y sientes una tristeza enorme consumiéndote por dentro, y te preguntas por qué, qué les has hecho tú para que te traten así, pero eso da igual, chico omega; puede que seas más bajo, o más gordo, o más tímido, o más torpe, no importa; lo único que cuenta es que eres distinto y eres más débil. Ese es tu pecado y ellos son el castigo.

Las doce y cuarto, termina el recreo. Las dos siguientes clases —música y plástica— transcurren sin incidentes y llega la hora de la comida. Te diriges al comedor junto con el resto de los alumnos y te sitúas al final de la cola; cuando llega tu turno, coges la bandeja con la comida y te sientas a una de las mesas, en una esquina, casi en el borde del banco corrido, lejos de los demás. Nadie te habla mientras coméis, nadie se acerca a ti, ni siquiera te miran. Hay cientos de chicos rodeándote, pero estás solo. Cuando llegas al postre, coges un poco de flan con la cuchara, te lo llevas a la boca y lo escupes al instante; alguien le ha echado sal. Escuchas unas risas, pero no miras a nadie; bebes un largo trago de agua y el sabor salado se desvanece. El amargo, no; ese se queda, siempre está ahí.

Después de comer, todo el mundo va al patio. Tú te diriges a un rincón, detrás de la cancha de baloncesto, donde nadie pueda verte, y permaneces ahí sin hacer nada, sin pensar en nada, porque pensar duele. Las tres y veinticinco; regresáis al aula y comienza la clase de ciencias sociales, y luego, a las cuatro y veinte, la última del día, inglés. A las cinco y cuarto suena el timbre que marca el final de las clases. En medio de un alboroto de voces, los

alumnos recogen sus cosas y salen a la carrera; tú, por el contrario, permaneces sentado, guardando muy despacio los libros y los cuadernos en la mochila, hasta que el aula se queda vacía, y entonces te levantas, te pones el chaquetón y sales al corredor con la mochila en las manos. Pero si querías pasar inadvertido, te has equivocado, pues cinco o seis compañeros tuyos se encuentran todavía ahí, en el pasillo; no estaban esperándote, sencillamente se habían quedado charlando, pero tú has aparecido de repente y la tentación es demasiado fuerte como para dejarla correr.

Al pasar por su lado, uno de los alumnos le da un manotazo a tu mochila y la tira al suelo. Te agachas para cogerla, pero el chico le da una patada y se la pasa a otro, como si fuera un balón, y así una y otra vez, tú corriendo de un lado a otro en medio de las risas y las burlas de los demás, y la mochila de pie en pie, de patada en patada. De pronto, uno de los golpes hace que un libro, el de ciencias naturales, caiga al suelo. Logras recuperar la mochila y te agachas para coger el libro, pero uno de los chicos le da un puntapié y el libro sale despedido por el aire, con la cubierta desprendida y varias hojas rotas. Una de ellas planea lentamente y cae a tus pies; en la hoja puede verse la foto de un lobo. De repente, te quedas sin fuerzas, vacío, demolido. Con la vista fija en la foto, dejas caer los brazos y la mochila, y luego alzas la mirada hasta encontrar los ojos de uno de los lobos, que está riéndose a carcajadas de ti, y lo contemplas sin ira, sin resentimiento, solo con infinita tristeza y con una muda pregunta titilando en tus pupilas: *¿por qué...?*

Poco a poco, la risa se congela en las fauces del lobo; su mirada vacila y la aparta de ti, se da la vuelta. *Venga, vámonos*, dice; *que le den a este friki*, y se aleja en dirección a la salida sin atreverse a volver la vista atrás. Todavía riéndose, los demás lobos lo siguen. Cuando desaparecen de tu vista, te agachas y recoges los maltrechos restos del libro, y los ordenas con cuidado, como si atendieras a un enfermo, y los vuelves a meter en la mochila, y entre tanto encajas la mandíbula y aprietas los labios, porque no vas a llorar, hoy no, chico omega, no llorarás.

Te pones la mochila a la espalda, recorres el desierto pasillo con la mirada perdida y cruzas el patio; aún queda gente jugando en las pistas de deportes, o remoloneando junto a la entrada, pero nadie te mira y tú no miras a nadie. Sales a la calle y echas a andar de regreso a casa; no piensas en nada, no sientes nada. Al llegar al via ducto, sin saber por qué, te detienes, te apoyas en la barandilla y miras hacia abajo; debes de estar a unos diez metros de altura sobre la calle. El tráfico ruge a tu alrededor. Durante largos segundos, no haces nada más que contemplar el vacío que se abre ante ti, con la mente

desconectada y el corazón anestesiado, pero lentamente las imágenes y los recuerdos vuelven a ti, y regresan con más fuerza que nunca la tristeza y la soledad, y te preguntas por qué no le gustas a nadie, por qué te desprecian tanto los demás; entonces piensas que puede que tengan razón, que a lo mejor eres una mierda, que quizá te mereces ese desprecio porque no vales nada. ¿No sería más sencillo acabar con todo de una vez, poner fin para siempre al dolor y la soledad? *Es fácil*, piensas, *bastaría con saltar por encima de la barandilla y dejarme caer...*

De repente, apartas la mirada del vacío, y las lágrimas, que hasta ahora habías logrado mantener a raya, se agolpan en tus ojos como una inundación. Y echas a correr al tiempo que lloras, y corres con todas tus fuerzas, corres, corres, corres huyendo de ti mismo, porque te das miedo; y cuando finalmente llegas al parque que está junto a tu casa, te dejas caer exhausto en un banco, ocultas el rostro entre las manos y ahí permaneces un buen rato, el punteo de los jadeos mezclándose con el susurro de los sollozos.

Unos minutos más tarde, cuando se agota el manantial de las lágrimas, te enjugas los ojos con la manga del chaquetón, te aproximas a una fuente, te lavas la cara y das una vuelta sin rumbo fijo para que las huellas del llanto se desvanezcan, porque no quieres que tu madre te pregunte nada. Regresas a casa y besas a mamá. *¿Qué tal el día?*, dice ella, y tú respondes: *Muy bien*. Luego, aunque no tienes hambre, meriendas, y te vas a tu cuarto para estudiar, pero no puedes concentrarte. Nunca puedes concentrarte. Llega papá del trabajo y lo saludas, y poco después cenáis los tres juntos, y ves un rato la televisión, pero estás distraído y te cuesta seguir el hilo de los programas, así que te despides de tus padres, te lavas los dientes, vas a tu dormitorio, te pones el pijama, te acuestas y apagas la luz. Tardas mucho en conciliar el sueño, pero poco a poco logras ir sumiéndote en la inconsciencia. Este es el mejor momento del día, ¿verdad?, porque cuando duermes no sientes nada y quizá sueñes que no estás solo, así que cierra los ojos, chico omega, refúgiate en el sueño, pobre niño herido, porque allí los lobos no podrán atraparte.

*¡Ring-ring...!*

Vamos, vamos, perezoso, está sonando el despertador. Levántate, dormilón; amanece un nuevo día, un día cargado de promesas, un día luminoso donde todo puede ocurrir.

Un día más en el infierno.

# **APRENDE**

*por Espido Freire*

Traducida a decenas de idiomas, ganadora de numerosos premios literarios nacionales e internacionales, empresaria de éxito, colaboradora habitual de distintos medios de comunicación y saludada por la crítica como una de las voces más interesante de la narrativa española, lo cierto es que Espido Freire (Bilbao, 1974) iba para cantante de ópera, disciplina artística en la que, a buen seguro, también habría cosechado enormes éxitos.

A mí nunca me compraron un perro.

Si tuviera uno, ahora me defendería.

Durante mucho tiempo fue lo único que les pedí. No quería regalos, ni la bici, que tenía que compartir con Tania, ni tampoco me interesaban los parques de atracciones, en los que me aburría. Regresábamos a casa con las mejillas quemadas por el sol y con dolor de cabeza, un globo desinflado, y algún peluche tonto de recuerdo. Tengo trece años. Hace mucho que dejaron de interesarme los peluches.

Ellos me contaban excusas cada vez más nuevas y sofisticadas. Primero intentaron convencerme de que un perro no sería feliz en nuestro piso. Necesitaban espacio, aire, luz. Entonces reduje el tamaño del perro hasta el límite, pequeño, muy pequeño. Un yorkshire, un bichón maltés. Luego me hablaron de la responsabilidad, de la esclavitud que suponían los paseos. Aguardé con paciencia hasta cumplir los diez años y a que me dieran la llave de casa, y me dejaran ir y regresar sola del colegio. Ya era responsable. Pero en ese momento, mamá se quedó callada, y dijo que Tania era alérgica a los animales. Siempre Tania.

Papá regresó de trabajar al día siguiente con una pecera en una bolsa y un pececito rojo en otra. Estaba muy contento, como iluminado por dentro, pero creo que en esta ocasión no había bebido. Cuando volcamos el pez y el agua en el globo de cristal, el pez era diminuto. No medía más que mi dedo meñique. Tania agitó el agua con una cuchara, y yo la pellizqué. Me miró, sorprendida, y yo me sentí un poco mejor cuando vi que se frotaba el brazo dolorido.

Me sentí mucho mejor.

El pez no nos duró demasiado tiempo. Apareció muerto, flotando de costado, sobre las vasijas romanas de plástico que adornaban el fondo de la pecera. No llegaron a saberlo, pero eché una pizca de azúcar al agua. No me gustaba aquel pez, con sus bobos ojos atónitos. Tania se echó a llorar, y estuvo triste toda la semana, hasta que mamá retiró la pecera vacía de la cocina, y decidió que, dado el disgusto que nos causaba, no habría más peces.

A mamá nunca le han gustado los animales.

Ah, las plantas sí. En casa hay plantas en todas las habitaciones, incluso en la nuestra; las sacamos durante la noche, porque nos roban el oxígeno. Tenemos geranios con flores rojas, plantas de interior con hojas gruesas y que parecen empapadas en aceite, tanto brillan, enredaderas y potos que se columpian sobre las estanterías. El orgullo de mamá es una palmera enana que custodia el salón. Comenzó siendo de la estatura de Tania, y ahora casi roza el techo. Ah, sí, de plantas háblale todo lo que quieras. Pero a mí me niega un perrito pequeño, casi invisible, que me haría tan feliz.

A veces, por la noche, aprieto los dientes y escucho la respiración de Tania. Siento tanta cólera hacia el mundo, me pongo tan furiosa por cualquier razón que, si nadie lo supiera, si no me sorprendieran, sería capaz de hacer cosas terribles. Me miro al espejo y no me gusta lo que veo. Soy demasiado alta, demasiado grande. Estoy gorda, no tengo cintura ni pecho. Si me cortara el pelo, parecería un chico. Me parezco a papá, no a mamá: espero no parecerme en todo a él.

Me dicen que él era brillante en el colegio. La abuela tiene tendencia a exagerar, pero al parecer en esta ocasión dice la verdad. Bien, en eso no he salido a él. No soy tonta. O al menos, creo que no soy tonta, pero este año mis notas han sido tan malas como el año pasado, aunque la psicóloga creía que el cambio de colegio me sentaría bien. Esa psicóloga es idiota. ¿Cómo voy a ser más feliz en un instituto en el que soy de las pequeñas, cuando ya era de las mayores del colegio? Papá cree que es cuestión de esperar: cuestión de la edad, insiste. Mamá se desespera cuando traigo las notas, o cuando la llaman del colegio. Me grita, me zarandea. Cuando la veo así, desquiciada y tan nerviosa, yo también grito, y a veces le he devuelto los golpes.

La que de verdad paga estos arrebatos de mamá es Tania. A Tania le pega mamá y le pego yo, también. No se defiende nunca. Mete la cabeza entre los brazos, y se convierte en un ovillo. Es una estúpida, una cobarde. Cuando dije que se había roto la muñeca porque se cayó de la bicicleta, no dijo nada, y mamá lo creyó. Que aprenda.

No soy una mala hermana, de todas maneras. En el patio del colegio, cuando se metían con Tania, yo era quien la sacaba de los apuros. Por defender a Tania aprendí a dar los puñetazos en la tripa que son mi especialidad, los que dejan sin respiración por unos segundos durante los cuales parece que te vas a morir. Cuando no llegan los puños, uso los pies. Todo tiene su lado negativo. Si usas los puños, te duele más, y puedes desollarte la piel de los nudillos, pero no dejas marcas en el otro. Con los pies, sobre todo si calzo los botines azules, puedo atacar a un rinoceronte, pero la



otra chica termina con un reguero de moratones casi negros, demasiado vistosos.

Quedan las uñas, pero a mí me da algo de miedo usarlas. Con las uñas es muy posible hacer sangre, o incluso que en mitad de la pelea se te desprendan de la carne. No sé por qué, yo me siento más cómoda golpeando que arañando.

Yolanda no opina como yo. Ella diferencia entre pelear como una señora y como una verdulera. Las señoras dan bofetadas, clavan uñas, tiran del pelo, muerden. Causan heridas más superficiales, pero muy dolorosas y visibles. Pese a lo mucho que me respeta, opina que yo tiendo más a ser una verdulera. No digo que no. Me ciego, y arremeto contra quien sea. A Carmen le dan igual estos matices: ella es, por lo general, la que elige quién nos cae mal. Quién se está pasando de la raya, por chulita o por boba.

Pero a Susana la elegí yo. No quisiera apropiarme de todo el mérito: hacía ya tiempo que le habíamos echado el ojo. Carmen la vigilaba, y, por suerte para ella, no tenía mucho éxito entre los chicos. A mí nunca me pareció guapa, y al parecer, a ellos tampoco. Tenía una amiga, casi tan insignificante como ella; se paseaban con las carpetas pegadas al pecho, sus risitas, y sus tonterías. Como crías de la edad de mi hermana. Me caía mal, me caía bien. Dependía de la ocasión. Además, mientras yo estuve ocupada con David, no tuve cabeza para nada más.

Su perro era un labrador de color chocolate, un precioso labrador con los ojos verdes, tranquilos, y aspecto de no haber roto un plato en su vida. Lo vi por primera vez cuando aún era un cachorro y la madre de Susana intentaba contenerlo para que no corriera hacia ella a la salida del colegio. Me quedé con la boca abierta. Nunca había visto un perrito tan adorable, como un peluche real, como los regalos de consolación que nos traíamos de los parques de atracciones. El perrito fue creciendo y perdió parte de su aspecto algodónoso, pero se convirtió en un animal suave y fuerte, como si las patitas de alambre de Susana necesitaran la protección de un amigo discreto.

Yo recuerdo aquellos días como los más felices de mi vida. Papá fue de nuevo a la terapia, bebía menos (él decía que lo había dejado por completo, pero yo conocía sus escondites y sé que, simplemente, bebía menos, lo que era ya todo un avance), y mamá, absorta en él, no se ocupaba de comprobar si era yo la que conducía a Tania de la mano hasta casa, o si me desentendía de ella y me quedaba con mis amigas en la calle, charlando de nuestras cosas. David y yo salíamos juntos de manera oficial, y yo crecí siete centímetros en un solo año.

Creo que entonces comenzaron los problemas. De pronto me hinché, aumenté tanto de tamaño que la ropa dejó de servirme. David comenzó a parecer muy bajito a mi lado. Ni siquiera le estaba saliendo el bigote, y mientras tanto yo no dejaba de crecer. Una mañana, en el patio, no se acercó a mí. Yo le esperé a la salida, y él pasó ante mí con la cabeza baja, fingiendo que no me conocía. Carmen, que estaba a mi lado, me cogió del brazo.

—No le hagas caso. Ya se le pasará.

Pero me mentía. Sabíamos lo que ocurría cuando un chico reaccionaba así ante su novia. Todo se había acabado. David no me miraría de nuevo, no me cogería de la mano, no se sentaría conmigo nunca más. Las razones de los abandonos de los chicos resultaban siempre misteriosas. Se habría aburrido, o le gustaría otra, o sus padres le habrían puesto un profesor particular. Llegué a mi casa y lloré toda la tarde, hasta que llegó mi madre del trabajo, y me preguntó qué hacía en mi cuarto, a oscuras, y si Tania había merendado. Mi hermana era la única que le preocupaba; si yo desapareciera, ni siquiera se darían cuenta. Esa noche le hice tanto daño a Tania que comenzó de nuevo a mojar la cama.

Susana se cruzó conmigo cuando no debía.

No es una disculpa; pero si no se me hubiera quedado mirando de esa manera, nada de esto habría ocurrido. Ella debería haber sabido ya quién soy yo, y cómo reacciono cuando me enfado. Todos lo sabían. Susana, no. Susana, en su mundo protegido con mamá que aún venía a buscarla con su perro, y con la que se iba a pasear al parque, con su amiguita insoportable, y con sus aprobados en todo, comenzó a aparecer a todas horas. Si yo me acercaba al baño, allí estaba ella. Si salía a estirar las piernas entre clase y clase, allí me encontraba con la mirada de Susana, llena de desprecio. O, lo que era peor, de algo similar a la lástima. O a la sorpresa.

Recuerdo su reacción la primera vez que la llamé **payaso**. No era decir mucho, luego le dediqué insultos mucho más fuertes, algunos tan sucios que yo misma me sorprendía al escuchármelos decir; Yolanda era de la idea de que el insulto entraba dentro de las peleas de señoras, de manera que se aplicó a fondo. Susana no contestaba. Se escabullía, con los hombros encogidos y pegada a las paredes del pasillo. Unos metros más allá, me la encontraba de nuevo.

Me sentí perseguida. Acosada. Tenía la impresión de que Susana me espiaba, que conocía mis secretos. Ni siquiera sabía si se lo estaba contando a sus padres o no. Quizás aguardara a que yo bajase la guardia para denunciarme.

En las hojas de las plantas de mamá comenzaron a aparecer grandes círculos amarillos, como si la helada las hubiera secado. Ella creía que se debía a un virus. La palmera, su palmera tan adorada, comenzó a languidecer hasta que se secó. Mamá la cortó en trozos, como a una serpiente muerta, y la bajó a la calle en bolsas de basura. En el rincón quedó un hueco enorme. Nunca habría sospechado que aquella planta ocupara tanto espacio en nuestra casa. Fui yo, claro está. Comencé a regarlas con lavavajillas y agua; si yo no conseguía mi perro, no veía por qué ella sí podía disfrutar de sus plantas.

El lavavajillas me dio una idea que a Yolanda le pareció el colmo de la sofisticación; era simple, y apenas requería esfuerzo o planes previos. Carmen estuvo de acuerdo. Cogríamos a Susana y le haríamos tragar agua con jabón. Muy diluido; no queríamos matarla, al fin y al cabo. Lo que yo deseaba era que esa mosquita muerta se marchara, que desapareciera del colegio y de la faz de la tierra, por estúpida, por no saber nada, por no aprender de una vez. Cuando yo era muy pequeña, mi abuela me había lavado una tarde la boca con jabón, como castigo por haber mentido. No recuerdo nada más espantoso en mi vida. Me ahogaba, me quemaba la lengua, me supo la boca a jabón durante horas. Susana aprendería así a no pavonearse, a no meterse conmigo.

La acorralamos en el baño del instituto. El jabón hacía burbujitas cuando Susana lo escupía, mientras ella intentaba liberarse de nosotras. Yo la sujetaba, y Carmen, que siempre ha sido la más fría, le metía con una jeringa el líquido por la boca, con parsimonia. Luego se arrinconó junto a los lavabos, y se echó a llorar. Tenía arcadas, vomitó agua y grumos. Fue asqueroso. Yo no me sentía bien. O quizás sí. No lo sé, sentía mucho miedo, y al mismo tiempo euforia, algo parecido a lo que mi padre explicaba en las terapias. Nunca había probado una gota de alcohol, pero me sentía borracha, avergonzada y poderosa.

Una vez le cortamos un mechón de pelo. Apenas se le notaba, pero bastaba con tijeretear con los dedos delante de ella para que se le cambiara el semblante. Aparte de eso, nunca le pegamos. Empujones, sí, escupitajos, insultos. Pero nunca le pegué.

Una vez me la encontré cerca de mi mochila. Había colgado su cazadora cerca de mi abrigo, y por un momento pensé que podría acercarse y hurgar en el interior, que sus dedos fríos y delgados podrían toquetear mi estuche, o mis cuadernos. Sentí tanto asco que me lancé contra ella y la empujé. En esa ocasión sí me vieron. Una de las profesoras de cuarto, que pasaba por delante de la clase, se asomó.

—¿Qué pasa aquí? —dijo, y las dos nos sobresaltamos.

—Nada —dijo ella.

—Nada —repetí yo.

No le pegué, o al menos no demasiado fuerte, y por eso no acabo de entender qué hago aquí, qué he hecho mal. No he sido yo, ha sido Yolanda. Aquella a la que yo consideraba mi mejor amiga me ha delatado cuando la han interrogado, y ahora esperan que yo haga lo mismo con Carmen. Yo no soy una chivata. Tampoco he querido nunca ser una señora. No sé qué le habrá hecho Yolanda a Susana, pero debe de haber sido muy grave, porque si no, no estaría ante la tutora, la psicóloga y el director. No habrían llamado a mis padres. Puede que la haya arañado, o que le haya hecho daño en un ojo; en las peleas, Yolanda siempre se arroja a los ojos, al pelo, a los puntos más sensibles. Ahora comenzarán a preguntar a todos, y si descubren los moratones que tiene Tania, o el resto de mis compañeros hablan y cuentan lo que hacíamos, ¿qué será de nosotras?

Tengo mucho miedo a ir a la cárcel.

Mamá no me habla. Mira al frente, con los dedos rígidos en torno al bolso y la mirada fija en la psicóloga, como si yo no estuviera sentada a su lado.

Papá, como siempre, no ha aparecido.

# **LA DIFERENCIA**

*por Lola Beccaria*

Su firma está detrás del impactante guión de *Fausto 5.0*, una película que no dejó a nadi eindiferente hace unos años. Nacida en Ferrol, A Coruña, en 1963, Lola es doctora en Filología hispánica y terapeuta Gestalt. Ha sido finalista del premio Nadal y, desde 1986, trabaja en la Real Academia Española. Mientras trabajaba de documentalista en la biblioteca del Palacio Real, Lola descubrió una obra inédita de Lope de Vega. Casi nada.

En el coche sonaba una canción de Bob Dylan. *The answer, my friend, is blowing in the wind...*

Aunque Álex daba inglés en el colegio, su nivel era muy elemental. Curioso, les preguntó a sus padres, que iban delante, qué decía la letra de aquella canción. Ninguno le respondió. Y él, que iba detrás, solo, se permitió una ironía en voz alta que tampoco nadie comentó: «No hace falta que respondáis, que yo siempre le hago las preguntas al aire».

Como no sabía inglés, tampoco supo que, en realidad, sí estaba siendo contestado. Bob Dylan, desde el cedé del coche, le repetía, una y otra vez: *La respuesta, amigo mío, está flotando en el viento...*

Así, Álex se quedó sin saber que si haces las preguntas al aire, tal vez te responda el viento. Y por eso mismo, nunca buscó educar su oído para escuchar al viento, para buscar respuestas en algún lugar donde fuera a encontrarlas, y siguió haciéndolas donde el silencio habría de ser siempre el eco que se le devolvía.

Hasta que un día dejó de hacer preguntas y dejó de escuchar y dejó de esperar nada.

Cuando cumplió doce años ya era un niño que no soportaba el silencio. Necesitaba ruido para poder vivir.

- lo buscaba donde fuera y como fuera. Jugaba a las máquinas, se juntaba con sus amigos de pandilla, hablaba incluso cuando corría en dirección a la portería dando patadas al balón. En clase no podía estar callado. Muchas veces lo expulsaron por faltar al respeto al profesor. Nadie tenía derecho a hablar y a ser escuchado. Nadie, como él, había sufrido ante el silencio, y él, más que nadie, se merecía hablar. Por tanto, que no le hablaran de respeto. El respeto empezaba en él y terminaba en él mismo. Los demás eran ruido de segunda clase. Su ruido era el mejor, el más justo, el más heroico. Y habría de defenderlo aunque tuviera que aplastar, por el camino, cualquier palabra de los demás.

Entre sus colegas era popular. Su encanto arrasaba.

Y en su cháchara incesante, que había desarrollado con cierto arte, envolvía a los otros, los camelaba. Su insolente actitud era un aliciente para quienes, distintos de él, no se atrevían a tal nivel de provocación o vacile. Parecía no tener límites. Consiguió así un enjambre de seguidores que, como histéricos fans de un cantante, lo seguían y lo jaleaban, conscientes de que su ídolo poseía ese don del que ellos carecían: tenía voz, si no entonada y armónica, sí capaz de hacerse oír, apagando cualquier otro sonido, en todo el inmenso imperio del colegio.

A los trece años ya era el más popular de la clase. El jefecillo máximo, emperador de un escuadrón de medianos guerreros. Hasta el momento, Álex y sus huestes se dedicaban a hacer simples escaramuzas. IncurSIONES en territorio enemigo con el único objeto de alimentar la llama de su dominio. Álex necesitaba a su público tanto como su público lo necesitaba a él. Era el pastor del rebaño. Hablaba a las ovejas y las ovejas le balaban al terminar cada parrafada, a modo de aplauso unánime. Pero ninguno de aquellos lanudos y obedientes corderos sabía que, en su casa, Álex no gozaba de la más mínima popularidad. Ninguno sabía que, de pequeño, había buscado, desesperadamente, un sitio para hablar y ser escuchado. Ninguno sabía que Álex, al llegar a casa, cerraba su boca con pegamento, y se encerraba en su cuarto, con los auriculares del *ipod* pegados a las orejas y el mando de la *playstation* nerviosamente aferrado en sus manos.

Álex tenía la virtud de saber elegir al receptor idóneo de sus bromas pesadas. A veces, el seleccionado era algún alumno de otras clases 11 otros cursos, pero esa circunstancia no le reportaba al grupo tanta diversión como conseguir una marioneta de su círculo próximo, alguien a quien conocieran bien y pudieran tener mucho más controlado, alguien a quien poder hacerle un perfecto seguimiento a todas horas. En esa línea de cercanía, contaban en su propia clase con un compañero llamado Nacho, al que habían rebautizado como *Grasa*, apodo que aludía burdamente a su orondo aspecto físico. Normalmente jugaban con sus sentimientos. Le hacían creer que podía llegar a ser un miembro más del club y aprovechaban esa ventaja psicológica, junto con los complejos del chico, para humillarlo de continuo, para tenerlo estresado constantemente, deshojando la margarita de su aceptación: *Sí... no. Sí... no. Sí... no, Grasa, eres de los nuestros. Tienes que hacer méritos, Grasa...*

A mitad del primer trimestre, se incorporó un chico nuevo a la clase. Se llamaba Paul. Era alto, delgado, de ojos grandes y pelo rizado. Hizo una entrada discreta, se sentó donde le asignaron y no abrió el pico en todo el día.

A la hora del recreo, Álex y su grupo no se acercaron a él. Siguieron a lo suyo, maquinando pequeñas venganzas contra el sistema. No es que a Álex no le importara la reciente adquisición de la clase. Estaba acostumbrado a que, tarde o temprano, los nuevos vinieran a rendirle honores y a solicitar humildemente su entrada en el club. Así que solo era cuestión de esperar.

Pasaban los días y Paul no hacía el más mínimo movimiento que pudiera hacer sospechar a Álex que deseaba unirse a su coro de fans. Iba por libre, estaba claro.

Grasa pasaba por una de sus habituales crisis. Harto de ser humillado, se lamía las heridas en silencio, tal vez con la secreta esperanza de que, transcurrido un tiempo, volvería a recobrar la energía suficiente como para volver a sacrificar su dignidad a cambio de no estar solo.

Una mañana, en el recreo, Grasa oteó el horizonte y vio, en primer término, al rebaño de Álex jugando al fútbol. Pero no estaba recuperado todavía. Sus heridas no estaban curadas del todo. Así que dejó que su vista pasara de largo, eludiendo la dudosa tentación de tratar de ser alguien en un lugar donde no había sitio para él más que como esclavo o criado, y acabó reparando en Paul, que, sentado en un banco, leía un libro. Paul le parecía raro. Un intelectual o algo así. Alguien que dedicaba tiempo a la lectura, a pensar, a reflexionar, a ensimismarse, embobado, en la contemplación del paisaje, o de unas páginas escritas. Un filósofo, un tío realmente raro. Pero estaba harto de las groserías de Álex y, aunque buscaba caerle bien en aras de no estar solo, habiendo sufrido sus desplantes, había llegado a conocerlo con cierta exactitud, y no dejaba de reconocer que en realidad era un ser vacío, escasamente creativo y ciertamente muy básico.

Grasa se decidió. La supuesta rareza de Paul no podía ser peor que el real y sistemático desprecio de Álex, así que se acercó a él, se sentó a su lado y le preguntó qué estaba leyendo. Paul cerró el libro y lo miró a los ojos. A continuación le explicó, con todo lujo de detalles y con un apasionamiento inusitado, lo que leía. Grasa, entonces, sintió sus kilos licuarse, y, como un milagro, se hizo ligero, aéreo; se desprendió, por un instante infinito, de su pesado lastre, y agradeció inmensamente que, por primera vez, la mirada de alguien se posara en su corazón, en lugar de en su ancha barriga. Paul se había molestado en narrarle el argumento de aquella historia. Paul lo consideraba, por tanto, un igual. Alguien digno de tomarse tiempo con él, alguien digno de compartir lo máspreciado. Y Grasa, a partir de ese día, se unió a Paul con tanta gratitud como sensación de ser alguien a la par que otro.



Álex no podía tolerar aquella insubordinación de Grasa ni la obstinada displicencia de Paul hacia él. Su rebaño empezaba ya a cuestionar el poder del líder al ver al esclavo Grasa emancipado y libre, departiendo, alegre y entretenido, como un señor, mano a mano, codo con codo, con el nuevo. Y aunque ni Paul ni Grasa jamás buscaron la provocación de los otros, antes bien, parecían vivir ajenos al estridente y mundano devenir del universo vecino, precisamente eso mismo era lo que a Álex le sacaba de quicio. Que no lo necesitaran, que alguien fuera capaz de existir, y de ser feliz, sin su intervención o permiso.

A partir de ese momento, Álex dedicó todo su empeño en convencer al grupo de que los rebeldes serían capturados y escarmentados. Paul no parecía temer al silencio o a la soledad, y Álex estaba determinado a demostrar que era mentira, que Paul no era tan distinto de ellos, y que a la larga se rendiría.

Una mañana, en el recreo, se paseó la pandilla por delante del banco donde la pareja de amigos solía sentarse.

—Miradlos, Don Quijote y Sancho Panza —dijo Álex alzando el tono—. Grasa, ¿ahora eres el escudero de un mierda?

Y luego siguió, esta vez mirando a Paul:

—Y tú, muerto de hambre, ¿no sabes que leer es de pringados?

Grasa, paralizado por el miedo, permaneció callado. Pero Paul ni pestañeó. Siguió charlando con su amigo.

—Te estoy hablando a ti, gilipollas.

Paul siguió a lo suyo, conversando animadamente con Grasa, como si la estridente voz de Álex tuviera el volumen desactivado. Y al igual que aquel día de su infancia, aquel día en que Bob Dylan sonaba en el cedé, Álex había sido ignorado por sus padres, tuvo que sufrir, de nuevo, el silencio que tanto odiaba.

—Está visto que la puta de tu madre no te ha enseñado educación —siguió insistiendo.

Tampoco consiguió así provocar reacción alguna, ni echando mano de la más dura violencia verbal. El destinatario de la ofensa ni siquiera lo miró.

Aquel gesto de Paul tuvo su precio. Un precio altísimo, que Paul hubo de pagar con intereses. En el equipo de baloncesto, en el vestuario, en los lavabos, en el recreo y hasta en clase, Paul recibió escupitajos, patadas rastreras, empujones, puñetazos, todos muy bien calculados para herir sin dejar pruebas. Fue acorralado y asediado en todas cuantas zonas quedaban fuera del control de adultos y profesores. Destrozaron sus libros, arrancaron sus páginas, le pegaron chicles en el asiento. Le llovían balonazos en todos

los partidos y en todos los deportes. Siempre parecían desgraciados accidentes. Y siempre que ocurrían, los demás se disculpaban con él. *Lo siento, ha sido sin querer*. Pero el azote de sus burlas y sus golpes no amainaba.

Álex perseguía que Paul finalmente hablara. Si no respondía por las buenas, tendría que hacerlo por las malas. Y, sin embargo, Paul mantenía tercamente ese silencio que a Álex tanto torturaba.

Grasa no soportaba ver lo que le hacían a su amigo. Se devanaba los sesos diariamente para encontrar un modo de ayudarlo, pero el grupito de Álex no presentaba fisuras. No había forma de encontrar un disidente, un intrépido que se le amotinara y cuestionara sus métodos. Y dos contra ocho tenían todas las de perder.

Y aunque Paul nunca se quejaba, Grasa buscaba consolarlo y entretenerlo, sin mencionar jamás la desgraciada situación que vivía su amigo. Como un caballero, Grasa trataba de alegrar el día a Paul con lo que mejor sabía hacer: trucos de magia. Le sacaba de la oreja, de entre los mechones del pelo o del cuello de la camisa, monedas, chocolatinas, y hasta huevos de codorniz que sustraía de la nevera de su madre. Y conseguía el efecto esperado: la risa franca de Paul, su más bonita cualidad, aquella ilimitada aptitud para fascinarse, embobadamente, ante todas las maravillas del mundo.

Un día, Paul, sentado con Grasa en el recreo, vio venir a Álex hasta él. Contrariamente a su costumbre, se levantó entonces del banco, y permaneció allí de pie, mirándolo a la cara en actitud retadora. Parecía haberse cansado de aquella dinámica de terror, y dispuesto a la lucha a muerte. Álex frenó en seco sus pasos, cogido por sorpresa, pero inmediatamente avanzó, pensando que aquel gesto de Paul era un farol, pues no se atrevería a tocarlo rodeado como iba de sus tropas. Al llegar casi al límite del contacto físico, se paró, y dirigió a Paul una mirada de chulería. Era más bajo que él, y si no fuera porque sus colegas lo acompañaban, hasta resultaba ridículo a su lado.

Grasa se levantó a su vez del banco. No parecía nervioso. Le puso la mano en el hombro a Paul, un instante, y luego la retiró. Reculó unos pasos por detrás de él y se quedó quieto, a la expectativa.

Paul no tardó en actuar. En un rápido movimiento que Álex no esperaba, consiguió situarse detrás de él, pegado a su espalda, y pasó a agarrarlo por el cuello, inmovilizándolo. Era más fuerte, así que no le resultó complicado.

La escena no podía ser más cómica: Álex gritaba, insultaba, chillaba histéricamente dando patadas al aire, pero no podía soltarse.

Sus secuaces, apelotonados alrededor, observaban la escena sin dar crédito, y no reaccionaban. Parecían más interesados en conocer el desenlace de aquel enfrentamiento, en evaluar el poder de su jefe contra el renegado, que en acudir en su ayuda. Tal vez esperando que el líder de la manada demostrara, por una vez, que era merecedor de capitanearlos. De brazos caídos, con la boca abierta, eran testigos mudos de los acontecimientos, el público silencioso de aquel reto.

Entonces, Paul levantó la mano que le quedaba libre. Todos esperaban que asestara un golpe a su enemigo. Lo tenía a su merced, era el blanco perfecto. Acercó el puño al estómago de Álex y en un gesto raro, inesperado, en lugar de hacer puntería y tomar contacto, lo acarició en el aire varias veces. Luego abrió la mano e hizo saltar de ella, como extraído directamente del interior de aquel vientre, un objeto que agarraba por un extremo. En otro movimiento ligero, visto y no visto, colocó aquello en la cara de Álex.

Cuando Paul retiró la mano, todos pudieron contemplar a su emperador con un bozal de perro perfectamente colocado en la boca.

El aullido de asombro de la concurrencia fue monumental. El fiero Álex, con la boca cerrada, parecía bien poca cosa. Mientras que Paul, por encima de él, semejaba un domador de leones, de porte majestuoso, vengador del mal. Tan elegante como victorioso.

Grasa se emocionó. No era para menos.

Paul soltó a Álex, finalmente, y volvió al banco. Se sentó y lo miró en silencio. Álex, liberado ya, tampoco se movía, solo apretaba los dientes y miraba a Paul.

Entonces, Paul habló:

—Y ahora, si quieres preguntarme algo, te escucho.

Álex se desembarazó del bozal rápidamente y lo lanzó al suelo. Empezó a pisotearlo, sin decir nada, mientras todos lo contemplaban. Luego se quedó quieto, mirando de nuevo a Paul, muy callado. Parecía querer hablar, todos esperaban que lo hiciera, pero por la boca de Álex no salía ninguna palabra.

Por fin habló:

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

Paul dejó pasar unos segundos y luego respondió:

—Me lo ha enseñado Nacho.

- entonces, todas las miradas se concentraron en Grasa, que había dejado de ser *Grasa* para pasar a ser un entendido, un experto en algo, alguien que poseía las claves de una fascinante incógnita.

Álex volvió a enunciar su pregunta:

—¿Cómo lo has hecho, Nacho?

Parecía confiar en que esta vez sí, esta vez alguien habría de darle la respuesta que su curiosidad, tantas veces postergada pero tan despierta y tan explosiva como la de un científico en racha, ansiaba.

Y Nacho, que nunca se había sentido el centro de nada, sino un incómodo lastre a la cola del universo, por primera vez en su vida se encontró revestido de solemnidad e importancia: en aquel instante era el ombligo del mundo. Puso cara interesante y dijo:

—No es habitual entre los magos revelar los secretos de nuestro oficio, pero creo que, en este caso concreto, puedo hacer una excepción que mis colegas aplaudirían...



**EN TIERRA  
DE NADIE**  
*por Monserrat del Amo*

Su nombre siempre estará ligado con la historia de la literatura infantil y juvenil española, no solo por sus numerosas obras, que han sentado las bases del género, sino por su inagotable afán a la hora de contribuir a su desarrollo y su fomento entre los lectores mas jóvenes. Nacida en Madrid en 1927, Monserrat continúa en activo, publicando e impartiendo charlas sobre la LIJ y la narración oral.

Pedro, un patojo de un pueblo del interior de Guatemala, acaba de llegar a la capital, una ciudad grande con algunos rascacielos, largas avenidas llenas de coches, autobuses y camiones de caótica circulación, pero formada en su mayor parte por barriadas de casas bajas con calles sin aceras que forman un laberinto donde se pierde el forastero.

Pedro, desorientado, tropieza con los transeúntes que, en vez de saludarlo amablemente como hacen los vecinos de su pueblo, le gritan:

—¿De dónde sales tú, patojo?

—¡Apártate, basura!

—¡Quítate de delante!

—¡Deja el paso libre, basura!

Pedro se encoge, hunde la cabeza entre los hombros, baja los ojos y aguanta sin replicar el insulto que oye a cada paso:

«¡Basura, basura, basura!».

Entre la aldea lejana y la ciudad hostil, Pedro se siente perdido en tierra de nadie; pero sigue adelante, dispuesto a cumplir la tarea que lo ha traído a la ciudad: conseguir la libertad de su padre, antiguo guerrillero, ahora injustamente acusado de robo, que ha sido detenido y trasladado a la capital en prisión preventiva sin atender a sus protestas de inocencia. Si nadie se ocupa de airear su caso, se pudrirá en la cárcel.

Para llevar adelante su tarea, Pedro cuenta con un certificado de buena conducta extendido por el alcalde del pueblo a nombre de su padre; unas cartas de recomendación escritas por el cura a algunas personas influyentes que podrían ayudarlo; un poco de dinero recogido entre familiares y vecinos para que pueda sobrevivir en la capital durante algún tiempo...

Y un montón de consejos:

—Primero, tienes que localizar el sitio donde se encuentra detenido tu padre para presentar el certificado de buena conducta al director de esa cárcel, a ver si lo deja en libertad —le explicó el alcalde—. Pero, si no lo sueltan

enseguida, visita a tu padre siempre que puedas para que no se sienta solo y llévale comida todos los días, que el rancho de la cárcel es malo y escaso.

—Toma estas cartas de recomendación que he escrito a personas influyentes que me conocen y tal vez quieran ayudarte. En los sobres están sus direcciones: preguntando se llega a todas partes —le dijo el cura.

Y le advirtió:

—No te acobardes ante los vigilantes o los porteros que te cortarán el paso. Diles que tienes que entregar la carta al interesado en propia mano. Si te echan a la calle a patadas, sal corriendo, pero insiste una y otra vez hasta lograr que te reciba la persona indicada.

—Ocúpate de tu tarea por las mañanas; pero, por las tardes, asiste a la escuela —le recomendó el maestro con mucha insistencia—. Huye de los pandilleros y las niaras y recuerda que la educación y la cultura son los mejores medios para abrirse camino en la vida.

—Pórtate bien, no repliques, no armes peleas. Pero imita a tu padre: sé valiente y no te dejes avasallar por nadie —le murmuró su madre al oído al darle un abrazo de despedida.

Pedro lleva varios días yendo de un sitio a otro, rechazado por porteros y vigilantes, sin poder entregar las cartas.

- en los cuarteles y las cárceles donde se acerca a preguntar, recibe siempre la misma respuesta:

—Aquí no está.

Pedro se para ahora delante de un antiguo convento de tiempos de la Colonia donde se hacinan centenares de detenidos en espera de juicio. Aunque los vigilantes no dejan a los presos asomarse a las ventanas y los centinelas impiden que los familiares se acerquen a las tapias de la cárcel, unos y otros lo hacen siempre que pueden.

Así es como logra Pedro dar con el paradero de su padre, atisbándolo a distancia.

Y le grita:

—¡Padre! ¡Estoy aquí! ¡Madre le envía recuerdos! ¡Y todo el pueblo desea ayudarle!

Puede que no lo haya oído, pero Pedro sabe que su padre sí que lo ha visto, porque ha hecho un gesto de saludo disimuladamente. Al momento, un vigilante desde dentro y un centinela desde fuera los obligan a interrumpir su leve comunicación a distancia.

—¡Está prohibido pararse junto a las tapias de la cárcel! —grita el centinela amenazando a Pedro con la culata del fusil—. ¡Lárgate de aquí, basura!

Pedro agacha la cabeza y echa a andar, pero, en vez de alejarse, entra en la cárcel, pregunta por su padre al vigilante de la entrada y esta vez no se contenta con el «Aquí no está» de costumbre.

—Sí que está —insiste—. Lo he visto desde la calle.

Consigue al fin que el vigilante se moleste en consultar el fichero:

—Pues sí que está —reconoce a regañadientes—. Puedes traerle comida y venir a verlo. La comida se entrega todos los días a las doce, por la puerta de atrás. La visita es el domingo por la mañana.

—Aquí estaré sin falta —asegura Pedro—. Pero ahora quiero ver al director.

—¿Para qué?

—Para darle esto.

—¿Qué tienes ahí? ¿Un certificado de buena conducta? ¡Pero si esto es papel mojado!

- ante la cara de extrañeza de Pedro, le explica:

—Quiero decir que no vale para nada.

—Pues tengo que dárselo al director.

—Hoy no está en su despacho.

—¿Y mañana? —insiste Pedro.

El vigilante lo echa a empujones a la calle sin contestarle.

Pedro compra comida caliente en un puesto de la calle y se pone en la cola que se forma todos los días en la puerta de atrás de la cárcel.

Los familiares de otros presos se conocen y hablan entre ellos:

—Mi hijo lleva ya dos semanas detenido —dice una mujer—. Y eso que es inocente.

—Pues mi marido, un mes largo y aún no lo han llamado a declarar.

—Las cosas de palacio van despacio —sentencia un viejo.

—¡Y las de la cárcel, más lentas todavía! —se lamenta otro.

Pedro escucha en silencio tan desalentadores comentarios, pero sigue decidido a cumplir su tarea.



Pasan los días, los papeles se arrugan sin que Pedro consiga entregar las cartas ni el certificado, y el dinero se acaba. Como la tarea va para largo, Pedro decide dejar la pensión; ocuparse de la libertad de su padre por las mañanas; asistir a la escuela por las tardes; dormir unas horas en la calle arrebujado en una manta; y trabajar en el mercado de madrugada cargando sacos para ganar el dinero que necesita para permanecer en la capital.

Esa misma tarde, Pedro entra en una escuela y habla con el director, que le dice:

—Antes de admitirte, tengo que examinarte. Saca tu bolígrafo y prepárate para responder por escrito unas cuantas preguntas.

Pero Pedro no tiene ni bolígrafo, ni cuaderno, ni lápiz.

—En el pueblo —explica—, el maestro nos daba los lápices y los cuadernos todos los días al comienzo de la clase y nos mandaba escribir flojito, para borrarlo todo cuando se nos terminaban las hojas en blanco y usar otra vez el mismo cuaderno.

El director se lamenta por sus adentros de la pobreza de las escuelas de los pueblos y teme que, con tan escasos medios, el nivel de los alumnos será muy bajo.

«Si este patojo todavía no sabe leer ni escribir, tendré que enviarlo a una escuela de párvulos a pesar de su edad».

Pero se lleva una sorpresa cuando le entrega un libro de letra pequeña y Pedro lo lee de corrido.

—Ahora, toma este papel y este bolígrafo y pon aquí tu nombre.

Al de pila, Pedro añade una larga lista de apellidos indígenas escritos con letra clara, sin que las líneas se le tuerzan ni se le vayan para arriba ni para abajo.

—¡Muy bien!

El director lo examina a fondo y termina diciéndole:

—Tienes un buen nivel de conocimientos. Quedas admitido en esta escuela. Precisamente hay un pupitre libre en sexto grado, en el turno de tarde.

El director le indica dónde está esa clase.

—Puedes empezar mañana mismo. Ven a las tres en punto —le dice.

—Aquí estaré sin falta —asegura Pedro—. Muchas gracias.

Al día siguiente, Pedro comienza el ritmo que tendrá que llevar en adelante: levantarse al alba; trabajar en el mercado cargando sacos; seguir con

la entrega de las cartas de recomendación y preguntar por el director de la cárcel que nunca está en su despacho; comprar comida; tomar su parte esperando en la cola; entregar una buena ración para su padre en la puerta de atrás, y dirigirse a la escuela para llegar puntualmente a clase.

Hoy, primer día, con el temor de que se le haga tarde, corre tanto que llega con media hora de adelanto.

Unos muchachos de su edad vestidos con ropa deportiva, zapatillas de marca y mochila al hombro, se le acercan y lo rodean, curiosos:

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a esta escuela.

—¿Sin libros ni cuadernos?

Pedro les enseña el bolígrafo que se ha comprado esta misma mañana.

—¡Pues sí que estás bien equipado!

—¿Y a qué curso vas?

—A sexto grado.

—¿A nuestra misma clase?

—¿Con esa blusa de pueblo tejida a mano y esos pan talones remendados pretendes codearte con nosotros?

—¡Esta escuela no es para ti, basura!

—¡Búscate otra!

—¡Aléjate, basura!

Pedro da un paso atrás para escapar del cerco de los estudiantes, pero lo detienen otros patojos, estos vestidos con camisetas harapientas y pantalones sucios, con pinta de pandilleros de barrio, que se han colocado a sus espaldas.

—¿A qué vienen tantas prisas?

Los estudiantes contestan a los recién llegados, como si Pedro no existiera:

—Este patojo pretende entrar en la escuela, pero nosotros no lo dejaremos.

—¡Con esa ropa de pueblo!

—Además, que a mí me ha parecido verlo en la cola de la cárcel. Di, ¿no eras tú el que estaba esperando con comida para un preso en una lata vieja, esta mañana?

—¿A quién llevas comida? ¿A un ladrón, a un asesino?

Pedro no se avergüenza de que los estudiantes lo hayan visto en la cola de la cárcel, pero antes de que pueda proclamar la inocencia de su padre, uno de

los pandilleros comenta:

—¿Tienes líos con la justicia, patojo? ¡Entonces, eres uno de los nuestros!

A uno y a otro grupo no les vendría mal el refuerzo de un patojo tan fuerte como este que acaba de aparecer en el barrio, y ahora los estudiantes y los pandilleros se lo disputan, intentando llevárselo cada uno a su bando.

—Si te unes a nosotros, te daremos ropa de la nuestra y te dejaremos asistir a clase —le prometen los estudiantes.

Y le aseguran:

—A nosotros nos protegen los policías.

—Pero nosotros somos los amos del barrio —replican los pandilleros.

—Te defenderemos si entras en nuestra mara.

Como Pedro permanece callado, con la cabeza gacha, en tierra de nadie, sin decidirse a tomar partido, unos y otros lo acosan:

—¡Vente con nosotros, o vuélvete al pueblo, basura! —le dicen los estudiantes.

Y los pandilleros lo amenazan:

—¡Un boli no sirve para nada! Si quieres sobrevivir en la calle, cómprate una navaja.

Pedro piensa para sus adentros:

«¿Qué puedo hacer? ¿Seguir en tierra de nadie? ¡No! Porque esta tierra que piso es mía, aunque quieran negármela».

Todo parece estar en contra suya: la acusación injusta, los porteros autoritarios, los personajes inaccesibles, los vigilantes prepotentes, el director ausente, la asistencia a la escuela amenazada...

«No me iré sin cumplir mi tarea».

Pedro reacciona. Se yergue hasta alcanzar toda su estatura, saca pecho y ensancha los hombros acostumbrados a la carga. Los ojos le brillan y aprieta los labios.

Arremete con todas sus fuerzas contra el cerco que lo apresa con un ímpetu que ni los estudiantes ni los pandilleros esperaban. Lo rompe del primer empujón, abandona la tierra de nadie y entra en el patio de la escuela, dispuesto a conquistar la suya propia a cada paso que dé en adelante. Sin entrar en peleas, pero sin dejarse avasallar por nadie.

Saluda al director en la entrada:

—Buenas tardes.

—Buenas.

Acaba de ganar su primera batalla.

## **¿CONOCÉIS A SILVIA?** *por Marta Rivera de la Cruz*

Tres ediciones seguidas de 5.000 ejemplares cada una y uno de los premios literarios más importantes de España es lo que firmaría cualquier autor novel para su debut literario. Este fue, precisamente, el éxito que esta lucense nacida en 1970 obtuvo con su primera novela. No ha sido el único. El 2006 quedó finalista del premio Planeta y el gran público le abrió las puertas. Colaboradora en distintos medios de comunicación, afirma que escribe para vivir otras vidas y para cualquier persona que busque en la literatura un motivo para emocionarse y disfrutar.

No puedo creer que no sepáis quién es Silvia. Todo el colegio la conoce. No hay otra alumna como ella. Silvia es más guapa que cualquiera de las otras chicas de mi clase, y su ropa es también mucho más bonita que la nuestra. La madre de Silvia, que también es más guapa y más elegante que cualquiera de nuestras madres, es periodista y a veces sale por televisión. Su padre trabaja en política. Viven en una casa muy grande, una casa preciosa con jardín y piscina.

Nadie entiende por qué Silvia viene a este colegio: con lo que ganan su padre y su madre, bien podrían llevarla a una de esas escuelas privadas y carísimas con clases de equitación y excursiones de esquí en la semana blanca. En lugar de eso, Silvia viene a nuestro colegio, donde no hay chicas con madres famosas y nadie tiene, como ella, ocho vaqueros de marca y siete pares de zapatillas de deporte. Mi padre dice que los padres de Silvia no la cambian de colegio porque tienen que dar ejemplo, y yo, la verdad, no sé a quién. Pero me alegro de lo del ejemplo, o de lo que haya hecho que Silvia Páez venga a mi escuela y podamos ser amigas.

Además de ser guapa y simpática, además de tener una casa preciosa con una piscina rodeada de árboles, Silvia es lista, y muy aplicada. Saca siempre las notas más altas de la clase. Un día me dijo que su padre le había explicado que estaba obligada a ser la mejor en todo. Debe de ser por lo del ejemplo. El caso es que siempre le ponen sobresalientes, y a veces algún notable el profesor de matemáticas, que le tiene manía a Silvia, o a lo mejor a su padre, que es político y tiene hasta una foto con el rey.

Todo el mundo quiere ser amigo de Silvia, para ir a su casa a jugar, a ver películas en la tele de plasma o a bañarse en verano. Pero no es solo por la casa. También es por ella, que es divertida, se ríe mucho y es más graciosa que nadie a la hora de imitar a los profesores o de sacar motes.

Silvia les cae bien a todos, pero a ella solo le caen bien algunos, porque, como dice siempre, en esta vida hay que seleccionar. Yo soy de sus mejores amigas, ella misma me lo aseguró, y por eso me invita a ir a su casa a jugar o a hacer juntas los deberes. También invita a Tania, a Lucía y a Vane. Antes invitaba siempre a Teresa, pero un día se enfadaron. El profesor de

matemáticas nos hizo un concurso de cálculo mental, y cuando Silvia se lió al sumar ocho más siete más dos menos tres, Teresa levantó la mano y dio la respuesta correcta.

En el recreo, Silvia le dijo a gritos que la había puesto en ridículo dando la contestación buena justo después de que ella se hubiera equivocado, y que una amiga de verdad no se porta así, que debería haber hecho como que ella tampoco sabía el resultado. Teresa se echó a llorar y le pidió perdón, pero Silvia estaba como una furia y ni siquiera quiso escuchar sus explicaciones.

Yo pensé que se le pasaría, pero qué va. No volvió a invitar a Teresa a su casa y ni siquiera quiere juntarse con ella en el recreo. Tania, Lucía, Vane y yo nos quedamos un poco sorprendidas cuando Silvia nos dijo que teníamos que elegir entre Teresa y ella, que ahora eran enemigas y que nosotras no podíamos estar como si tal cosa con las dos. No es que Teresa no nos caiga bien, pero después de todo para Silvia fue un palo lo de perder el concurso de cálculo mental, y encima delante del profesor de matemáticas, que tanta manía les tiene a ella y a su padre. Por eso ahora Teresa tiene otras amigas, y nosotras seguimos siendo del grupo de Silvia.

Y es que con Silvia es mejor llevarse bien que llevarse mal. A Jorge, que tiene muchos granos, le puso el mote de «Carapaella», y ahora todo el mundo le llama así. Y el día que Carlota vino presumiendo de la cazadora nueva que le habían comprado, le echó las natillas del postre en uno de los bolsillos. Yo no digo que esté bien hacer eso, pero deberíais ver la cara que puso Carlota cuando se dio cuenta de que su cazadora estaba llena de crema pringosa. Toda la clase se rió. Como aquella vez que Toño estaba recitando una poesía que se había aprendido de memoria y Silvia hizo como que le daba la tos hasta que consiguió que perdiera el hilo. Toño empezó a tartamudear y luego se puso colorado como si estuviese a punto de explotarle la cabeza. Ya sé que es una faena, pero fue gracioso, vaya que sí. Porque con Silvia es imposible aburrirse. Es la chica más divertida de toda la clase, de todo el colegio. A veces creo que es la chica más divertida de todo el mundo. Hasta los profesores se dan cuenta de eso y todos —menos el de mates— están encantados con ella, y la felicitan por sus buenas notas y por todas sus gracias. Incluso cuando hace alguna trastada, cuando se porta regular, acaban acariciándole la cabeza de rizos oscuros y diciendo: «Es que a esta niña es imposible reñirla». Por eso cualquiera daría lo que fuese por ser amiga de Silvia, tan amiga como lo somos Tania, Lucía, Vane y yo.

Pero hace unas semanas pasó algo muy raro. Todo empezó cuando Irina llegó al colegio, a mitad de curso. A todos nos extrañó que apareciese una niña nueva en pleno mes de febrero, con las clases ya requeteempezadas, los sitios distribuidos, las listas hechas y hasta organizados los grupos para hacer los trabajos de clase. El primer día, la tutora presentó a Irina diciéndonos que venía de Bielorrusia, que sus padres habían llegado a Madrid hacía solo dos meses y que fuésemos simpáticos con ella.

En mi clase hay varios alumnos extranjeros, pero son todos de Sudamérica, menos dos de China y uno de Filipinas. Que Irina fuese de un lugar tan raro como Bielorrusia nos llamó mucho la atención, como también el que fuese tan rubia y con unos ojos rasgados de un raro color gris. Era más alta que nosotras, y tenía la piel muy blanca, como si nunca le hubiese dado el sol. A lo mejor es que casi no hay sol en Bielorrusia. Pero lo que más me sorprendió, a mí y a todos, fue lo bien que Irina hablaba español. La verdad, yo pensé que si solo llevaba unos meses en España, iba a chapurrear malamente, pero hablaba casi igual que nosotros. Durante el recreo, casi todos rodeamos a Irina, que nos explicó que hasta entonces había hablado ruso, y como es un idioma muy difícil, le resultaba muy sencillo aprender otras lenguas. Tenía una voz muy bonita, como si siempre estuviese cantando, y un acento muy gracioso. La verdad es que me cayó bien enseguida. Creo que nos cayó bien a todos, Irina.

Solo Silvia no pareció estar muy contenta con la llegada de la nueva alumna. Dijo que le parecía estirada y creída, y que tenía los ojos muy separados y demasiado rasgados.

—Parece un gato. Y tiene nombre de gato.

La verdad es que a mí Irina me parecía muy guapa, y sus ojos eran preciosos, con aquel gris tan raro. Y su nombre también me gustaba, Irina, porque sonaba como el de una princesa rusa. Pero no quise llevarle la contraria a Silvia.

—Y además, no me creo que tenga trece años. Pero si es altísima... y esas piernas tan largas y tan delgadas, como si fuese una cigüeña. Seguro que tiene quince y la han metido en nuestra clase para que pueda disimular y no parecer tan estúpida.

La siguiente sorpresa nos la llevamos en la hora después del recreo. Tocaba clase de inglés. Hasta entonces, Silvia había sido la primera de todo el grupo, porque llevaba dos veranos yendo a Inglaterra y pronunciaba muy

bien. Pero resultó que Irina hablaba muchísimo mejor que ella, y la profesora dijo que su acento era impecable, que tenía un nivel muy superior al del resto de nosotros, y que le daba miedo que pudiese aburrirse en clase. Irina escuchó los elogios sonriendo con la cabeza baja. Silvia, por su parte, la miró con cara de pocos amigos. Estaba claro que la recién llegada le había quitado el primer puesto en la clase de inglés.

Irina no solo era buena en inglés, sino también en las otras asignaturas. El profesor de matemáticas se sorprendió al verla resolver un problema muy complicado en el que nos atascamos todos los demás, y en clase de música también nos dejó alucinados, porque Irina sabía solfeo y tocaba el piano.

Aquella tarde, al salir del colegio, fuimos a casa de Silvia a hacer los deberes. La asistenta de sus padres nos sirvió la merienda, unos bocadillos de jamón muy ricos y un pastel de nata para cada una, pero Silvia no comió casi nada. Estaba pálida y parecía de mal humor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Vane.

—Nada. Bueno, sí. Es por la nueva.

—¿Irina? Parece simpática.

Silvia lanzó a Tania una mirada asesina.

—Pues a mí me ha parecido todo lo contrario. Una mosquita muerta, de esas que van de buenas, pero en cuanto te descuidas te la juegan. Es una sabihonda y una repipi que se cree superior a todos los demás.

Yo, la verdad, no sé de dónde había sacado Silvia semejante conclusión. Hasta entonces, Irina se había limitado a asistir a clase, contestar cuando le preguntaban y sonreír a todo el mundo.

—¿Os habéis fijado en su ropa? Parecía que se la hubieran regalado en la parroquia. Y ese pelo, tan claro y tan lacio, como la cola de una rata...

Irina tenía una melena preciosa, rubia y lisa, que le caía por la espalda. A mí me habría encantado tener un cabello como el suyo. En cuanto a la ropa, casi no me había fijado. En nuestra clase, y con la excepción de Silvia, todas llevábamos cosas más bien normalitas. Nuestros padres no tenían demasiado dinero, y a veces heredábamos ropa de nuestros hermanos mayores, o nos bajábamos las bastillas de las faldas de una temporada a otra.

—Yo no sé qué harán los otros, pero a mí no va a venir ninguna cría de un país estúpido a darme lecciones. Pero si ni siquiera sabe hablar castellano correctamente. ¿Os habéis fijado cómo pronuncia las erres? Si parece sacada



de una película de espías. «Me llamo *Irina* y vengo del *extrranjerro* y me *crreo rnejorr* que nadie».

Todas nos reímos, porque la verdad es que Silvia imitaba muy bien el acento de Irina. Pero yo sentí una cosa rara por la espalda, porque Silvia acababa de dejar claro que no quería que incluyésemos a Irina en el grupo de chicas con las que hablábamos en el recreo o en los intercambios de clase.

Al día siguiente, Silvia correspondió al saludo de Irina con una mueca de desprecio. Ella se quedó cortada, pero no hizo ningún comentario. Luego, en la clase de gimnasia, Irina volvió a dejarnos a todos con la boca abierta: al parecer, en su país formaba parte de un equipo de gimnasia rítmica, y sabía hacer ejercicios con las mazas, el aro y la cinta. Cuando la vimos doblarse sobre sí misma sin soltar el palo de la cinta y hacerla ondear por encima de su cabeza mientras daba un salto de varios metros y acababa haciendo un *spagat*, todos nos quedamos alucinados. Todos, menos Silvia, que fue la única que no aplaudió al final de la actuación.

En el comedor, algunos de los chicos felicitaron a Irina. Yo también habría querido acercarme para darle la enhorabuena, pero sabía que a Silvia no le iba a gustar, así que no lo hice. Pero, mientras nosotras cinco comíamos en una mesa, la mesa donde se había sentado Irina estaba rodeada de gente de clase, incluso de otros cursos, que querían conocer a nuestra nueva compañera y escuchar su bonito acento bielorruso. Muchos chicos se acercaban en plan simpático porque, por mucho que Silvia dijese lo de los ojos separados y el pelo de rata, Irina era una chica muy guapa, con su piel blanca y su melena dorada. Aunque hacía como que no, Silvia no le quitaba ojo, y me pareció que cada vez se ponía más y más rabiosa.

—¿Sabéis una cosa? —dijo de pronto—. Voy a dar una fiesta en mi casa.

—¿Por qué? Tu cumple no es hasta junio.

—Ya, pero tampoco hace falta ningún motivo especial para dar una fiesta. Habrá cosas estupendas para comer, música y... y juegos con premios. Unos premios que no os podéis ni imaginar. Y mi madre puede conseguir que vengan los niños de *Los Serrano* y los de *Cuéntame*.

—¡Venga ya! ¿Y cómo lo va a hacer?

—Pues porque conoce a los que hacen las series, y si se lo pide no le van a decir que no. Va a ser la mejor fiesta a la que hayáis ido en toda vuestra vida.

Ya sabéis cómo son las cosas en los colegios: las noticias vuelan enseguida. En menos de dos horas, casi todo el mundo sabía que Silvia Páez iba a hacer una fiesta con premios e invitados famosos, y no había nadie en

todo el colegio que no quisiese asistir. Algunos hasta se acercaron a Silvia para pedirle una invitación. Y entonces ella soltó la bomba: la condición para ir a su fiesta era no ser uno de los amigos de Irina. No le caía bien, dijo, así que no pensaba invitar a la gente de su grupo. La verdad es que no me esperaba semejante cosa. Aunque, pensándolo bien, yo tampoco era amiga de Irina, así que aquello no era asunto mío.

Al día siguiente no quedaba nadie que no supiese lo que había que hacer para no perderse la fiesta de Silvia. Ningún chico se acercó a Irina en el intercambio de clase, ni tampoco a la hora del recreo, que pasó sola, comiendo un bocadillo en el banco del patio. Me dio pena verla allí, sin jugar con nadie, pero ¿qué iba a hacer yo? Después de todo, mi amiga era Silvia, y aunque no entendía por qué la había tomado precisamente con Irina, tampoco podía ayudar a una chica a la que apenas conocía y enfadar así a otra que siempre me invitaba a su casa, a sus fiestas y a su piscina.

Yo pensé que, una vez conseguido que Irina dejase de ser la chica más popular de la clase, Silvia se olvidaría de ella. Pero no fue así. Al día siguiente le escondió el bocadillo que se comía en el recreo, y hasta fingió ayudarla a buscarlo mientras los demás nos retorcíamos de risa viendo a Irina tan apurada y a Silvia haciéndose la buena. Luego, en la última hora, y cuando nadie se daba cuenta, le arrancó de la libreta la hoja en la que había hecho los problemas de matemáticas. Cuando el profesor le pidió la solución del primero, Irina no fue capaz de contestar.

—Vamos, Irina, no tenemos todo el día. ¿Cuánto te da?

—*Profesorrr...* es que no *encuentrro* la página...

—¿Cómo que no la encuentras?

—Es que... no sé... estaba aquí... *perro* ya no está...

El profesor se impacientó.

—Mira, Irina, si se te han olvidado los deberes, no pasa nada... pero no me gusta que os inventéis cosas para escurrir el bulto. ¿Tienes la solución del problema o no?

—No...

En ese momento, Silvia levantó la mano y dio la respuesta correcta. La pobre Irina se quedó roja como un tomate, buscando todavía la hoja que solo yo había visto cómo Silvia arrancaba de su cuaderno de pastas azules.

La cosa no acabó allí. Al día siguiente, Silvia nos llamó a un rincón a la hora del recreo.

—Mirad lo que he hecho... Es una canción para Irina. Nos la tenemos que aprender todas, ¿vale? Y luego se la enseñamos a las otras chicas. La primera que se la aprenda, gana una invitación a mi fiesta. Dice así: «Irina, cochina, andas igual que una gallina, tontina, pollina...».

Nos reímos, pero creo que a ninguna nos pareció verdaderamente gracioso. ¿Por qué le habría cogido Silvia tanta manía a nuestra nueva compañera? En cuanto al resto de las chicas de la clase, se aprendieron la canción en un pispás, porque era muy fácil y porque todas querían ser invitadas a la dichosa fiesta.

No sé si Irina oyó la canción, pero creo que sí, porque tenía una cara cada vez más triste. Cuando salimos del colegio, ella se alejó sola hacia su casa, arrastrando los pies y andando muy despacio.

Durante un par de días, pareció que Silvia se había olvidado de Irina. Por lo menos, no le compuso canciones ni le estropeó los deberes. Eso sí, la chica de Bielorrusia pasaba sola todos los recreos, y ya nadie se acercaba a ella para comentar cosas de clase o preguntarle detalles sobre su país. Silvia había sido muy clara: los amigos de Irina no serían bienvenidos a la fiesta con famosos, juegos y premios.

Unos días más tarde, Irina llegó a clase un poco más animada que en los últimos días. Me fijé en que llevaba unos vaqueros nuevos, unos Levi's que le sentaban muy bien, en lugar de los pantalones más bien feos que lucía otros días. En clase de inglés, la profesora le pidió que explicase a los demás por qué estaba tan contenta, y ella nos contó entonces que había venido a verla su tío Nicolai, que vivía en Estados Unidos, y que le había traído de regalo los vaqueros que llevaba. Me alegré por Irina, por su tío y por los téjanos nuevos. Toda la clase sonrió, e incluso alguien comentó que sus pantalones eran muy bonitos y que seguro que ese modelo aún no lo vendían en España. Por un momento pensé que a partir de entonces las cosas se normalizarían y que, pasados los primeros tiempos, Silvia dejaría de tener manía a nuestra nueva compañera y podríamos ser todos amigos de ella.

La siguiente clase era de matemáticas. El profesor pidió a Irina que se levantara a resolver un problema que había escrito en la pizarra. Era un problema bastante fácil, e Irina encontró la solución en un periquete. Volvió a su sitio, muy seria, con la melena a la espalda, orgullosa de sus vaqueros y de ser tan buena alumna, y se sentó... y en unos segundos volvió a ponerse de

pie con una cara muy rara. Cuando se levantó, todos pudimos ver una enorme mancha de color violeta en sus preciosos vaqueros americanos.

—Irina, ¿qué es lo que pasa? —preguntó el profesor al verla de pie.

Pero Irina no contestó. Solo se retorció intentando ver el desaguisado.

—¡Irina! No me gustan las bromas.

—*Prrofesorr... mis pantalones...*

Y entonces se echó a llorar. Nos quedamos todos mudos y un poco alucinados. Todos menos Silvia, que llevaba en la cara una sonrisa muy suya. El de mates se acercó y pudo ver un boli descargado sobre la silla de Irina. Se había sentado encima sin darse cuenta.

—¿Y esto?

—No lo sé —Irina tenía la cara mojada por las lágrimas—, no es mío...

—¿De quién es este bolígrafo?

Silencio. El boli no era mío, desde luego. Todo el mundo siguió callado.

—O sea, que no es de nadie. Bueno, en ese caso me lo voy a guardar.

Irina seguía llorando, desconsolada, pensando, supongo, en sus vaqueros nuevos que acababan de estropearse. No tenía pañuelo, y las lágrimas le corrían por la cara.

—Irina, no te preocupes por los vaqueros —el profesor de mates, que siempre está tan serio, parecía disgustado—. Mira, mi mujer tiene una tintorería. Si me traes mañana los pantalones, ella podrá limpiarlos y no quedará ni rastro de la mancha.

—*Grrracias, prrofesorr...*

Creo que nunca me dio tanta pena una persona como Irina dando las gracias al de matemáticas, con la voz entrecortada por las lágrimas y la cara llena de manchurroneos.

A la hora del recreo, como siempre, Irina se quedó sola en clase, sin abrir siquiera el bocadillo que su madre le preparaba todos los días. Ya dicen que los disgustos quitan el hambre. Yo me fui, como siempre, a comerme mis galletas con Silvia y las otras.

—Bueno, ¿qué me decís de la cara de Irina cuándo vio manchados sus dichosos vaqueros? —era Silvia quien hablaba—. Parecía un pasmarote.

¿Un pasmarote? A mí solo me había parecido una pobre chica disgustada a quien acababan de estropear los únicos pantalones bonitos que tenía.

—Y el idiota de mates, diciéndole que su mujer se los iba a limpiar. Bah, me apuesto cualquier cosa a que no es capaz de quitar la mancha. La tinta de ese boli no se va tan fácilmente.

Me quedé helada.

—¿Era tuyo el boli?

—Pues claro. Pareces tonta.

—Pero ¿por qué has hecho eso?

—Pues porque Irina se estaba poniendo muy chulita con sus vaqueros. No sé lo que se ha creído esa idiota, pero ya le he bajado yo los humos definitivamente.

Y allí estaba Silvia, tan tranquila, comiéndose el sándwich de nocilla que se traía todas las mañanas, mientras 1 riña lloraba sola en un aula vacía por sus pantalones estropeados y porque, gracias a Silvia, no tenía ni un amigo. De pronto me di cuenta de que mi amiga no era tan guapa como yo pensaba, ni tampoco tan graciosa ni tan divertida. Era solo un mal bicho que disfrutaba haciéndoselo pasar mal a una pobre chica que ni siquiera se había metido con ella.

—Pero, Marga, ¿por qué pones esa cara? No se ha hundido el mundo ni nada por el estilo.

—Ya.

—Entonces, deja de incordiar y anímate. ¿Qué te vas a poner para la fiesta?

En un segundo se me pasaron muchas cosas por la cabeza. Tantas, que ya casi no me acuerdo. Solo sé que Silvia había dejado de ser para mí la persona más interesante del mundo para convertirse de golpe y porrazo en alguien con quien no quería tener ningún trato.

—Yo no voy a ir a tu fiesta, Silvia. ¿Sabes por qué? Porque me parece que eres la peor persona de este colegio.

No esperé la respuesta. Me di la vuelta y me fui, alucinada conmigo misma por haber sido capaz de decir algo así a Silvia Páez, que tenía una casa estupenda, dos padres famosos... y muy mala idea.

Mi madre dice que tengo que hablar con los profesores. Que mi obligación es contarles lo del boli descargado, y lo de la página de los deberes que Silvia arrancó, y todas las otras cosas que hizo para que toda la clase pasara de Irina. La verdad es que no me hace mucha gracia. A nadie le gustan las chivatas, y yo no soy una soplona. Eso fue lo que le contesté a mi madre. Ella me dijo entonces que proteger a una chica indefensa como Irina no es chivarse, sino hacer justicia. Y que gracias a que hay gente como yo que confunde las cosas, las personas como Silvia sienten que pueden hacer lo que les dé la gana, incluso pisar y machacar a otros solo porque sí.

Todavía no he decidido lo que voy a hacer. Empiezo a pensar que lo correcto sería contar todo a los profesores o, al menos, al profesor de mates, pero me da miedo. No es fácil plantar cara a alguien que cae bien a todos, aunque uno se haya dado cuenta de que no es la persona maravillosa que los demás piensan. Mientras, Irina y yo pasamos juntas los recreos y los intercambios de clase, y ella me cuenta cosas de su país y me ayuda con los deberes de inglés. Ya no está tan triste. Y la mujer del profesor de matemáticas ha conseguido sacar la mancha azul de sus preciosos vaqueros nuevos.

# **PASARSE DE LA RAYA**

*por Andreu Martín*

Toda sus biografías empiezas igual, y esta no va a ser menos: el primer colegio al que al que fue Andreu no tenía patio. Este es un dato esencial para descubrir el motivo por el que este barcelonés nacido en 1949 empezó a escribir. Al no tener dónde jugar, a sus amigos y a él no les quedaba otra que inventarse historias, *aventis*, basadas en sus héroes comic preferidos. Y desde entonces no ha parado de contarnos *aventis* protagonizadas por sus propios personajes.

Suena el despertador y, al mismo tiempo, la voz de mamá que le recuerda que se llama Rufino.

—¡Rufino! ¡Arriba! ¡Venga, al colé!

Se llama Rufino, como el abuelo Rufino, porque el abuelo Rufino era tremendo, muy mandón y acojonante.

—¡El niño se llamará Rufino, como yo!

Pero uno no se puede llamar Rufino cuando es canijo y apocado y tiene voz de pito. Ponerle Rufino a un alfeñique es amargarle la vida.

Llega mamá junto a la cama y lo zarandea.

—¡Venga, Rufino!

—¡No quiero ir al colé!

—¡Venga, no digas tonterías! Ya estamos otra vez. Venga, vístete.

A Rufino le gustaría que, al menos, le llamaran Rufo, que es igual de *friki* pero suena mejor, infunde más respeto. Pero si no llamaban Rufo al abuelo, que era un tiarrón gigantesco; si le llamaban Rufino a pesar de la autoridad y el vozarrón que gastaba, ¿cómo le van a llamar Rufo a él, que es un mierdecilla?

Así que tiene que resignarse. Y se apea de la cama a desgana, y va al cuarto de baño para hacer pis y para esquivar la imagen que le devuelve el espejo, imagen detestable, imagen de la desgracia.

Se lava la cara, las manos, el cuello y las orejas con jabón. Se limpia los dientes. Se cepilla el pelo. Siempre con la mirada baja, rehuyéndose a sí mismo con vergüenza.

Está asustado. El corazón le late con fuerza, badabom, badabom, badabom.

Se viste la camiseta, el jersey, los calzoncillos y los vaqueros, los calcetines y las botas con puntera de hierro. Y el casco de bici, las coderas y las rodilleras. Se cuelga la mochila a la espalda. Se calza los nudillos de bronce en la mano derecha, esa pieza metálica con agujeros para cuatro dedos, que refuerza los nudillos. Agarra el bate de béisbol con la izquierda y sale de su cuarto.

Papá y mamá ya están desayunando en la cocina y lo miran sonrientes.



—¡Venga, campeón! —le dice papá—. Aliméntate, que tienes que estar fuertote.

—¡Venga, machote! —dice mamá.

Rufino está desganado. Le parece que, si prueba un solo bocado, lo vomitará de inmediato. Le tiemblan las piernas y le iría muy bien liberar el llanto para desahogarse, pero no puede.

Se bebe el chocolate. Se toma un pedazo de bizcocho con mueca de mártir.

—¿Llevas la navaja? —se asegura su madre.

—Sí, mamá. En la mochila.

—Llévala a mano, que nunca se sabe.

—Pero si llevo los nudillos de bronce y el bate de béisbol... No puedo llevar nada más.

—Por si pierdes el bate —le cuenta mamá, cargada de paciencia—, que puedas sacar la navaja enseguida, no te vayan a pillar desarmado.

—¡Yo no quiero ir al colé! —gimotea Rufino por fin.

—¡Venga, coño, no me seas flojo! —protesta su padre, con cierta energía impaciente—. A ver si te vas a dejar asustar por esos idiotas.

Mamá lo abraza y le acaricia la mejilla. Le sonrío.

—Ya verás como no es nada. Tú vas hoy allí, te pasas de la raya y que vengan. Y les das una buena lección en defensa propia. Nadie te podrá decir nada.

—Rufino, hijo mío —dice papá, más solemne, como el general que arenga a las tropas—, tienes que ser valiente. Si dejas que te pisen, ya nunca podrás levantar la cabeza. Vamos, campeón, dales su merecido.

Y así se va Rufino a la escuela. Arrastrando los pies. Asustado.

Ayer, el director trazó una raya en el suelo del patio y dijo: «El que se pase de la raya, quedará automáticamente expulsado del colegio».

Y hoy, Rufino va dispuesto a pasarse de la raya.

Ahí están sus objetivos. El Jeta, el Piernas y el Rambo, al otro lado de la raya que trazó el director del instituto con tiza en el suelo. Tienen los puños cerrados y los rostros deformados por el odio y el desdén. En cuanto lo ven, empiezan con la canción de siempre: «Ay, Rufino, qué fino... Mirad el Rufinolis... Rufino, más tonto que un pepino, ven, que te parto los morros...». Lo insultan con palabrotas gordas que provocan escalofríos. Lo amenazan con hacerle mucho daño. «No te pases de la raya, Rufino...».

Rufino se pasa de la raya.

Se iluminan los ojos de sus enemigos, en una mezcla de alarma, furia y escándalo. Se levantan los seis puños, seis puñitos de niño, dispuestos a partírle la cara, reventarle los labios, hincharle los ojos, patearle los huevos.

No sería la primera vez.

Pero hoy se acabó. Hoy, con su puño de bronce Rufino le rompe la nariz al jeta; con el bate de béisbol, le hunde el cráneo al Piernas; clava la bota de puntera de hierro en la entrepierna del Rambo.

Y, mientras los ve caer muertos, se le llenan los ojos de lágrimas porque sabe que es el fin, que es una catástrofe, que lo van a expulsar del colegio, que lo va a detener la policía por asesino, que lo van a meter en la cárcel por el resto de su vida.

¿Y qué van a decir sus padres?

¿Qué va a decir todo el mundo?

¿Qué van a pensar de él?

Entonces, suena el despertador y, al mismo tiempo, la voz de mamá:

—¡Rufino! ¡Arriba! ¡Venga, al colé! —llega junto a la cama y lo zarandea —. ¡Venga, Rufino!

—¡No quiero ir al colé!

—¡Venga, no digas tonterías! Ya estamos otra vez. Venga, vístete.

Está asustado. El corazón le late con fuerza, badabom, badabom, badabom.

Se viste la camiseta, el jersey, los calzoncillos y los vaqueros, los calcetines y las zapatillas de deporte. Se cuelga la mochila a la espalda y sale de su cuarto.

Papá y mamá ya están desayunando en la cocina y lo miran sonrientes.

—¡Venga, campeón! —le dice papá—. Aliméntate, que tienes que estar fuertote.

—¡Venga, machote! —dice mamá.

—¡Yo no quiero ir al colé! —gimotea Rufino.

—¡Venga, cono, no me seas flojo! —protesta su padre, con cierta energía impaciente—. A ver si te vas a dejar asustar por esos idiotas.

Mamá lo abraza y le acaricia la mejilla. Le sonrío.

—Ya verás como no es nada.

—Rufino, hijo mío —dice papá—, tienes que ser valiente. Si dejas que te pisen, ya nunca podrás levantar la cabeza.

Y así se va Rufino a la escuela. Arrastrando los pies. Asustado.

Luego, se encuentra en aquel rincón del patio, solo y marginado, avergonzado, protegido del resto del mundo únicamente por aquella raya

trazada con tiza y la amenaza del director: «El que se pase de la raya, quedará automáticamente expulsado del colegio».

Ni el Jeta ni el Piernas ni el Rambo se atreverán a cruzar esa raya, pero, cuando no los vean, sí se atreverán a acercarse a ella, a Rufino, con sus terroríficos puños cerrados y los rostros deformados por el odio y el desdén, y la canción de siempre: «Ay, Rufino, qué fino... Mirad el Rufinolis... Rufino, más tonto que un pepino, ven, que te parto los morros...».

Y Rufino ahí está y ahí se queda, cabizbajo, con la mueca del llanto instalada en su rostro, incapaz de pasar al otro lado de raya por miedo a que sus compañeros se pasen de la raya.

Los ojos llenos de lágrimas, siempre con la mirada baja, rehuyéndose a sí mismo con vergüenza, porque sabe que es el fin, que es una catástrofe, que no le dejan salida.

¿Dónde están sus padres?

¿Dónde está todo el mundo?

¿No hay nadie que piense en él?

# **LAS DOS CARAS DE LA MONEDA**

*por Elena O'Callaghan i Duch*

A Elena se le da bien escribir e-mails en verso. Los escribe con una velocidad y eficacia que uno no puede evitar pensar que, a lo mejor, cuando habla, también lo hace en verso. Pero lo cierto es que también domina la prosa. Nació en Barcelona, en la navidad de hace unos cuantos años, como a ella le gusta decir. Ha trabajado en el mundo de la docencia y el editorial, ha publicado cuentos para niños, jóvenes y adultos., así como poesías, obras de teatro, artículos pedagógicos y de literatura en revistas especializadas, y ha ganado alguno de los premios literarios más importantes de este país.

*Eres una mierda y nadie te quiere.  
Ni siquiera tu propia madre,  
que te abandonó al nacer  
cuando vio el engendro que había parido.*

Isabel no podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Tuvo que apretar de nuevo una de las teclas para poder releer el mensaje, ahora con letra más nítida, en la pequeña pantalla del móvil de su hija Ana.

Se sintió mal. Muy mal.

### **13 de marzo**

El lunes empiezan los exámenes. Voy fatal. Seguro me quedan las mates y tecno y, con un poco más de mala suerte, la lengua y el inglés.

Esperaba que Andrea me hubiera tenido en cuenta. ¡Qué estúpida he sido al pensar eso! Desde mitad del primer trimestre, ella y su grupito no hacen más que mofarse de mí. Si me acerco para estar con ellos en el patio, hablan medio en clave y con indirectas burlonas para que me vaya de su lado. En clase se ríen de mí cuando los profes me preguntan algo y no sé responder o lo hago mal. No entiendo qué le pasa a Andrea conmigo. No sé qué le he hecho. Hemos ido juntas desde primaria y era mi amiga. Por eso me duele su actitud. Y lo peor, que arrastre a todo ese grupito: Álex, Carla, Mireia, Oriol, Rubén, Marcos... y a más gente de la clase. Menos mal que María del Mar y Laia no se han unido a ellos.

Sé que Andrea se ha hecho con unas copias de los exámenes de mates y de lengua. Las ha repartido entre sus amigos. En el patio se jactaba de ello. Explicaba cómo había entrado en la sala de profes y había birlado un par de fotocopias de los dos primeros montones que encontró, mientras Marcos y Rubén

vigilaban desde la puerta para avisar si se acercaba algún profesor.

Yo nunca me hubiera atrevido a hacer algo así, pero, la verdad... ¡qué bien que me iría saber las preguntas de estos exámenes! Andrea sabe lo que me cuestan estas asignaturas, pero no me ha dado ninguna copia. En cambio, ha hecho todo lo posible para que me enterara de ello. Lo ha hecho adrede. Quizá espera a que me humille y le pida unas copias. Y no sé qué hacer. Si suspendo cuatro asignaturas, además de la bronca en casa, sé que mi madre me racionará con cuentagotas las salidas hasta final de curso, y si suspendo el curso no me dejará ir al campamento con los *scouts*. ¡Me muero de rabia!

Lo que Isabel acababa de leer en el móvil le estaba abriendo los ojos. No podía evitar sentirse culpable por no haber sabido valorar la dimensión del aprieto por el que había pasado su hija a lo largo del curso. Y lo más sorprendente: ¿cómo era posible que una niña de la edad de su hija fuera capaz de actuar con semejante crueldad? El mensaje que había leído no obedecía a un impulso, a algo que se suelta en un arranque de ira. Esos mensajes denotaban la estrategia de la mente fría y calculadora de una niña de trece años. Realmente escalofriante.

## **14 de marzo**

Estoy hecha un lío. Esta tarde, a la salida, tenía ganas de ir al lavabo. Cuando iba a entrar, la señora de la limpieza me ha preguntado si me podía esperar a que se secase el suelo. Le he dicho que no y me ha abierto el baño de las profesoras, que está al lado. Mientras estaba dentro, han entrado dos profesoras, hablando entre ellas. Me he quedado de piedra al oír sus palabras. No he pillado la conversación entera, pero sí frases sueltas: «... el de matemáticas y el de lengua..., puerta abierta... Estaban contados... eran los primeros. Algunas copias cayeron al suelo... Prisas».

Está claro: los profes han descubierto que alguien ha cogido los exámenes. ¿Qué hago? ¿Aviso a Andrea y su cuadrilla? Quizá así gane puntos a sus ojos y dejen de burlarse de mí y mandarme esos mensajes con insultos y amenazas. Aunque no

los firmen, sé que son suyos. Si les aviso, quizá me dejen en paz de una vez. Será difícil que Andrea vuelva a ser mi amiga, como cuando éramos pequeñas, pero me conformaría con que dejara de humillarme públicamente.

Pero María de Mar opina que no es buena idea avisar a Andrea. No sé... Mañana ya decidiré, ahora tengo dolor de cabeza de tanto pensar.

Isabel sabía que su hija era introvertida y que le costaba coger confianza con las personas. Cuando la adoptó, apenas tenía dos años, pero dos años son un tiempo precioso en el crecimiento de un bebé. Y en este caso, era más que suficiente para que su hija hubiera desarrollado ya un carácter tímido y extremadamente sensible. Por eso, a la hora de educar a su hija, Isabel siempre fomentó de manera especial la autoestima de Ana. Creyó que sus explicaciones y sus amplias conversaciones con la niña, a medida que iba creciendo, serían bastante para ayudarla a superar sus inseguridades y que le aportarían recursos emocionales que la fortalecieran internamente frente a lo que la vida le deparara.

Sabía que una de las virtudes de Ana era también su punto débil. A menudo, su hipersensibilidad la hacía emocionalmente inestable y le obligaba a estar más pendiente de agradar a los demás que a sí misma. A ojos de su madre, esa necesidad de aprobación que sentía Ana era lo que la convertía en una presa fácilmente vulnerable a las manipulaciones.

Por todo eso, a Isabel le pareció de una bajeza extrema que los compañeros de su hija apelaran a su condición de hija adoptada y ahondaran en ello para hacerle el mayor daño posible.

## 15 de marzo

Día espantoso donde los haya.

¡Soy imbécil! Pero... ¿cómo se me habrá ocurrido contárselo a Andrea? ¿En qué estaría yo pensando...? Quería ganar puntos a sus ojos y ha pasado justo lo contrario.

—¡Has sido tú, chivata de mierda! —me ha gritado.

¡La odio! La odio a ella y a todo su grupito.

Después, en clase de mates, al abrir el libro me he encontrado con otro de sus mensajes: *A ver si te enteras de una vez: te la estás buscando. Vete con cuidado a la salida.* Lo ha

escrito ella. Le conozco bien la letra. A la salida, les he pedido a María del Mary a Laia que me acompañen hasta pasado el camino del puente. Laia me ha dicho que sería mejor que se lo contara todo a mi madre.

Me gustaría poder contárselo todo a mamá. Pero me dirá lo mismo que el trimestre anterior, cuando le comenté que se burlaban de mí: que yo soy una exagerada, que hable con Andrea, que si los demás se meten conmigo es porque saben que eso me molesta, pero que son chiquilladas y que si yo no les hago caso, ya se cansarán y se buscarán otra víctima. Sí, claro, para mamá es muy fácil decir eso y también pincharme para que hable con el tutor. Y si no lo hago, lo hará ella. Hablar con el tutor es peor, porque luego él saca el tema en tutoría y me machacan más todavía.

Siento una tremenda opresión en el estómago que no me ha dejado ni cenar. Estoy tumbada en la cama y apenas puedo escribir. Me caen las lágrimas sobre estas páginas.

¡Qué asco de colegio! ¡Qué mierda de vida!

Aún sobrecogida por la impresión, mientras caminaba en dirección a su estudio con el móvil de Ana en la mano, Isabel rebobinó mentalmente el curso de su hija como si de una película se tratara.

¿Cómo no había dado crédito a sus palabras? ¿Qué le hizo pensar que las quejas y lamentos de su hija en todo ese tiempo no eran más que una exageración? ¿Cómo no se dio cuenta de que la situación estaba tan deteriorada? Se había limitado a decirle que intentara arreglar las cosas a través del diálogo y que aprendiera a no perturbarse por lo que dijeran los demás, pues mientras ellos vieran que todo eso la afectaba, la podrían manipular a su antojo. Y, finalmente, le aconsejó que hablara de todo ello con el tutor y que confiara en él.

## **18 de marzo**

¿Por qué? ¿Por qué mi madre no se da cuenta? Dice que es un «episodio puntual». Pero yo no quiero volver al colegio. ¡No pienso volver! Se lo dije ayer a la doctora en privado. Luego, ella habló con mi madre, también a solas.



Llegué al hospital temblando, sintiendo esa opresión en el estómago y en el pecho y, sobre todo, llorando de rabia y desesperación. La doctora me dio una pastilla, y cuando se me pasaron los temblores y el llanto, conseguí contarle lo ocurrido. Le conté cómo a la salida del colegio, tres calles más abajo, estaban esperándome Andrea y su grupito. Todos saben que salgo siempre con María del Mar y que nos separamos en la segunda calle y que al llegar a la tercera estaría sola. En cuanto los vi, me temí lo peor. Intenté escaparme, pero no tuve posibilidad alguna. Me rodearon y me acorralaron, mientras, a empujones, me pasaban de uno a otro. No soy capaz de recordar quién dijo qué:

—Te vamos a partir la cara, chivata asquerosa.

—Ahora estamos fuera del colegio. ¿A qué profesores te vas a chivar ahora?

Yo empecé a llorar, aterrorizada.

—Dejadme en paz, por favor. ¿Qué os he hecho?

Pero siguieron avasallándome y riéndose de mi miedo:

—Llorona cobarde, te estás cagando, ¿verdad?

—¡Ja ja ja! Pues esto no es nada. Una sola palabra más y te vamos a rajar la cara. Te vas a quedar más fea de lo que eres, que ya es decir.

—Y ahora, niñata de mierda, ¿por qué no le vas con el cuento a tu puta madre?

Le seguí contando a la doctora que en ese momento bajaban la calle un grupo de los mayores de bachillerato, que irrumpieron:

—¿Pasa algo? —preguntó uno de ellos.

—Oh, nada —respondió Oriol, cínicamente—. Le estábamos dando a esta un regalo de cumpleaños, ¿no es así, Ana?

Como el de bachillerato empezó a preguntar, inmediatamente se disolvió el grupo y yo eché a correr cuesta abajo hasta que los perdí de vista. Me paré, llamé a mi madre y...

De nuevo, el llanto no me dejó seguir con mi explicación. La doctora me dijo que tenía un «ataque de angustia». Aunque fue muy amable conmigo, se equivocó. Un ataque dura poco y

se pasa. Lo mío no es un ataque, porque no se me pasará hasta que se mueran Andrea y su grupito. O hasta que yo cambie de colegio y no vuelva a ver nunca más en mi vida a toda esa pandilla. Pero mi madre no me quiere cambiar de colé. Dice que esa no es la solución. Que si alguien se tiene que ir no soy yo, sino Andrea, y que el colegio tiene que estar enterado de esto y tomar cartas en el asunto.

Sí, cartas en el asunto... Cuando llegue a oídos del tutor, este hará lo de siempre: hablará conmigo, hablará con ellos, hará una tutoría sobre el asunto y aireará el tema a los cuatro vientos para mayor vergüenza mía. Todo seguirá igual y yo seré la comidilla de todo el colegio y el blanco perfecto del grupito de Andrea, porque me acusarán de haber ido con el cuento a los profes y aún será peor. Eso es lo que no entiende mi madre. No quiero que mamá hable con el tutor ni con nadie. Ya lo hizo el trimestre pasado y no solo no mejoró la situación, sino que fue cuando empezaron a burlarse de mí y a enviarme los mensajes.

Después de lo de ayer, no entiendo cómo mamá aún sigue diciendo que soy yo la que se toma las cosas a la tremenda. Entonces, ¿por qué me llevó ayer al hospital? ¿Por qué estoy ahora en casa cuando debería estar en el colegio? ¿Por qué ella no ha ido hoy a trabajar y está conmigo en casa? ¿Por qué lleva una hora pegada al teléfono?

La estoy oyendo... ¡Está hablando con el tutor! Lo peor que podía hacer. Dice algo de perder el curso. ¡Y a mí qué! Me la suda perder el curso. ¡Odio esta mierda de colegio! No pienso volver.

Ahora, a la luz de lo ocurrido, el episodio del acorralamiento cobró para Isabel un relieve distinto. No es que no le diera importancia cuando sucedió, pero sí creyó entonces —y el tutor la convenció de ello posteriormente— que se trataba de un episodio puntual, en el cual su hija se había metido casi por casualidad a través de un cúmulo de desafortunadas circunstancias que comenzaron con el robo de los exámenes y desembocaron en la encerrona y las amenazas que Ana recibió a la salida del colegio.

Al recibir la llamada de su hija, y lograr entender entre llantos y gritos lo que le ocurría, salió corriendo del trabajo y fue a buscarla. Ana estaba fuera de sí, temblando como una hoja y presa del pánico. Isabel la vio tan

descompuesta que decidió llevarla al hospital. Ahora se alegraba enormemente de haberlo hecho.

## **22 de marzo**

Andrea, Oriol y Carla han sido expulsados del colegio una semana. No es que me consuele, pero por lo menos estaré siete días sin verlos. Más los diez de la Semana Santa, diecisiete en total. La expulsión ha sido por lo del robo de los exámenes y supongo que algo habrá tenido que ver lo que mamá habló con el tutor. Ya veremos qué pasa cuando vuelvan.

Voy a hacer todo lo posible para cumplir el pacto al que llegué con mi madre: acabar el curso como sea, centrándome en los estudios. Pero sigue diciendo que no soy yo quien tiene que cambiar de colegio. ¡Qué ganas tengo de que lleguen las vacaciones de verano! Tres meses sin ver a nadie.

Cuando accedí a volver al colegio, yo también hablé con el tutor y me prometió que me dejarían en paz y que nada volvería a ocurrir. Pero también me dijo que no tenía que ser tan susceptible. Otro que no se entera de lo que pasa fuera de la clase.

Los exámenes han acabado y, con todo este lío, me han ido fatal. En realidad, casi lo prefiero. Si tengo que seguir en esta asquerosidad de colegio, mejor que repita curso. Aunque no pierda de vista completamente al grupo de Andrea, por lo menos no coincidiremos en las clases.

Isabel bajó la guardia al creer que la situación estaba bajo un relativo control por parte del centro, e interpretaba las quejas de Ana y su insistencia en no querer volver al colegio como una justificación de su hija por lo mal que iba académicamente.

Esa sensación de calma fue alimentada sobremanera por el tutor, quien, ante la insistencia de Isabel de poner en conocimiento de la dirección del centro el asunto, le dijo que no era necesario y le contó que ya se había aclarado el caso con los alumnos responsables del puntual acoso, que estos se estaban comportando con corrección y que era Ana la que percibía mucho más de lo que era en realidad. Aun así, Isabel insistió en que una cosa era lo que los profesores veían en la clase, y otra, lo que ocurría fuera del aula o,

incluso, fuera del centro; relaciones y circunstancias de las que los docentes no tenían ni idea.

## **5 de abril**

He suspendido cuatro. Aún me esperaba más.

Ya estoy con los nervios de punta. Mañana, otra vez al colé después de las vacaciones de Semana Santa. Mamá ha estado rayándome todos estos días con la misma canción: que si no me tiene que dar apuro volver, que si soy demasiado sensible, etc. Tengo miedo de lo que pase mañana, cuando se incorporen Andrea, Carla y Oriol. La última semana del trimestre anterior, el resto de la peña, sin los tres cabecillas, me ignoraron. Pero ya veremos mañana. ¿Se envalentonarán de nuevo?

Durante las vacaciones de Semana Santa, Isabel y sus dos hijos se fueron a pasar unos días a la montaña. Lejos de presiones laborales y académicas, en un ambiente distendido, Isabel aprovechó para insistirle a su hija en que lo importante del colegio eran los estudios. A los compañeros, a fin de cuentas, los perdería de vista en pocos años. Ana parecía resignada a ello porque no se lo discutía a su madre. Pero Isabel percibía una infinita tristeza en los ojos de su hija. «Quizá es pronto —se decía— y necesite tiempo para digerir lo que ocurrió».

## **15 de abril**

Hace días que no escribo. Como prometí a mamá, estoy muy centrada en los estudios porque este trimestre es decisivo. Dije que me da igual repetir curso, pero en realidad no me da lo mismo. La situación en el colé ha mejorado algo, solo algo. Yo sé que Andrea y el resto de la pandilla se contienen por lo que pueda pasar. No me dirigen la palabra, ni en clase ni en el patio, pero las miradas de odio y las sonrisitas de desprecio que me lanzan siguen ahí.

Intento hacer lo que mamá me aconseja: ignorar a ese grupo de comadreas. Pero ¿cómo se puede ignorar a alguien que siempre está ahí, que sé que se siguen riendo de mí a mis

espaldas y me siguen criticando? Es muy difícil. Suerte que María del Mar y Laia me están ayudando muchísimo. Es lo único bueno que tiene el colegio. Vivo como una *zombie* durante toda la semana y solo espero a que llegue el viernes para olvidarme.

Durante los dos meses siguientes, Isabel se dio cuenta del esfuerzo de su hija por estudiar y sacar adelante el curso. Se lo valoró y le alabó repetidas veces su fuerza de voluntad. La ayudaba en todo lo que podía y se alegraba con sus logros en los exámenes parciales.

Sin embargo, por encima de esa situación de aparente sosiego, siempre planeaba una sombra latente que Ana hacía explícita en cuanto se le presentaba la menor ocasión: el cambio de colegio. Isabel estaba harta de este asunto recurrente y, en un par de ocasiones, hasta se llegó a enfadar con su hija por ello. En algunos momentos de debilidad, se debatía entre la firmeza de no doblegarse a lo que ella consideraba un capricho de Ana, y la lejana intuición de que ese escenario era de cartón piedra y se mantenía cogido por pinzas. En esos momentos de dudas, llamaba al tutor para ver cómo iba todo y transmitirle no solo la tristeza que percibía en su hija, sino también su deseo de cambiar de colegio. El tutor llegó a decirle que Ana le estaba tomando el pelo, pues la niña estaba muy bien en el colegio y en absoluto se la veía triste o preocupada. Había hablado con ella y no se sentía angustiada ni, mucho menos, acosada.

### **30 de abril**

Mi madre no se entera de nada. Se cree que todo está solucionado. Cada día, nada más llegar, me pregunta qué tal me ha ido en clase. ¡Qué le voy a decir! Ya paso de contarle que todo sigue igual. Solo le digo que me quiero ir de este colegio. Hoy hemos discutido otra vez. No me quiere cambiar de centro. Dice que es de los mejores de la ciudad, que ella hace un gran esfuerzo para llevarme a ese colé y que la situación ha mejorado y que, una vez pasado el verano, ya nadie se acordará de nada. Y yo no sé cómo hacerle entender que esto no hay quien lo solucione. Las cosas no son como cuando éramos pequeñas, que un día nos peleábamos y al siguiente hacíamos las paces. Esto va en serio. Ya no somos niñas.

¿A qué jugaba, pues, Ana? Su madre estaba desconcertada. Por una parte, cuando le preguntaba cada día a su hija cómo le había ido en clase, la respuesta era siempre la misma: bien. Un escueto «bien», articulado sin demasiado entusiasmo, salvo cuando traía un aprobado de algún trabajo o control parcial. Por otra parte, le desorientaba la insistencia de su hija para que la sacara del centro. Si todo iba «bien», si estaba empezando a sacar aprobados aunque fueran justitos, si el tutor decía que la veía contenta... ¿cuál era el problema? ¿Por qué seguía con esa mirada lánguida, como si hubiera perdido la vitalidad?

### **10 de mayo**

¡La odio! ¡Cómo odio a Andrea y su mala leche! Delante de los profesores, me sonrío y es amable conmigo. Pero detrás, la muy falsa e hipócrita va por ahí contando chismes sobre mí, calumniándome. Hoy se ha encarado con María del Mar y le ha preguntado que cómo era posible que una chica tan guapa como ella fuera capaz de ir con un monstruo como yo, que además la deja de vuelta y media cuando no está. Yo jamás he hecho eso. María del Mar me lo ha contado y he visto una sombra de duda en su cara cuando me lo ha dicho. Me he visto obligada a defenderme de tal acusación. ¡Cómo me ha dolido!

Isabel acababa de llegar a su estudio. Cerró la puerta para que Ana no la pudiera oír y se sentó frente a su mesa de trabajo. Volvió a leer los dos últimos mensajes recibidos en el teléfono de Ana, que ahora se le antojaron como las puntas de un gran iceberg. Su sensación de culpa iba en aumento al recordar más detalles de todo aquel proceso. Siguiendo la petición del tutor, Isabel no había transmitido su preocupación a la dirección del centro, tal y como había deseado hacerlo en un principio. Ahora, a la vista de esos mensajes, se daba cuenta de que había confiado demasiado en el tutor. Debería haberse mantenido firme, yendo a hablar con la coordinadora de ciclo, con la jefa de estudios o con el mismísimo director del centro.

### **12 de mayo**

Mamá se ha enterado de lo de María del Mar. Me vio ayer llorando y me preguntó que qué me pasaba. No le quise decir nada. No quería que llamara al colegio. Pero al final tuve que contárselo todo. Me dijo que yo no soy nada fea. Y que un monstruo es quien necesita hacer daño a los demás para disfrutar. Cómo me gustaría ser capaz de soltarle eso en la cara a Andrea...

Hoy viernes, mamá ha venido a buscarme al colegio y nos hemos ido a merendar juntas. A la salida estaban Carla, Mireia y Oriol, y cuando me han visto con mi madre, han empezado a reírse. Le he dicho a mamá que se estaban riendo de ella y mamá me ha contestado que le importaba tres pimientos, que lo mejor era ignorarlos y que yo tendría que aprender a hacer lo mismo. ¡Qué fácil resulta eso para un adulto! Me gustaría ser como ella.

Cada día falta menos para que se acabe esta tortura de curso.

Isabel quería que Ana se sintiera apoyada en los estudios y seguía al detalle los deberes y las lecciones de todas las asignaturas. Eso la obligaba a trabajar por las noches y recuperar las horas de la tarde. Además de un refuerzo académico, quería que el estar a su lado fuera también un refuerzo emocional, aunque se desesperaba cuando volvía a salir el tema del cambio de colegio.

## 15 de mayo

Seguro que mamá ha vuelto a hablar con el tutor. Hoy me ha llamado a su despacho, delante de toda la clase. ¿Se puede ser más indiscreto y más patoso? Ya en privado, me ha preguntado si Andrea o alguno de sus satélites seguían molestándome. Le he mentido. ¡Qué le iba a decir sabiendo la que me puede caer! Entonces me ha reñido porque, según él, estoy preocupando a mi madre innecesariamente. Ni le he contestado. ¿Para qué?

Al volver a la clase, sobre la superficie de mi mesa había una frase escrita en mayúsculas: *ANA, HIJA DE PUTA*.

¡No aguanto más! Ojalá me durmiera y no me despertara en un año.

A mediados de mayo, Isabel volvió hablar con el tutor, quien ya parecía cansado de oír siempre lo mismo. Isabel le trasladó de nuevo la congoja y las quejas de su hija: ya no es que quisiera cambiar de colegio, es que no quería ir.

Ana le había contado a su madre que si hablaba con el tutor era peor, porque luego todo terminaba sabiéndose y podía haber represalias. El tutor negó que eso fuera cierto. Entonces, Isabel apuntó la posibilidad de que Andrea y su grupo hubieran vuelto a las andadas y que Ana no se atreviera a decir nada por temor a las consecuencias, cosa que de nuevo el tutor negó rotundamente. ¿A qué estaba, pues, jugando su hija?

## **20 de mayo**

¡Falta menos de un mes para que acabe el curso! Parece una eternidad. No sé qué haría sin Laia y sin María del Mar. Sería insoportable. Mamá me ha dado permiso para invitarlas a casa dos días cuando acabe el curso. Serán las únicas personas de las que me despediré. Al resto... ¡que les den!

Faltaba menos de un mes para que finalizara el curso e Isabel se había propuesto acabarlo como fuera y llevar después a su hija al psicólogo. No consideró oportuno llevarla en esos momentos porque temía que Ana se descentrara todavía más. De modo que intensificó sus sesiones de estudio con ella y procuró que se distrajera en sus ratos libres, pensando en los campamentos de verano. Aquello era de las pocas cosas que le devolvían el brillo a los ojos de sus hija. Incluso le propuso invitar a casa unos días a sus dos amigas Laia y María del Mar, una vez finalizado el curso.

## **20 de junio**

¡Un mes sin escribir! Y es que en casa no he hecho más que estudiar y estudiar. A pesar de ello, me han quedado las mates.

¡Por fin se ha acabado el curso! Mañana es el último día. Solo tenemos que ir un rato por la mañana. Luego han quedado casi todos los de la clase para celebrarlo e ir luego a comer juntos a una pizzería. No voy a ir con ellos porque también van Andrea, Carla, Oriol, Rubén y todo el grupito de satélites. ¡Me



quedan horas! Mañana, a partir de las once, ya no sabré nada más de ellos hasta septiembre. ¡No me lo puedo creer!

El día antes de finalizar el curso, Isabel estaba exhausta, pero contenta. Por fin acabaría todo. Un largo verano por delante podría dar mucho de sí, descargar la tensión acumulada durante el curso, buscar ayuda psicológica que le hiciera ver a Ana que todo había pasado y que, sin duda, en septiembre podría empezar limpiamente el nuevo curso partiendo de cero.

## 1 de junio

Son las doce y cuarto. A las once he salido del colegio para no volver en mucho tiempo. Pensaba ilusamente que ya se había acabado todo, que me podría olvidar de esa pandilla de monstruos durante tres meses, pero poco antes de llegar a casa... ¡los mensajes! No es el primer mensaje que recibo en los dos últimos meses, pero pensaba que al acabar el curso se olvidarían de mí, justo al contrario.

Cuando mamá me ha abierto la puerta, no podía siquiera contarle nada de cómo estaba de ahogada en llanto. Le he pasado mi móvil sin poder decirle nada más.

Mamá ha leído en voz alta el mensaje:

*Gorda y fea, no importas a nadie, ni a la puta madre que te parió ni a la desgraciada que te recogió.*

Le he dicho que había más mensajes, que siguiera leyendo:

*Eres una mierda y nadie te quiere. Ni siquiera tu propia madre, que te abandonó al nacer cuando vio el engendro que había parido.*

No ha seguido. Se ha puesto pálida y ha exclamado exasperada:

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

Luego me ha abrazado y me ha dicho en tono resolutivo:

—No te preocupes más. Esta tarde vamos a cambiar tu número de móvil y ahora voy a acabar con este asunto inmediatamente.

Se ha encerrado en su estudio y ahora está hablando por teléfono. Se ha llevado mi móvil con ella. ¿Cuándo acabará todo esto? ¿Cómo acabará?

Isabel cogió el teléfono y marcó el número del colegio. Preguntó por el director. Estaba reunido, como Isabel ya había supuesto. Preguntó por el tutor, dispuesta a no perder más de un minuto hablando con él. Cuando le leyó por teléfono los mensajes, el tutor pareció sorprendido y dijo que él no podía certificar ante la dirección el colegio un caso de acoso escolar porque no tenía pruebas de ello.

Isabel, indignada, respondió que seguramente tampoco tenía constancia de que el hombre hubiera pisado la Luna. Se despidió secamente del tutor y colgó el teléfono. A continuación, marcó el número de la Consejería de Educación.

### **3 de julio**

Hoy es un día muy feliz para mí. Mamá me ha dicho que voy a cambiar de centro. Mañana iré con ella a matricularme en un instituto.

*Este relato está basado en hechos reales ocurridos hace dos años.  
Desde entonces, Ana es una chica feliz en su nuevo instituto.  
Sigue sus estudios sin ningún problema académico ni de relaciones  
personales.*

# **UN POÇO DE SIMETRÍA**

*por Lorenzo Silva*

Como el propio Lorenzo reconoce, a veces la vida no nos ofrece excesivas facilidades para hacer lo que de verdad queremos, y por eso tuvo que estudiar Derecho y ejercer de abogado durante más de diez años. Sin embargo, para este madrileño empedernido nacido en 1966, su camino siempre fue otro. Así, la vía secundaria que tomó en 1980, año en que empezó a escribir, terminó por convertirse en una autopista.

Helos aquí. A través de los orificios practicados en el aparatoso parapeto plástico tras el que oculto mis facciones, los veo venir hacia mí como una horda enloquecida y desenfrenada. Pronto se arremolinan a mi alrededor, con su vocerío apremiante que viene a resumirse en una sola petición: a mí primero.

La persona que me ayuda, tanto para impedir que me vaya al suelo por culpa de los arreos que llevo encima como para protegerme del entusiasmo de los pequeños fanáticos, intenta en vano ordenarlos y hacerles observar un turno. Irremediablemente se le escapan, se cuelan, se empujan. No me altero; ya contaba con que fuera así. Y en cierto modo, así lo prefiero. El tumulto me favorece para gestionar la situación a mi antojo.

Otros se toman este trabajo como lo que probablemente es: una labor grotesca y degradante, en la que uno se ve reducido a la condición de soporte publicitario para incrementar la facturación del dueño del tinglado y contribuir al desahogo de la devoción irracional de sus clientes. Por suerte, yo he logrado darle una finalidad simultánea, de índole más personal. Gracias a eso puedo venir aquí día tras día a hacer el ridículo sin que sufra demasiado mi amor propio. No aspiro, desde luego, a pasarme la vida en este empleo, pero, mientras no consiga otro, dispongo de una coartada confortable, que hasta me permite disfrutar de la que de otro modo sería tan solo una penosa faena.

Los pequeños energúmenos no lo saben, seguramente ni se lo imaginan, pero mi principal tarea consiste en observarlos. Es cierto que los orificios me ofrecen un campo de visión limitado, pero por fortuna ninguno de ellos es muy grande y desde mi superior estatura puedo examinarlos con la perspectiva suficiente. Cuento con la ventaja de que siempre me ofrecen el rostro ávido, los ojos muy abiertos, el alma saliéndoseles por ellos. Pero además, he desarrollado meta dos de análisis que me permiten alcanzar conclusiones instantáneas y bastante fiables. Porque no me limito a observarlos. Extraigo consecuencias, e inmediatamente las traduzco en acciones: en mi particular misión bajo este disfraz que en teoría me convierte en siervo de otro.

Suelo darles prioridad a ellas. No por caballerosidad, si es que eso conserva algún sentido en estos tiempos de equiparación en que vivimos. Sino porque prefiero calibrarlas con la mente más fresca, porque me resultan más complicadas y mucho menos obvias que ellos. Coincide, además, que lo que busco es entre ellas más raro, aunque cuando se da tiende a revestir perfiles más graves. Hay que leer atentamente su gesto, calar en su mirada. También me fijo mucho en sus manos. La forma de los dedos, y cómo los mueven, dicen mucho de la dueña.

He calculado la frecuencia estadística: entre las que acuden, suelo encontrar lo que me interesa en una de cada diez; y una de cada veinte es realmente peligrosa. Me refiero con esto a la sutileza y a la capacidad de encubrir su carácter verdadero. No puede negarse que, tras una armoniosa carita femenina, le cuesta al más avezado atisbar la maldad. Por alguna estúpida razón, estamos programados para identificar belleza y bondad, y de eso se aprovechan: así logran ganarse a sus víctimas, hasta que las tienen a su merced, y también se sirven de esa ventaja para engañar luego a quienes deberían reprimir sus fechorías. Quién puede resistirse a esa mirada diáfana, como de cervatilla, con que suplican la atención y el afecto del prójimo.

Pero conmigo lo tienen crudo. Yo sé de la doblez del alma humana, y sé que bien puede ser una destreza precoz. Desde luego, no es patrimonio exclusivo de los adultos, como sostienen los ingenuos. La doblez surge en el momento en que la inteligencia comprende que lo que uno es no puede mostrarse abiertamente sin sufrir un perjuicio. Hay quienes hacen ese descubrimiento a edades muy tempranas, y se aplican al ocultamiento con una soltura que con el tiempo llega a ser maestría.

Por eso las observo con cuidado. Gracias al entrenamiento, he aprendido a identificarlas. Son listas, son duras, pero todavía pecan de inexpertas y se delatan. Basta fijarse en la gélida expresión con que de pronto se vuelven hacia otro niño u otra niña que trata de colárseles, o en la forma maniática en que se recomponen la ropa cuando se les desarregla en el forcejeo. Cuando vuelven a ponerme su carita de cachorrilla suplicante, ya luce sobre sus facciones como una burda máscara. Y hago lo que tengo que hacer: impartirles mi implacable justicia.

Con ellos resulta mucho más fácil. Para empezar, son más. Calculo que entre tres y cuatro de cada veinte encajan en el perfil, en mayor o menor medida. Por otra parte, los síntomas que los acreditan tienden a resultar notorios: ademanes matoniles, acometividad incontrolada, envergadura física por encima de la media, lenguaje estentóreo. Si entre ellas a menudo es una

superior astucia lo que las predispone al mal, entre ellos predomina como factor de riesgo el poderío corporal puro y duro. Y la costumbre de ejercitarlo e imponerse por esa vía, intrínsecamente reñida con cualquier forma de sigilo, los hace tan identificables como si lo llevaran escrito sobre la frente en letras de color rojo. Resulta cómico contemplar la decepción en sus semblantes, cuando les aplico el tratamiento que les tengo reservado y se dan cuenta de que esta vez no van a salirse con la suya. No logran entender por qué la fórmula que les dio siempre resultado se revela inútil ante mí. Algunos incluso reaccionan de forma destemplada, actitud que calmo colocándoles la mano en el hombro durante unos segundos. Basta con ponérsela ahí, sin decirles nada. Se quedan paralizados, sin saber si mi gesto los invita a esperar indulgencia o a todo lo contrario. Simplemente, no están preparados para desafiarme. Conmigo no funciona su truco, porque de pronto son ellos quienes están en desventaja.

A estas alturas confío bastante en mi instinto, pero en caso de duda todavía puedo hacer una comprobación que suele ser concluyente. Se trata de relacionar al sujeto en cuestión con sus progenitores. A veces sorprende la claridad con que la simple observación del porte y el talante de alguno de ellos me permite afinar el diagnóstico. Por la forma de mirar a su alrededor, por cómo nos perdonan la vida a mí y a quienes compiten con sus vástagos por el ansiado trofeo, puedo ubicar con precisión casi absoluta a quienes están criando a uno de los que busco. Y si los oigo hablar, entonces queda disipada cualquier incertidumbre. En alguna ocasión los oigo referirse a mí de forma despectiva, como quien despotrica contra un criado incompetente, por no acertar a darle a su retoño lo que anhela. Hasta los hay que están en un tris de encararse y ponerse agresivos, pero ahí mi disfraz y mi acompañante resultan una protección razonablemente eficaz. Ninguno se atreve a pasarse de la raya con el ídolo de los chiquillos, aunque le conste que quien está dentro no es más que un don nadie con un contrato basura.

Esa es la verdad. No soy nadie, o mejor dicho, soy un desgraciado que hace esta patética pantomima por un mísero puñado de euros. Pero me permito el lujo de juzgar y dictar sentencia sobre todos ellos cada día. Sé que mi castigo no les produce excesivo daño; no pasa de ser una contrariedad que olvidarán al poco tiempo. Pero así les hago compartir, por unos instantes, lo que sienten aquellos a cuya costa se divierten: la humillación de ser menos que el resto, la frustración de no tener lo que los demás tienen, la perplejidad y el dolor que produce ser marginado, la desazón que se apodera de quien sufre el desprecio ajeno. No aspiro a que con ello se enmienden; sé que hace

falta algo más que la insignificante lección que yo les doy para que reconsideren su conducta y se limpien de toda la ponzoña que han bebido, muchos de ellos, de la fuente que debería alimentar la salud de su espíritu. Pero confío en que sea una señal para aquellos que aún no están del todo perdidos, un pequeño recuerdo que se quede prendido en su memoria como una especie de advertencia que en alguna circunstancia futura puedan descifrar.

Llega el momento. Mi acompañante me hace la seña convenida y empezamos a movernos discretamente hacia la vía de escape. Según mi contrato, debo aguantar durante un cuarto de hora. Luego tengo derecho a un descanso de duración equivalente. Y cambio de emplaza miento. Así, cinco veces más. Conforme me instruyeron en el breve periodo de formación, interrumpo bruscamente la faena y salgo corriendo con mi acompañante a la máxima velocidad que me permite mi impedimenta. La experiencia enseña que es la única forma de hacerlo; de otro modo, el público le impide a uno zafarse de su acoso. Algunos niños corren tras nosotros, pero se rinden en cuanto perciben nuestra determinación de eludirlos. Poco después, estamos en el refugio y me quito la careta para respirar. He negado a dos niños y a dos niñas el autógrafo. Una de las niñas se abalanzó sobre mí de las primeras, y me ha hecho falta echar mano de mucha sangre fría para ignorarla durante quince largos minutos. Al final, se le saltaban las lágrimas. Lo siento y no me enorgullezco, pero así es la vida. Un día vas al parque temático, aparece tu dibujo animado favorito, vas a pedirle que te firme en la libreta y tienes la mala suerte de que el idiota que va dentro del muñeco es un tipo al que de pequeño torturaron personas crueles como tú. Alguien que sabe reconocerte, y que no piensa apiadarse de ti.

No es rencor. Solo un poco de simetría.

The image shows a black rectangular area representing a book cover. In the bottom right corner of this area, the title 'TÚ, NO' is written in a large, bold, white sans-serif font. Below the title, the author's name 'por Martín Casariego' is written in a smaller, white, italicized sans-serif font.

# **TÚ, NO**

*por Martín Casariego*

No podía ser de otra manera, pasando toda su infancia y juventud rodeado de libros, Martín solo podía consagrar su vida a la escritura. Nacido en Madrid en 1962, comenzó a escribir a los 16 años y, desde entonces, no ha parado. Novelas, guiones de cine y las plicas de algunos de los más prestigiosos premios literarios llevan su nombre. Actualmente, Martín también colabora con medios de comunicación.



La hora del recreo. La mejor hora de la jornada escolar. Para todos, excepto para él. La maestra mantuvo más o menos el orden de la fila hasta que cruzaron la puerta del patio. Entonces, salieron en desbandada. Hoy la pelota la había sacado Manuel, pero era igual cuando la llevaba Kevin. Sin embargo, como todos los días, albergando una pequeña esperanza, se acercó al dueño de la pelota y se sumó al círculo que lo rodeaba. Con el balón bien sujeto entre el cuerpo y el brazo izquierdo, Manuel fue señalando a sus compañeros:

Tú juegas, tú juegas, tú juegas, tú juegas... Tú, no. Abatido, triste, con ganas de llorar, se fue al árbol. Mientras miraba cómo las hormigas subían y bajaban en dos columnas por su tronco, oía las carreras, los gritos, los lamentos, los pelotazos, las risas, las fanfarronadas, las discusiones. Se tocó el colmillo. Ya faltaba poco para que se le cayera. ¿Qué le traería en esta ocasión el Ratoncito Pérez? Sus amigos ya no querían jugar con él. ¿Por qué? No había hecho nada. Todo había empezado a la vuelta de las vacaciones de Semana Santa. Manuel no le había dejado jugar el partido. Tú, no. Y al día siguiente, Kevin había hecho lo mismo. Llevaba así tres semanas. Manuel, además, le había empujado un día, le había tirado por las escaleras. Menos mal que había caído bien, porque él sabía caer como un gato. Manuel y su mejor amigo, Pipita (¿por qué le llamaban Pipita, si era el más grandullón de la clase?), le decían, cuando la seño no estaba delante, que le iban a tirar a un pozo, que le iban a disparar con la pistola de su padre, que le iban a matar. Le habían forzado a comerse la ración de pescado que Manuel no quería. Se reían de él: decían que tenía las orejas muy grandes, que se le caía el pantalón, que su camiseta de Spiderman era muy fea porque era falsa. ¿Cómo podía ser falsa una camiseta? Ahora se veía obligado a jugar solo. Y en el comedor, y en gimnasia, y en los recreos y los cambios de clase, tenía que estar alerta. Le gustaría ser más fuerte, pero a Pipita apenas le llegaba a la barbilla.

Y él no iba a chivarse. Miró hacia la seño. Hablaba con otra profesora. No se enteraba de lo que estaba pasando. A lo mejor se creía que a él le gustaba estar solo, jugar solo, ver solo cómo las hormigas diminutas, rojizas, todas iguales, disciplinadas, subían y bajaban por el tronco de la morera, como un collar en movimiento. A lo mejor pensaba que a él no le gustaba jugar al

fútbol. Pero claro que le gustaba. Le encantaba. Y también le gustaba ver los partidos de su equipo cuando los televisaban, con su padre y con su hermano. Samuel no le había invitado a su cumpleaños. Había invitado a ocho niños de la clase, pero a él, no. El año pasado sí le había invitado. Con el dedo, apartó de su camino a un par de hormigas. La que venía detrás se paró un segundo, desconcertada. Las que había desviado anduvieron desorientadas por la corteza del árbol. Pronto reencontraron el camino, y todo volvió a la normalidad. Eso era lo que él quería: que todo volviera a ser como antes.

Quedaban aún veinte minutos para que acabara el recreo. Una eternidad. Dio una patada a una piedrita, intentando que pasara entre el tronco de la morera y un envoltorio de chicle. Gol. Estaba celebrando el tanto imaginario, cuando oyó que alguien se acercaba. Se volvió. Eran Pipita y Manuel.

—A lo mejor te has quedado con hambre —se burló Manuel.

—Lo malo es que aquí no hay más pescado —dijo Pipita.

Buscó con la mirada a las profesoras. No estaban. Pipita le agarró por la espalda, sujetándole los brazos, y le derribó. Luchó por soltarse, sin conseguirlo. Humillado, impotente, tuvo ganas de llorar.

Dos contra uno, mierda para cada uno.

Manuel cogió un puñado de arena e intentó obligarle a que lo tragara.

—Toma, come, come, que está muy rica...

Apretó los dientes. Manuel le hizo daño en los labios, y algo de arena llegó a su lengua. De pronto, le soltaron y salieron corriendo. Habían vuelto las profesoras. Se levantó, limpiándose la boca. Escupió. Se escondió detrás del tronco de la morera, y se esforzó por no llorar. Lo consiguió. Después, fue hacia la parte del patio en la que había un tobogán y unos columpios. Se subió al tobogán y se tiró por la rampa. Vio que venía hacia él Ramón, un niño muy delgado, con la cara afilada, el pelo color paja, ni alto ni bajo. No eran muy amigos, aunque tampoco le caía mal.

—Oye... ¿Es verdad que en tu casa hay monstruos?

Se alegró de que Ramón hablara con él, de que alguien se acercara para hacerle compañía.

—Sí, el monstruo del armario, y el monstruo de las garras, y el monstruo de debajo de la alfombra —enumeró, y concluyó, tras una corta reflexión—: Y muchos más.

Habían aparecido hacía una semana. No sabía de dónde venían.

—¿Y los has visto?

—No. Cuando enciendes la luz, desaparecen.

—Pues en mi casa creo que también hay un monstruo. Pero creo que es bueno, porque nunca me ha hecho nada.

—Es que hay monstruos buenos —aseguró él—. También hay malos. ¿Ya no juegas con ellos? —señaló hacia sus compañeros, que chillaban y corrían tras la pelota.

—No —Ramón frunció el ceño, enfadado—. Manuel es tonto —afirmó, despectivo—. Si su equipo tira alto, él dice que ha sido gol, y si le dices que no, dice que se lleva el balón y que se acaba el partido.

—La seño dice que el balón es para que juguemos todos —observó.

—Ya —dijo Ramón, no muy convencido—. ¡Mira! —añadió, repentinamente animado. Abrió la boca, para que viera los dientes—. Se me ha caído esta mañana.

Tenía, entre los de abajo, un hueco.

—¿Lo has guardado? —preguntó, muy interesado.

—Claro.

Ramón sacó de un bolsillo del pantalón un pequeño diente, que puso en la palma de la mano. Blanco, manchado de sangre. Perfecto y derrotado. Lo miró con grave atención.

—¿Lo vas a poner en la almohada?

—Sí, para la sorpresa —contestó Ramón, devolviendo el pequeño tesoro al bolsillo.

—Mira, a mí se me está moviendo uno —con el pulgar y el índice, movió adelante y atrás el colmillo que estaba a punto de caerse.

—¿Me dejas tocarlo?

—Sí.

Abrió la boca. Lo tocó con la yema de un dedo.

—Este.

Ramón lo movió.

—Ese se cae hoy o mañana.

—Sí.

—¿Jugamos a algo?

Ramón tenía dos soldados de plástico. Con la arena hicieron una barricada. Imaginaron que estaban en el desierto, y que tenían que encontrar agua para no morir de sed. Imaginaron que unos soldados enemigos, mucho más numerosos, los atacaban con metralletas y granadas de mano. Imaginaron que uno caía herido, y el otro lo cargaba sobre sus hombros y lo sacaba de aquel avispero. El tiempo de recreo que quedaba se les pasó muy rápido.

—Oye —le dijo Ramón—, ¿quieres que juguemos mañana?

—Sí —dijo él—. Yo puedo traer dos soldados.

Se unieron a la fila. Pipita llegó corriendo y lo empujó. Sin querer, por el impulso, él empujó a su vez a Ramón. Las dos niñas que iban delante en la fila se volvieron, desconcertadas por aquella imprevista agitación. Sin pensarlo, le dio un manotazo en el hombro a Pipita. Pipita dio un paso hacia él, desafiante. Manuel llegó en ese momento, con el balón. Los cuatro se miraron.

—Si vuelves a jugar con él, a ti tampoco te dejo jugar al fútbol —dijo Manuel.

—Es que yo ya no quiero jugar con tu pelota —respondió Ramón.

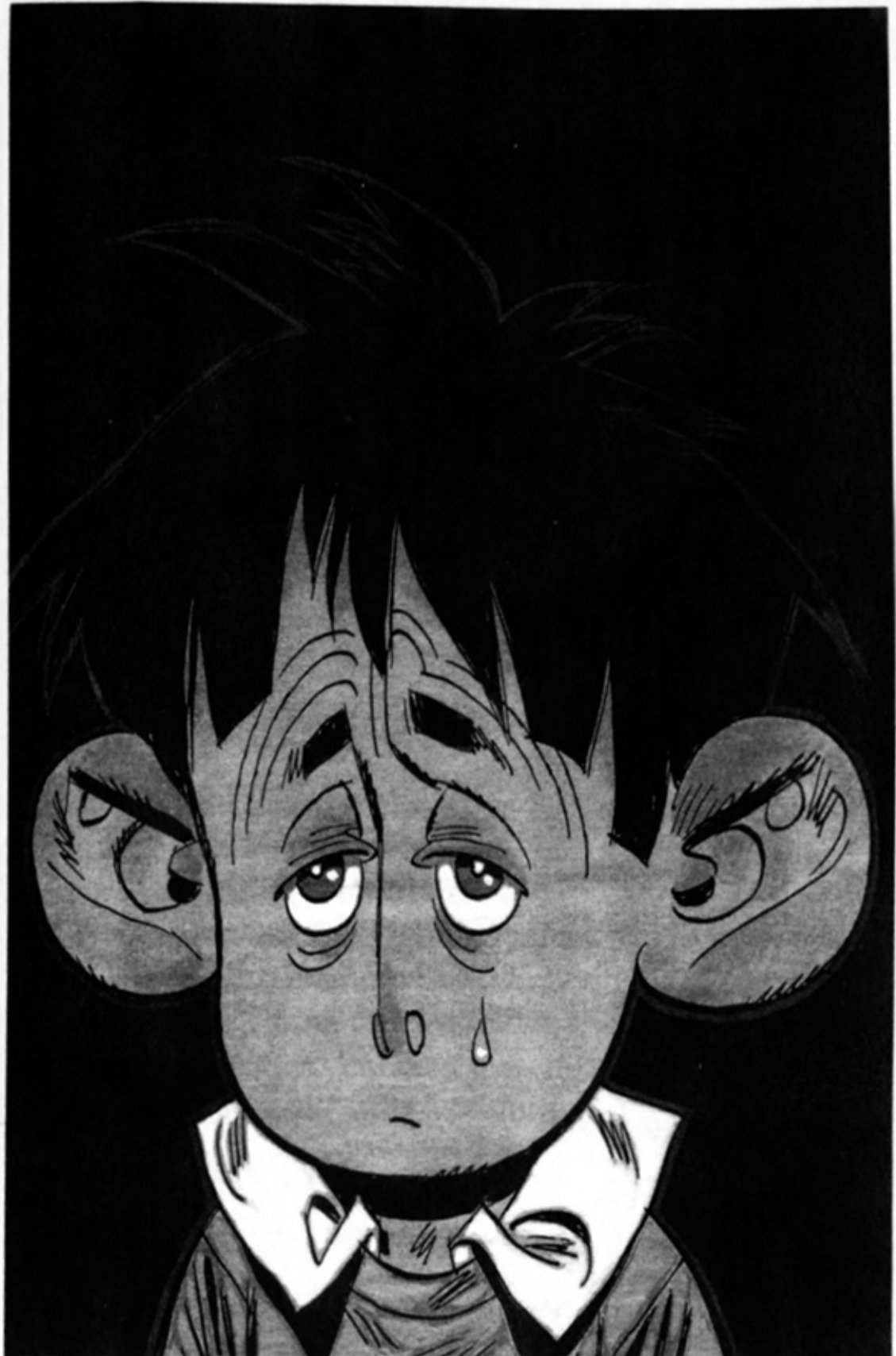
La fila pronto recuperó el orden, volvió a la normalidad y comenzó a avanzar.

Ya no estaba tan seguro de querer que todo volviera a ser como antes.

# **¿POR QUÉ?**

*por Carlos Giménez*

Narrador en imágenes. Puntilloso detallista. Testigo activo y cronista de su tiempo y su profesión. Humorista. Cáustico. Tierno. Carlos Giménez (Madrid, 1941) es una de las razones por la que los entendidos llaman al cómic «el noveno arte».





**NO**  
**LO ENTIENDO**  
*por Ricardo Gómez*

De niño, en el Madrid de los años 60, Ricardo esperaba con ganas la hora del recreo para salir a jugar al patio del colegio. Con el tiempo, dejó de ser alumno y se convirtió en profesor de matemáticas y siguió jugando, pero esta vez con los números. Un buen día, Ricardo decidió probar a jugar con las letras, a ver qué pasaba. Y lo que pasó le fue tan bien que, desde entonces, ha consagrado su vida a la literatura.

SALTOINICIONo lo entiendo. El día resultó de lo más normal. Ella llegó tarde al instituto, pero los lunes siempre llegaba tarde. Ponía la excusa de que los lunes iba a visitar a una abuela enferma, pero quizá le pasara lo que a todos: que el cuerpo se resiste más de la cuenta a levantarse de la cama. Bueno, qué más da. El caso es que cuando llegó a clase había empezado el examen. Es terrible comenzar la semana así, con un examen de matemáticas, pero los profesores no cursan en sus carreras ninguna asignatura parecida a Derechos Humanos, así que no se les puede pedir mucho.

Llevábamos más de un cuarto de hora de examen cuando ella entró. Se la veía sofocada. Dejó sus cosas en el suelo, junto a su silla, y fue a hablar con el profesor. Nadie oyó la conversación, pero vimos que él dijo que no varias veces con la cabeza, mientras ella hablaba. Se notaba que, más que hablar, suplicaba. Al final debió de convencerlo, porque él le tendió un par de hojas y ella se sentó a escribir. Como si tal cosa. Todos contemplamos la escena y luego seguimos a lo nuestro, peleando con los problemas. De vez en cuando la mirábamos, pero ella no levantó ni un segundo los ojos del papel. Seguro que sabía que la observábamos. Nos ignoraba. Para esa chica es como si no contáramos.

Cuando sonó el timbre, se oyeron los ruidos del papel y de los bolígrafos encima de la mesa, sobre un fondo de suspiros de alivio. El profesor pasó recogiendo los exámenes y, a medida que se entregaban las hojas, comenzamos a charlar. La mayoría estábamos de acuerdo en que nos había salido como el culo. Y es que a quién se le ocurre poner un examen de matemáticas a primera hora de la mañana de un lunes. Vale, sí, se supone que el sábado y el domingo hay más tiempo para repasar, pero a ver quién se concentra esos días. Yo calculé que, si aprobaba, sería por los pelos. Había llegado al problema siete, de diez. Teniendo en cuenta los posibles fallos, si acaso lograría un cinco. Pero pronto dejé de pensar en ello. En el instituto, a una clase le sigue otra clase, y así sin parar. Es como las mareas. Y marea pensar en ello.

Durante el cambio de clase, ella no habló con nadie. En los últimos tiempos, ya nunca hablaba con nadie. Aprovechando la pausa, colgó en la percha la cazadora que había dejado en el suelo y sacó libros y cuadernos de su mochila y se sentó. Algunos nos fijamos en cómo tomaba del bolso una pequeña libreta y se ponía a escribir. Ella siempre escribía. Quienes la conocían un poco más, suponían que era algo así como un diario. Por lo visto, desde hace mucho llevaba ese diario, en cuadernos pequeños, casi siempre de tapas rojas, atados con una goma del pelo. Muchas veces nos hemos



preguntado qué escribiría, y suponíamos que hablaba de nosotros. Pero lo más probable es que anotase cosas del tipo hoy lunes, a las nueve, examen de matemáticas, y chorradas así. Nadie la molestó mientras escribía. Ya sabíamos cómo era.

Las dos horas siguientes tomamos apuntes como posesos. A final de curso, los profesores se empeñan en acabar el programa a cualquier precio. La ventaja de que tengan prisa es que preguntan menos, así que puedes estar a tus cosas con tal de que crean que tomas apuntes. No hay riesgo de que al final te pillen preguntándote de qué ha ido la clase. Yo, la verdad, pasé un rato tratando de seguir una canción que estoy componiendo, atascado buscando un par de palabras que rimen con *crystal* y con *ruptura*. Pero siempre me pasa igual: no me concentro si no tengo la guitarra en las manos. Esa mañana, cuando los profesores acabaron la clase preguntando si había alguna duda, ella ni siquiera alzó la mano. O no tenía dudas o ese día no quiso hacerse la listilla.

Por fin llegó el recreo y todos salimos de clase. A primera hora había llovido, pero entonces lucía el sol y apetecía ir un rato al patio o a la cafetería. Salimos todos menos ella, que se quedó con su libreta roja, anotando a saber qué. Ya nadie la molestaba cuando le daba por esas cosas raras. Al comienzo sí, había gente que se burlaba de ella, pero ya no. Ahora todo el mundo la dejaba en paz entretenida con sus asuntos. Era una chica extraña, todos lo sabíamos. Llegó aquí en primero, como los demás, y todos nos hemos hecho más o menos amigos de alguien, pero ella no consiguió tener relación con nadie. A veces me daba un poco de lástima, aunque en general pienso que se lo tenía bien merecido. La gente se busca problemas o no sabe resolverlos por sí misma. Supongo que en esto consiste crecer, en saber resolver los problemas; eso es lo que nos dicen en las charlas, ¿no?

Debían de faltar diez minutos para acabar el recreo cuando ella salió al patio. La única persona con la que mantenía cierta relación era con un chico de segundo, un enano dos años más pequeño que nosotros. Eran vecinos o algo así, y por lo que dicen sus compañeros, él también es un poco rarito. Esa mañana me parece que ni siquiera se cruzaron los dos. La vi pasear de lado a lado del instituto, pegada a la valla, sin importarle pisar los charcos, y me fijé en ella por casualidad, porque estaba sentado con mis amigos y coincidió que la vi de frente. Tampoco es que me importase mucho lo que hiciese o dejase de hacer. Siempre llevaba un pequeño bolso al hombro, en el que debía de guardar lo que todas las chicas, más el móvil y, claro, su famoso cuaderno rojo.

Luego no volví a verla, pero el caso es que estaba sentada en su sitio cuando entramos en clase, con el libro y los cuadernos encima de la mesa, como si no se hubiera movido de allí. Y supongo que sí, que fue en esa hora cuando sucedió lo que sucedió, pero yo ni me di cuenta. Después del recreo tocaba inglés, y los lunes y los miércoles se practica conversación. La profesora nos divide en seis grupos distintos, nos da un texto breve y nos pide que charlemos entre nosotros. En inglés, claro. Y pasea luego entre las mesas y nos pregunta a unos y a otros. A mí me tocó en el mismo grupo que a ella, pero no siempre es así. Fue puro azar. Para hacer esa actividad, tenemos que girar las mesas y las sillas; luego, alguien lee en voz alta y todos tratamos de chapurrear sobre la lectura. Yo estaba frente a ella, a distancia y alejado de su silla. Digo esto porque no tuve nada que ver, y tampoco vi a nadie sospechoso que se le acercara por detrás. Creo que esa mañana el tema trataba sobre un tesoro rescatado del fondo del mar por una empresa americana, procedente de un antiguo barco español. Ya se imagina: comentar la noticia, dar opiniones y todo eso.

Ella hablaba bastante bien inglés, pero participaba poco. Le ocurría lo mismo cuando se trataba de hablar en español. Era así, muy seca. Daba su opinión y ya estaba. No discutía sus puntos de vista y, si alguien le llevaba la contraria, simplemente callaba. La única persona con quien entraba en controversia era la profesora, con la que se cruzaba unas largas parrafadas. Ese día, por ejemplo, todos estuvimos de acuerdo en que el tesoro era español, y ella convino en que sí, pero que los propietarios debían correr con los gastos de la expedición y dar además un porcentaje a la empresa que lo localizó, como participación en beneficios. Cuando empezamos a discutir, ella calló como un muerto. Solo repitió su punto de vista a la profesora, con quien charló un buen rato. Los demás nos enteramos a medias, porque ya digo que ella hablaba bien en inglés, y rápido. A mí no me extrañó que el resto del grupo pusiera cara de aburrimiento mientras ella argumentaba, y que luego la miraran con desprecio. Esa distancia suya es lo que hacía sentir mal a la gente. Se cree superior. Luego pasaba lo previsible: a ella le ponían un nueve; a los demás un seis, con suerte.

Cuando acabó la clase, volvimos a colocar las mesas y las sillas en su sitio. Estábamos unos de pie y otros sentados, charlando, esperando a la siguiente profesora, cuando ella gritó preguntando que quién había cogido su cuaderno. Todos la miramos y vimos sus cosas encima de la mesa, y al principio no entendimos a qué se refería. Creo que todos nos sorprendimos bastante, porque hacía meses que nadie la había oído hablar en voz más alta

que la que necesita una conversación personal, y ella había gritado bastante: «¿Quién ha cogido mi cuaderno?».

Al comienzo se hizo el silencio y todas las miradas confluyeron en ella. Estaba de pie, con los ojos desorbitados, mirándonos con los puños apretados. Destilaba rabia. Esa era la impresión: destilaba rabia. Tras ese silencio inicial, volvieron los murmullos. Unos volvieron a la conversación de antes. Otros, sobre todo chicas, soltaron algunas risitas. Algunos más se dirigieron a ella con una mezcla de desprecio y de burla, ya puede suponer los comentarios: lo habrás perdido, de qué hablas, no nos eches la culpa otra vez, anda ya... y cosas más fuertes, claro. Las voces y los murmullos solo se aplacaron al entrar la profesora. Todo el mundo volvió a sus puestos y estaba sentado cuando esta llegó a la pizarra. Todos, menos ella, que seguía de pie y que volvió a repetir: «¿Quién ha cogido mi cuaderno?».

Qué pasa, preguntó la profesora. Ese fue el inicio de un agitado fin de jornada que cualquiera puede imaginar, a poto que haya estado un día en un instituto. Ella explicó, nerviosa pero firme, que alguien había abierto la cremallera de su bolso y le había cogido un cuaderno de tapas rojas, atado con una goma negra. Que estaba segura de que el bolso, cerrado y con el cuaderno, colgaba de su silla al comienzo de la clase anterior, y que al acabar esa clase había desaparecido. Que seguro que la persona que lo había robado estaba allí y que no había tenido tiempo de sacarlo del aula. Que, por favor, se lo devolvieran, porque contenía anotaciones privadas. Que no se enfadaría con nadie si se trataba de una broma, pero que era una broma pesada...

Cualquiera que haya pasado un día en el instituto, o que tenga dos dedos de frente aunque nunca haya pisado un lugar como este, puede sospechar lo que siguió. Perdimos la clase. Ella siguió solicitando que le devolvieran el cuaderno. Incluso llegó a proponer que la profesora y ella misma salieran de clase para dejar que los responsables lo depositaran sobre su mesa. Y así se hizo. Tres minutos después, cuando regresaron, el cuaderno no había aparecido. Durante ese tiempo, algunos nos burlamos al principio, pero luego tratamos de convencer al bromista de que devolviera el dichoso cuaderno. Que lo estrellara si quería contra la pared o se lo diera pringado de babas, pero que apareciera de una vez. Casi todos recordábamos un incidente parecido con el móvil de esa chica, a comienzos de curso, que tuvo consecuencias muy desagradables, y no teníamos ninguna gana de pasar por lo mismo. Incluso preferíamos dar clase.

Ya digo que cuando regresaron las dos, el cuaderno no había aparecido. La profesora le pidió que saliera y, cuando ella se marchó, volvió a hablar con

nosotros. Puso en juego todas sus técnicas de persuasión, pero allí nadie abrió la boca. De la exhortación pasó a la amenaza: era su responsabilidad llamar a la directora para intentar resolver lo ocurrido, y esta vez posiblemente el caso no se saldaría con una amonestación colectiva y un contrato de colaboración...

Muchos nos miramos con fastidio y pedimos la devolución del cuaderno. Lo que había comenzado siendo una broma podía tener enojosas consecuencias. El robo del móvil no fue un simple hurto. Desde él se hicieron llamadas obscenas y amenazantes a personas que aparecían en la agenda, que se cebaron cruelmente en la abuela y en la madre, y el asunto pasó a manos de la policía. Dejando aparte la abultada factura y los problemas que causó a la familia, aquello fue un escándalo en el instituto y nuestro grupo se vio marcado como responsable y cómplice, pero nunca se descubrió a los autores... ni a las autoras... porque en las conversaciones alternaban voces de hombre y de mujer.

Vale, estoy de acuerdo con que alguien se ha pasado de la raya por lo menos dos veces. Una cosa son las novatadas que uno recibe cuando llega al instituto, que son normales, porque uno está alelado y tiene que espabilar pronto. Y otra es ponerse pesado con alguien. Hombre, es cierto que algunos se cebaron en ella desde el principio, pero luego han cambiado de actitud y dejaron de acosarla. Cada uno es como es, y ella no ha aprovechado la oportunidad para entablar amistades. Prefirió el silencio y, claro, así uno termina aislado.

Así que no lo entiendo. No sé qué contendrá el cuaderno ese, pero digo yo que tampoco es para tanto. Desde que salió de clase ese lunes, no la volvimos a ver, y al comienzo pensamos que estaba enfadada, con razón, aunque tampoco se descartaba que estuviera con gripe o algo así. Quizá por ello nadie de clase la haya llamado por teléfono.

No entiendo bien qué tiene que ver el robo de ese cuaderno con la barbaridad que dicen que ha intentado hacer.



# **FIGURA DE CARBÓN**

*por Alfredo Gomez Cerdá*

Nació en Madrid -circunstancia que se refleja a menudo en la ambientación de sus obras-, y dice que la inspiración a la hora de escribir se encuentra en dos miradas: la «interior», que consiste en mirar dentro de uno mismo, en los recuerdos, los sentimientos y las experiencias vividas, y la «exterior», que no pierde detalle de lo que ocurre en el mundo que nos rodea. Aunque Alfredo dio sus primeros pasos escribiendo teatro y la mayor parte de su obra está dedicada a la literatura infantil y juvenil, también ha firmado cómics, artículos en prensa y revistas especializadas y algún libro para adultos.

No me di cuenta hasta el día 15 de marzo. Entré en clase y vi una de mis compresas pegada en la pizarra. Justo en medio de la pizarra. Con una tiza roja, habían pintarrajeado alrededor. Churretes rojos como hilillos de sangre. ¿Cómo es posible que tardara tanto en comprenderlo? Entonces empecé a repasar mentalmente las cosas que habían sucedido desde el comienzo del curso. Todo adquirió otro sentido. El verdadero sentido. Entendí el porqué de cada palabra y el significado de cada gesto. Nada fue gratuito ni casual. ¡Mierda! Ser una ingenua no justifica que tardara tanto en comprenderlo. Tenía que haber adivinado sus intenciones desde el principio. Eso me habría ayudado a reaccionar. ¡Mierda! Soy una tonta de remate. Una idiota. ¡Mierda! ¡Mierda! Ahora mi mente anda descontrolada y me bombardea todo el tiempo. No me deja en paz ni de día ni de noche. ¡Es horrible! No se puede vivir así. No se puede vivir con una cabecita que se empeña en recordártelo a todas horas. Debo reaccionar. Respiraré hondo varias veces. Que se oxigenen mis pulmones. Todo mi cuerpo debería oxigenarse. Pensaré después en otra cosa. Haré un esfuerzo sobrehumano para pensar en otra cosa. Lo estoy haciendo. Trato de pensar en la última película que he visto. Fue la semana pasada. En realidad no pude ver nada. La pantalla estaba allí. Enorme. Las imágenes se sucedían para contar una historia que a la salida todo el mundo alababa en voz alta. Fui a ese cine con la intención de obligar a mi mente a desconectar. El cine siempre me atrapa. Me transporta. Me hace volar y soñar. Pero ese día no conseguí despistar a mi mente. No sirvió de nada la sala del cine. La sala oscura. Yo creo que la oscuridad me provoca más pensamientos. Me ocurre por la noche. Apago la luz para intentar dormirme y entonces noto que ese bombardeo se intensifica hasta hacerse insoportable. Tengo que encender la lamparita de la mesilla y tratar de que el sueño haga un quiebro a mis pensamientos para poder abrirse un hueco entre ellos. El otro día mi madre se levantó a media noche a tomarse una aspirina. Le dolía la cabeza. Se extrañó al ver la luz encendida a las tantas de la madrugada y entró en mi habitación. ¿Estás bien? Me he desvelado un poco preparando el examen de mañana. ¿Seguro que estás bien? Sí. En ese momento pensé en levantarme de la cama y tomarme también una aspirina. Dicen que la aspirina es un

medicamento maravilloso que lo cura todo. Debí hacerlo. Me di cuenta entonces de que he aprendido a mentir bien. No me había desvelado preparando un examen ni me encontraba bien. Tenía la idea de que no sabía mentir. Nunca me han gustado las mentiras. Pero he aprendido a mentir. Lo he hecho a mi pesar. Algo dentro de mí me empuja a hacerlo. Me digo que no volveré a mentir nunca más. Pero vuelvo a hacerlo. Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien. Siempre había pensado que podría resistir la verdad por dura que fuera. Estaba equivocada. Ahora sé que hay verdades que no puedo soportar. Verdades que no puedo compartir. No puedo hacerlo ni con mis seres más queridos. Ni con mi madre. Ni con mi padre. Ni con mi hermano. Ni siquiera con Alicia. A veces lo que no podemos compartir con nuestra familia podemos compartirlo con la mejor amiga. Pero tampoco puedo hacerlo con ella. Me habla de sus cosas y yo sé que no me miente. Yo le hablo de las mías y siempre le miento. ¡Qué rabia me da! A veces lo siento como una traición. Respirar hondo. En profundidad. Oxigenar los pulmones. Intentar que el corazón se calme un poco y recobre su ritmo. Setenta pulsaciones. Setenta y cinco. Ahora no hay forma de que baje de las cien. Ni siquiera cuando me acuesto y trato de relajarme en la cama. Aflojo todos los músculos y me imagino que floto en un mar de ingravidez. Debería tomarme una aspirina. Sirven para todo. Trataré de pensar en el último libro que he leído. ¿Leído? Es sorprendente. Sé que mi vista recorrió, uno a uno, todos los renglones del libro. Todas sus páginas. Pero cuando llegué al final me di cuenta de que nada de ese libro había penetrado en mi mente. Ella estaba ocupada en otros asuntos y no dejaba ni un resquicio para libros. ¡Putas mentes! La insulto, sí, pero en el fondo ella no tiene la culpa de nada. Ella se limita a recordármelo a todas horas. Ella solo me repite que tengo un problema muy serio y que como no lo solucione pronto las cosas pueden acabar fatal. ¡Fatal! ¡Qué palabra! Fatal suena fatal. Fatalidad. No es lo mismo. Lo sé. Pero las dos cosas me afectan. Fatal. Fatalidad. Noté algo raro cuando entré en el aula y todos estaban callados. Como muertos. Me sorprendió el silencio. Era un silencio forzado. Hasta alguien ajeno al instituto se habría dado cuenta. Un silencio premeditado. Estudiado. Consensuado. Miré la compresa pegada en la pizarra. Era como las mías. La misma marca. El mismo modelo. El mismo color. Corrí a mi asiento. Habían abierto mi mochila. La habían volcado sobre el asiento. Ya no cabía duda. Era una de mis compresas. Lo recogí todo apresuradamente. Me temblaban las manos. Cerré la mochila y eché a correr. Entonces se produjo la carcajada. Nunca podré olvidarla. Treinta energúmenos riendo a la vez. Riéndose de mí. Corría como una loca por el

pasillo y la risotada crecía a mis espaldas. Parecía que me perseguía. Me encerré en el servicio y me puse a llorar. He llorado muchas veces en mi vida. He llorado por muchos motivos. Pero jamás he llorado como lo hice encerrada en aquella estrecha cabina sentada en la taza del váter. Lo hacía en silencio. Temía que pudieran oírme. Lo hacía apretando los dientes. Me llevé las manos a la cara y me di cuenta de que mis lágrimas eran un torrente imparable. Un río desbordado. Un mar. Ese mismo día hablé con Víctor y con Mario. También hablé con Concha. No les mencioné lo de la compresa. Me daba mucho corte. Sí les hablé de las sensaciones que había experimentado. Víctor frunció el ceño. ¡Menudos elementos te han tocado en esa clase! Mario asentía con reiterados gestos de su cabeza. ¡Angelitos! Concha se limitó a decirme que pasara de ellos. Tú a lo tuyo. Ni caso. Son una panda de descerebrados. Hasta ese momento había pensado que eran mis amigos. Después de hablar con ellos ya no lo tuve claro. ¿Cómo no se dieron cuenta de que necesitaba su ayuda? Necesitaba al menos su comprensión. ¿Cómo se puede ser tan ciego! Tú a lo tuyo. Es fácil decirlo. Sería fácil hacerlo si la panda de descerebrados se limitasen a lo suyo. Pero estaba claro que no iban a hacerlo. Habían dado un paso adelante y no estaban dispuestos a dar ni un solo paso atrás. Les había salido bien. Habían conseguido su objetivo. Yo era su objetivo. A diario oía sus comentarios a mis espaldas cuando atravesaba el vestíbulo o cuando recorría los pasillos. ¡Guarra! ¡Te vamos a matar un día de estos! ¡O mejor te marcaremos la cara con una navaja para que no nos olvides jamás! ¡Zorra! ¡Te vamos a follar! ¡Será divertido hacerlo! ¡Estás muy buena! Trataba de acelerar el paso. Trataba de no oírlos. Me preocupaba que el corazón estallase dentro de mi pecho. Los latidos martilleaban mis sienes con fuerza. No quería volverme. No quería encararme a ellos. Sabía que sería peor. Mucho peor. Tú a lo tuyo. Ni caso. Son una panda de descerebrados. Un día uno de ellos me escupió. Fue a la salida. Bajando las escalinatas de la puerta principal. Se puso a mi altura. Yo noté su presencia. No quise volver la cabeza. No quise mirarlo. Noté el salivazo en mi mejilla. Sentí un asco indescriptible. Aceleré el paso. Oía las risas de los demás. Todos felicitaban al que me había escupido. Tal vez hubiesen hecho una apuesta. ¡Quién tiene cojones de escupirle en la cara! ¡Yo! ¡No te atreverás! ¡Ahora lo veréis! Y lo hizo. Yo tenía ganas de llorar. Y de vomitar. Y de gritar. Fue la primera vez que me escupieron. No fue la última. Un día me encontré mi moto en el suelo con las ruedas rajadas. Lo habían hecho a propósito. El cristal del faro roto. La chapa llena de golpes y de rayones. Tuve que mentir a mis padres. No les dije que me habían hecho eso dentro del instituto. ¡Gamberros! ¡Lo



denunciaré a la policía! Mi padre estaba indignado. Yo traté de convencerlo de que no lo hiciera. No servirá de nada. Entonces pensé que debería decirles la verdad a mis padres. Mis padres se volcarían conmigo. Siempre lo han hecho. También lo haría mi hermano. También lo haría Alicia. Pero algo me bloqueaba. Era una sensación extraña. Me avergonzaba hacerlo. Mintiéndoles me sentía como una piltrafa. Pero sabía que diciéndoles la verdad me sentiría aún peor. Humillada. Sin consuelo posible. Derrotada. Aunque arreglamos los desperfectos de la moto, nunca volví a utilizarla para ir al instituto. Cogía el autobús. Pero ellos me vigilaban y se dieron cuenta. Me esperaban en la parada. Se escondían entre los coches para que yo no los viese al bajar. Luego formaban una pina y me seguían. ¡Putas! ¡Guarras! ¡Zorras! Se animaban entre ellos. Se crecían todos juntos. A lo que no se atrevía uno, se atrevía el otro. Un día se abalanzaron sobre mí. Casi me tiran. Me tocaron el culo. Uno de ellos me pellizcó un pecho. ¡Putas! ¡Guarras! ¡Zorras! ¡Te vamos a follar! No quería que me vieses llorar. Sabía que eso me volvería más débil a sus ojos. No quería hacerlo. No quería. A veces me limpiaba la cara y no sabía si me estaba enjugando unas lágrimas o un escupitajo. No podía dormir por las noches. Las pasaba en vela. Me metía en la cama y durante horas me peleaba con las sábanas tratando de encontrar el sueño. Mi madre se dio cuenta. Se levantaba dos y tres veces para preguntarme. ¿Qué te pasa? Nada. ¿Estás bien? Sí. Y buscaba una excusa que sonase convincente. Había aprendido a mentir. Cada día lo hacía mejor. Mentir también necesita práctica. Todas las cosas necesitan práctica. ¿Te caliento un vaso de leche? No. Dejé de ir en autobús y empecé a ir andando. Algo más de media hora de camino. Procuraba cambiar de itinerario. Consultaba un plano del barrio y cada día buscaba nuevas calles. A veces daba un gran rodeo. No me importaba. Salía de casa con tiempo. Como no dormía por la noche, no me costaba madrugar. Cualquier cosa antes que encontrarme con ellos. Lo conseguí durante algunos días. Daba mil rodeos y me escondía hasta que veía llegar a algunos profesores. Entonces corría a su lado y entraba con ellos. Eso me salvaba. No se atrevían a actuar si me veían acompañada. ¡Mierda! No sé cómo lo hicieron. He llegado a pensar que consiguieron averiguar dónde vivo. Tal vez me siguieron sin que yo me diese cuenta. Pero una mañana me encontré con ellos al doblar una esquina. Era una calle estrecha y muy poco transitada a esas horas. Eligieron con cuidado el lugar. Lo planearon todo. Me detuve en seco frente a ellos. Estaban todos. Envalentonados. Me quedé paralizada. Jamás he sentido una sensación igual. Quería echar a correr. Quería gritar para pedir auxilio. No podía moverme. Tenía la sensación de haber recibido

una tremenda descarga eléctrica que me había dejado achicharrada. Carbonizada. Una estatua de carbón. Me rodearon. Pensé que no sobreviviría. Pensé que el corazón me explotaría de golpe. Pensé que ya estaba muerta del todo. Pero sentir sus escupitajos sobre mi rostro me hizo comprender que seguía viva. ¿Merecía la pena? Uno de ellos se acercó hasta apoyar su frente contra la mía. Era el cabecilla. Es el cabecilla. Sus palabras eran amenazas que me atravesaban las sienes. ¡Escúchame bien, puta! ¡Vas a aprobarnos a todos! ¿Lo has entendido? Afirmé con la cabeza. Quería explicarles que los aprobaría a todos. Pero no podía hablar. Afirmé otra vez con la cabeza. Y otra. Y otra. El cabecilla sonrió satisfecho. Se volvió a sus secuaces. ¿Habéis oído? ¡Todos estamos aprobados! Afirmé una vez más con la cabeza. El grupo comenzó a disgregarse entre alaridos. Se alejaban al fin. Pero de pronto volvió el cabecilla y puso de nuevo su frente contra la mía. Sentía que me faltaba el aire. Pensaba que si no me explotaba el corazón, fallarían mis pulmones. Daba igual morir de un modo u otro. El cabecilla desabotonó mi blusa e introdujo su mano por el escote. Me tocó los pechos. Acercó su boca a la mía. ¿Por qué no vomitaba? Me habló en voz baja. ¡A mí me pondrás un sobresaliente! Afirmé de nuevo con la cabeza. ¡Quiero un sobresaliente! Parecía un autómatas subiendo y bajando la cabeza. ¡Y no creas que te has librado de nosotros! ¡Putas! ¡Tienes unas buenas tetas! Se alejaron todos. Los he perdido de vista por ahora. Pueden volver. Volverán. ¿Por qué no me explota el corazón? ¿Por qué no revientan mis pulmones? Solo soy una figura de carbón. Carbón quemado. Residuos. Escoria. ¡Corazón! ¡Estalla de una vez!

# **MARTINA**

*por Ana Alcolea*

Estar en contacto con otras culturas y otras lenguas es una de las pasiones de esta zaragozana nacida en 1962. No en vano, Ana pasa la mayor parte del año repartida entre las montañas de Noruega y en Italia. Es licenciada en Filología Hispánica y diplomada en Filología Inglesa. Desde 1986 ejerce como profesora de secundaria, Ha publicado ediciones didácticas de obras de teatro, así como numerosos artículos sobre la enseñanza de la lengua y la literatura.

*Mañana es mi primer día de colegio. En casa todos parecen contentos. Mamá me ha puesto una bata rosa que no me gusta nada. Dice que todas las niñas van a llevar una igual. Tiene unos cuadritos pequeños porque se van cruzando rayas blancas y rayas rosas. A mí no me gusta ese color. Y a ella tampoco. Siempre ha dicho que era un color para niñas cursis. Y ella no quiere que yo sea una niña cursi. Y ahora me pone esa bata. Dice que es obligatoria. No sé lo que significa «obligatorio».*

*Debe de ser que todavía hay muchas cosas que no en tiendo.*

Mañana Martina empieza el colegio. Qué mayor se ha hecho en poco tiempo. La bata rosa le queda preciosa.

*Papá me mira orgulloso ante mi primer día de escuela. Mamá también, pero la he visto lloriquear en el cuarto de baño. Se ha dejado la puerta abierta y he visto cómo le caían unos lagrimones que ha intentado esconder cuando yo he entrado. Debe de ser que no le va a gustar dejarme en el colegio esta mañana.*

Después de todo el verano con Martina, me cuesta dejarla en la escuela. Es una escuela nueva, en una ciudad nueva para ella. Ha dejado a sus amigos lejos. Como nosotros. Espero que se adapte a la ciudad antes y mejor que yo. Volver no es lo mismo que regresar.

Los niños llevan batas azules, y las niñas, rosas. Yo preferiría la de los chicos. Pero no va a poder ser. Algunas niñas han llorado cuando las han dejado sus madres. Otras, no. Yo he hecho un puchero y los ojos se me han mojado un poco. Pero mamá me ha dicho que no me preocupara, que allí dentro iba a estar muy bien, que me lo iba a pasar mejor que con ella. Y mejor que en la escuela infantil, que ya era muy mayor y que no debía llorar. Una de las niñas llevaba un kiki con un lazo muy grande de color rojo. Tiene una

hermana un poco más alta que ella, con la cara llena de pecas. Ellas no lloraban. Se parecen mucho las dos a su madre, que lleva los ojos pintados como las brujas malas de los cuentos. Con la maestra hemos jugado y hemos aprendido una canción que llevaba todos nuestros nombres. La del lazo rojo se llama Vanesa, y la pecosa, Jessica. No me gustan.

Debe de ser porque se parecen a las hermanastras de Cenicienta. Yo no tengo hermanas. Ni siquiera hermanastras.

*Martina va muy contenta al colegio. Ya está en primaria. Ha crecido mucho en los últimos meses. Tiene unas compañeras con las que habla a la salida y durante los recreos. Apenas mancha la bata. Las demás niñas salen de clase con la bata sucia, y ella no. Es muy ordenada y limpia.*

Las niñas de clase se conocen todas de otros años. En el recreo me quedo en una esquina y las miro jugar. A veces juego con Luz y con Carmen, pero poco. A mí no me gusta saltar a la goma ni correr, y no sé de qué hablar con ellas. En clase, la maestra nos ha preguntado qué hacíamos antes de empezar en este colegio, y yo he contado que antes vivía en otra ciudad que tenía mar y que era muy bonita. Las dos hermanas se han fijado en mi broche. Les he dicho que me lo compraron mis padres en otro país. Se han reído de mí.

Debe de ser que no les ha gustado.

*Hoy Martina se ha querido poner en la bata el broche de los dos muñequitos que le compramos en Francia. Cuando lo vio en la tienda, enseguida dijo: «Mamá, cómprame ese broche. Me gusta mucho». Y se lo compramos. Y hoy se lo ha puesto. Yo le he dicho «Ten cuidado, al jugar se te puede caer». Pero ella ha dicho: «No, mamá, no se caerá, tendré cuidado. No te preocupes».*

Vanesa y Jessica no quieren hablar conmigo. Están sentadas una a cada lado de mí. La maestra nos ha colocado así y no nos podemos cambiar. No paran de hablar entre ellas y de vez en cuando me tiran del pelo. Quieren que les dé mi broche, pero no se lo voy a dar. Hoy he visto que su madre hablaba con la mía en la puerta del colegio. No me gusta que lo haga.

Debe de ser porque quizá le dice que no les gusta a sus hijas.

*Hoy una madre me ha dicho que Martina es amiga de sus pequeñas. Que es una niña muy abierta y que les cuenta muchas cosas de cuando vivíamos fuera. Me gusta que haya hecho amigas tan pronto en su nuevo colegio.*

Mi broche ha desaparecido. Me lo han quitado Vanesa y Jessica y luego lo han tirado al váter. Al menos eso es lo que han dicho. No me he atrevido a decir nada a la maestra. Ellas me han dicho que si digo algo llamarán a un tío suyo que es policía y que me hará cosas terribles. Me dan miedo. Tampoco se lo he dicho a mamá. A ella le he contado que lo he perdido mientras jugaba, que en el recreo entran luego los chicos mayores y que se habrá roto sin remedio. No quiero que se preocupe.

Debe de ser porque siempre está preocupada por mí, por la abuela, por todos.

*Ya sabía yo que el broche acabaría mal. Las niñas no llevan broches al colegio, y Martina se ha empeñado en llevarlo todos los días. Y ahora ya no está. Ha salido sin él y con la cara compungida. Lo ha perdido en el recreo.*

Cuando he llegado al colegio esta mañana, me he puesto a vomitar. En el pasillo de la clase, muy cerca de la mesa de la maestra. Todas las niñas se han reído de mí. La maestra ha tenido que llamar a la señora que limpia, y con unos papeles primero y con la fregona después, ha tenido que limpiar mi vomitona. Después, olía toda la clase fatal. «Por tu culpa», he oído varias veces. Otras niñas que se sientan al final también han venido y me han llamado «tonta». La señorita me ha dado permiso para ir al váter y lavarme la cara y la boca. He llorado.

Debe de ser que me ha sentado mal el desayuno, por eso he vomitado.

*Hoy Martina ha vomitado en el colegio. Anoche vomitó mientras dormía. Ella no se dio cuenta de nada. Le cambiamos las sábanas y seguía dormida. Por la mañana no se acordaba de nada, así que no le hemos dicho nada. Pero luego me ha llamado la maestra y me ha contado lo que ha pasado. La tendré que llevar al médico.*

Paso corriendo por el pasillo de mi casa. Desde el comedor hasta mi habitación, hay un pasillo largo y oscuro. Mamá deja la luz de la cocina encendida para que no me dé miedo, pero me da y corro.

Me parece que va a salir alguien de alguna de las habitaciones. Yo lo que quiero es llegar pronto a mi habitación y meterme en la cama. Allí pienso en cosas bonitas antes de dormirme. Me gusta pensar que estoy en un valle de colinas muy verdes, con un río muy abajo y que yo lo paso en un teleférico, como si sobrevolara todo el valle.

Debe de ser porque de más pequeña viví en un lugar así. Y porque allí no estaban ni Vanesa ni Jessica.

*Martina ha vuelto a vomitar esta noche en la cama. Esta vez se ha dado cuenta. Ha llamado, pero cuando hemos acudido ya estaban las sábanas llenas de sus vómitos. Esta tarde la he llevado al médico. Dice que son terrores nocturnos. Le he contado que el otro día le pasó también en el colegio. Me ha dicho que la observe y que, si vuelve a pasar, la lleve de nuevo. ¿Que la observe?*

Hoy he vuelto a vomitar en el colegio. Esta vez ha sido en la misma entrada, en el jardín. Mamá se acababa de ir. Ellas ya estaban dentro, en los columpios. Cuando han visto el revuelo, han venido, han dicho «qué asco, huele mal», y se han reído. Todos se han reído, hasta la maestra. Un rato después han cogido mi chaqueta de la percha y la han tirado al suelo. Me han ordenado que no dijera nada, que si lo hacía llamarían a su tío el policía. Luego, en el recreo, yo estaba con Luz y con Carmen, ellas han venido y me han empujado. Yo no les había hecho nada. Tampoco les había dicho nada, pero ellas han venido y me han empujado.

Debe de ser que no les gusta mi chaqueta amarilla.

*Martina ha vuelto a vomitar en el colegio. El médico le ha hecho pruebas, análisis de sangre incluido. No parece que tenga nada ahí dentro. Entonces, ¿por qué lo hace? Siempre parece contenta. Cuando va y cuando viene.*

Hay un gran árbol de flores amarillas cerca del colegio. Pasamos por allí todas las mañanas, y también al regresar a casa. A veces, alguna flor se ha caído y me agacho a cogerla. No huele, pero me gusta. Son como rosas diminutas que forman ramilletes. Estoy deseando pasar por allí para verlas. Aunque después tenga que entrar en el colegio. Lo mejor es por la tarde, cuando paso de vuelta a casa. A veces mamá me lleva a jugar al parque. Otras veces vamos a buscar a papá al trabajo. Y otras entramos en la pastelería a comprar algún dulce relleno de crema. Son los que más me gustan.

Debe de ser porque se parecen a los que hacía mi abuela cuando no le dolían las manos.

*Hemos entrado en la pastelería a comprar unas brevas de esas que le gustan a Martina. Se ha comido la más grande mientras llegábamos a casa. Luego ha cenado ver dura y pescado. Le ha sentado todo bien. De momento.*

He guardado un ramillete de flores amarillas entre las páginas de uno de mis libros. Se han chafado, han perdido toda su forma redondeada, pero no me ha importado. Ahora las tendré ahí para siempre. Y cuando quiera, las podré ver, sin necesidad de tener que pasar por el gran árbol de al lado del colegio. He puesto el libro junto a la cama, en la mesilla. Antes de dormir, he estado leyendo un rato, así he tenido excusa para estar con la luz encendida. Antes la abuela dormía en la misma habitación que yo, en una cama supletoria. Ya no.

Debe de ser porque, como dice mamá, ya soy mayor.

*Estos días Martina no ha vuelto a vomitar, ni en el colegio ni en casa. Come lo mismo que antes. La abuela vigila su sueño cada noche, cuando apaga la luz. Entra silenciosa en su habitación y se sienta en la silla que hay junto a su cama. Se queda allí hasta que nota la respiración acompasada de Martina.*

Vanesa y Jessica no vienen al colegio estos días. Están en no sé qué pueblo visitando a un abuelo que está enfermo. Eso ha dicho la maestra con cara de pena. Yo estoy muy contenta. Espero que tarde en morir hasta final de



curso. Así a lo mejor ya no vuelven a clase. A lo mejor se quedan a vivir en el pueblo para siempre. Ojalá nunca regresen. El árbol de las flores amarillas está resplandeciente. Cada día hay más flores. Es como una explosión, como si el sol estallara en pequeñas estrellas blandas y llenas de pétalos. Cubre casi todo el jardín. Sale por encima de la tapia hacia la calle. En esa esquina en la que yo lo miro cuatro veces cada día. Hoy he vuelto a coger flores de las que se caen. Muchas. He hecho un ramo que mamá ha puesto en uno de esos vasos pequeñitos que le regalaron cuando se casó. Lo he colocado en mi mesilla y me he dormido mirándolo. O al menos ha sido lo último que he visto antes de dormir. He soñado con un gran jardín amarillo lleno de gatos blancos que bebían leche.

Debe de ser por las flores.

*La abuela sigue observando el sueño de Martina. Duerme mejor que nunca. Está muy contenta, más que nunca. Este sol de primavera le hace mucho bien.*

Los monstruos han regresado. El abuelo se ha muerto. Casi me he echado a llorar cuando las he visto. La maestra se ha creído que mis ojos se mojaban de tristeza por la muerte del abuelo, y se ha sonreído. Ha debido de pensar que por fin ya éramos amigas y que sentía la pena de Vanesa y de Jessica. No es verdad. Ojalá se murieran ellas también. Ojalá se hubieran muerto ya y estuvieran enterradas con el abuelo, en una tumba de esas de los pueblos, con tierra. Con tierra muy mojada que se convirtiera en barro y se aplastara contra las caras, las pecas y los lazos de Vanesa y de Jessica.

Debo de pensar esto porque soy muy mala. A veces mamá me dice que soy muy mala.

*Hoy Martina ha salido del colegio con mala cara. Su nota en el examen de Conocimiento del Medio ha sido más baja de lo que se esperaba. Ayer estuvo estudiando toda la tarde. Se exige mucho esta criatura, y en vez de sacar un 9 como siempre, solo ha sacado un 7. Le he dicho que no se preocupe, pero su cara no ha cambiado. Hemos jugado un rato en el parque y luego hemos ido a la pastelería. No se ha terminado la breva de crema.*

He soñado mucho esta noche. No me podía dormir. Tardé en apagar la luz porque tenía miedo. Luego entró la abuela. Ella cree que no me doy cuenta, pero sé que últimamente se queda conmigo todas las noches hasta que me duermo. Creo que la he engañado, me he hecho la dormida pronto y me ha creído. He intentado pensar en las flores, y en mamá, y en el rato que hemos estado jugando en el parque. Pero no podía dormir. Por fin lo he conseguido. Pero enseguida he empezado a soñar: es un sueño que me viene muchas veces. Muchas. Estoy en medio de una plaza muy grande, se parece un poco a la plaza del barrio, pero no es igual. Es redonda y cerrada. Hay muchas puertas de diferentes tamaños. Muy pequeñas todas. En el centro de la plaza, en vez de haber una fuente o una estatua, como en todas, en mi sueño hay un gran pastel de carne triturada. Gigantesco, al menos veinte veces más alto que yo, y ocupa casi toda la plaza. Me lo tengo que comer todo entero. Alguien coge una cuchara y me obliga a comer. Una cucharada, y luego otra, y después otra. Yo quiero correr, y apenas puedo. Quiero entrar por alguna de las puertas de la plaza y escaparme: algunas están cerradas, otras son demasiado pequeñas y no quepo. Me atasco en la mitad, y alguien me tira de las piernas hacia la plaza. Me vuelven a dar aquello para comer. En ese momento me despierto y vomito. Me duele la garganta de vomitar, y el estómago, y las tripas. No me gusta vomitar. Es horroroso. Mi boca huele mal, y toda yo, y la cama, y toda la habitación. Toda la casa debe de oler mal por mi culpa.

Siempre que regresa esa pesadilla pasa lo mismo. Esta noche también: he manchado las sábanas, las dos. Olía fatal. Se ha levantado mamá, y ha llamado a la abuela. Papá madruga mucho todas las mañanas y procuran no despertarlo con mis pesadillas. Han cambiado las sábanas, mi pijama, me han lavado. Me he vuelto a meter en la cama y me he dormido enseguida. No recuerdo lo que he soñado después.

Debe de ser que he dormido muy profundamente.

*Ya le he dicho a Martina que no debe preocuparse tanto por su nota de Conocimiento del Medio. Ya sacaré sobresaliente la próxima vez. Se lo he contado al médico. Me ha confirmado lo que ya sospechaba yo: que la niña es muy responsable, muy autoexigente, y que si saca una nota por debajo de lo que ella sabe que son sus posibilidades, la rechaza, se pone muy nerviosa, y los nervios le juegan esas malas pasadas. Por eso vomita. Me ha recetado un jarabe.*

Hoy he vuelto a vomitar en clase. Por supuesto, todas se han reído de mí. La maestra empieza a estar harta. Cuando he llegado a clase, ellas no estaban. Me he puesto muy contenta. Al rato han llegado. Han entrado con su madre, que nos ha explicado que han tenido que ir al funeral por el abuelo, y que por eso llegaban tarde. La madre me ha mirado con sus ojos de bruja mala. En el recreo, Vanesa me ha pedido que le diera el anillo que llevo siempre, ha dicho que si no se lo daba, me lo quitaría a la fuerza. Es el que me regalaron cuando nací y que el joyero ha ido alargando conforme yo iba creciendo. Le he dicho que si lo hacía se lo contaría a la maestra y a mi madre. Entonces Jessica me ha dicho que si se lo decía a alguien me pegarían ellas, y luego vendría su tío el policía y también me pegaría. Me han dicho que soy una enchufada, que las maestras me ponen buenas notas porque son amigas de mi madre, y que ya era hora de que sacara una nota mala. Ha sido entonces cuando he vomitado en el recreo. Ha venido la maestra y ha echado tierra encima de lo que ha salido de mi cuerpo. Me ha preguntado qué me pasa. Me he puesto a llorar y le he mentado: le he echado la culpa a las notas. Me ha dicho que no debo preocuparme tanto, que seguro que el próximo examen lo haré mejor. Por supuesto, no le he mencionado el anillo.

Debe de ser porque tengo miedo. Mucho miedo.

*Otra vez. Otra vez. Otra vez. El médico dice que sería mejor que no fuera al colegio durante una temporada, al menos por las mañanas, que es cuando le ocurren estas cosas. Ha escrito un papel para la directora en el que explica todo: que la niña es muy perfeccionista, que soma tiza todos los problemas, que ha cambiado de ciudad, de centro escolar, y que le está costando mucho tiempo adaptarse. Que, por tanto, el colegio le supone un problema que, paradójicamente, provoca una bajada en su rendimiento escolar. Y que considera necesario que deje de acudir a las clases de la mañana durante un tiempo.*

Ahora resulta que no me dejan ir al colegio por las mañanas. ¿Y cómo voy a aprender? Dicen que vomito porque saco notas bajas. ¡Qué sabrán ellos! Por las mañanas estaré en casa y haré las tareas que la maestra me mande. ¿Y por la tarde? Por la tarde tengo que volver, y allí están ellas, riéndose de mí, porque no puedo ir al colegio. Porque han conseguido ponerme enferma. Sin

necesidad de que su tío el policía me haya pegado. Me he quitado el anillo para ir a clase. No quiero que me lo roben. Tampoco me he puesto los pendientes. Cuando mamá me ha preguntado por qué no lo llevaba, le he dicho que me aprieta otra vez. Mamá ha sonreído.

Debe de ser porque se cree que estoy creciendo muy deprisa.

*Hoy hemos recibido una carta del colegio. Al principio he creído que era por algo relativo al comportamiento de Martina. Pero no. El colegio «amenaza ruina», según ellos. Han pedido subvenciones para restaurarlo, pero no han conseguido lo suficiente. Van a tener que demolerlo. Me da mucha pena. Yo fui a ese colegio de niña. Por eso quería, al regresar a la ciudad, que Martina fuera allí. Fui tan feliz allí... Y ella también, a pesar de que estos días con las malas notas lo ha pasado mal. Y a pesar de sus nervios, de su estómago. Ella siempre va contenta. Es una pena que tiren el colegio. Habrá que buscar otro para el curso siguiente. Ya nada será igual.*

He oído en el colegio que lo van a tirar, que hay peligro de que se derrumbe. Ojalá se cayera encima de Vanesa y de Jessica y las aplastara, y sus lazos aparecieran rotos entre los escombros. ¿Será verdad que ya no existirá este colegio el curso que viene? ¿Podré ir a otra escuela en la que no estén ellas? Viven en otro barrio, así que le pediré a mamá que me matricule en el colegio que hay al lado de casa. Seguro que ellas no van a venir hasta esta parte de la ciudad.

Creo que esta noche no voy a soñar con esas puertas por las que no puedo escaparme.

*Martina ha vuelto a vomitar. No se ha despertado mientras le hemos cambiado las sábanas.*

*Y esta mañana no se acordaba de nada.*

# **EL PROTECTOR**

*por Gustavo Martín Garzo*

Para Gustavo, somos lo que somos capaces de decir y todo depende de nuestra manera de decirlo. Quizá eso explique su prosa meticulosa, precisa y cuidada. Estos adjetivos nos están hablando de una concepción de la literatura a la conquista de la lentitud y la reflexión. Gustavo nació en Valladolid en 1948 y nunca ha sentido la necesidad de abandonar su ciudad porque, como él mismo reconoce, «cuquier lugar contiene el mundo entero».

En el colegio nos llamábamos por los apellidos. Casi todos eran de familias conocidas de la ciudad. Ocaña era el hijo del gobernador civil, Martínez Salas del catedrático de Cálculo, Vázquez de Prada y Pizarro de hacendados castellanos. Nuestros padres se conocían y el colegio era un coto donde se reunía lo más granado de la sociedad vallisoletana de entonces. Era un privilegio estar en él y formar parte de ese grupo de elegidos. Los jesuítas nos lo recordaban constantemente. Nos decían que estábamos llamados a heredar la posición de nuestros padres, y que debíamos ser responsables y aprovechar el tiempo. Todos los años había una fiesta en el teatro Calderón, el más importante de la ciudad, en que se entregaban los premios a los colegiales más destacados. Era una fiesta social a la que acudían el gobernador, el capitán general y el obispo, pues aquel colegio era una extensión de su poder y de sus privilegios.

Todos nosotros pertenecíamos a ese mundo, lo que no quiere decir que nadáramos en el lujo, pues eran tiempos de carencias, y ni siquiera las familias más acomodadas, siempre cargadas de hijos, andaban sobradas de dinero. Aun así, siempre solía haber en clase algún niño que procedía de ambientes más humildes. Niños que procedían de un pueblo, o de los barrios de la ciudad, a los que los jesuítas daban una beca para cursar el bachillerato. Solían ser buenos estudiantes que veían recompensado su esfuerzo con aquella promesa de ascenso social. Una recompensa que, a menudo, se transformaba en una terrible carga, pues no terminaban de adaptarse, y solían ser objeto de mofas y descalificaciones a causa de su origen pueblerino o de la pobreza de sus ropas.

Muñoz era uno de esos niños becados, y estuvo con nosotros hasta segundo o tercero de bachillerato. Era un chico acomplejado del que todos se reían. Se decía que estaba en el colegio por su lejano parentesco con uno de los padres jesuítas, pues era un auténtico desastre y suspendía todas las asignaturas. Recuerdo que llevaba unas ropas viejas y anticuadas, y que se metían con él porque no olía bien. Lo insultaban y le preguntaban si había traído el pañal, y cuando pasaban a su lado se tapaban la nariz. Luego, en las clases, no daba pie con bola y, cuando algún profesor le preguntaba,

balbuceaba y terminaba por dar respuestas absurdas que provocaban la hilaridad de todos. No comprendo cómo sobrevivió a esa vida durante tanto tiempo, pues estuvo en el colegio al menos tres años. No tenía amigos y se le veía siempre solo, temeroso de acercarse a ninguno de nosotros.

A mí me daba pena y, de vez en cuando, hablaba con él. Lo hacía por acallar mi mala conciencia, pues a pesar de haber asistido más de una vez a sus humillaciones, jamás lo defendí. No era fácil hacerlo, y yo mismo tenía mis dificultades para hacerme respetar en clase. Los recreos eran a menudo una batalla campal, pues a esas edades muchos niños son extremadamente crueles.

Muñoz era un niño extraño y nervioso. Un niño zumbado, con extraños raptos de osadía, con los que trataba de ganarse el respeto de sus torturadores. Una vez, se encajó un balón en el tejado y, antes de que pudiéramos reaccionar, Muñoz subió por el canalón para recuperarlo. Podría haberse matado, pero lo hizo con una agilidad que a todos nos sorprendió. Creo que fue su mayor triunfo, y aún recuerdo cómo se reía mientras los chicos bromeaban con él. Eso fue su perdición, pues a partir de entonces se transformó en el bufón de la clase. No le importaba exponerse a las broncas de los profesores, con tal de conseguir el reconocimiento momentáneo de sus compañeros.

Pero ese curso terminó y, al comienzo del nuevo, el último que pasaría con nosotros, Muñoz parecía otro niño. Supongo que los padres jesuitas le habían dicho que si continuaba así no lo iban a dejar permanecer en el colegio. Seguía sin aprobar ni una sola asignatura, pero apenas se le sentía, ni nadie lo importunaba, pues los matones de la clase ya se habían cansado de él. Muñoz estaba más solo que nunca y su timidez había ido en aumento, como si presintiera que su tiempo en aquel colegio estaba llegando a su fin.

Un domingo me lo encontré en la calle. Yo iba al cine de los Koskas, y él me acompañó hasta la puerta. Estuve a punto de invitarlo a entrar, pero me daba vergüenza que me vieran con él. Pero a la salida me esperaba en la plaza, y estuvimos dando un paseo. Me contó que su padre era capitán de un barco mercante, y que se pasaba meses enteros sin volver a casa. Había llegado hasta los mares de China y se dedicaba al tráfico de esclavos. Lo dijo con orgullo, como si aquella ocupación fuera la más interesante que pudiera haber en el mundo. No supe qué contestar. Me parecía imposible que en los tiempos en que vivíamos siguiera existiendo aquel tráfico infame, y que Muñoz pudiera sentirse orgulloso de que su padre se dedicara a algo así. Muñoz se anticipó a mis dudas y me dijo que ya sabía que en Valladolid todos

pensaban que el tráfico de esclavos se había terminado, pero esto no era cierto. Aún más, seguía siendo necesario para las plantaciones de café y en las minas de plata y oro, donde hacía falta mucha mano de obra. Aunque era muy peligroso.

Nos habíamos sentado en un banco. Estaba oscureciendo, y las farolas se poblaron de insectos. Su luz recordaba el oro de aquellas minas pobladas de oscuras y dolientes criaturas. Muñoz continuó su relato. Se le veía excitado por lo que contaba. Me dijo que el oficio de su padre era muy desagradable, y tenía que ver cosas que helaban la sangre, pues los esclavos eran como los animales. Desafiaban a sus guardianes y cagaban en el primer sitio que veían. El olor del barco era nauseabundo. A pesar de estar presos, hacían lo que querían y había que tener una vigilancia constante sobre ellos. Estaban locos, y al menor descuido se subían a los mástiles de donde solo el hambre y la sed los hacían bajar. Muchos de ellos se tiraban por la borda y se ahogaban, porque querían regresar a sus tierras. Su padre siempre iba con una pistola.

—Mira —me dijo, mostrándome una navaja—. Me trajo esta navaja en su última visita.

Era una de esas navajas suizas con un montón de funciones. Tijeras, limas, destornilladores, pinzas, ganchos, punzones, todo aquello que un explorador puede necesitar en sus incursiones por el campo. Siempre había deseado tener una así, pero eran muy caras y mamá, temerosa de que pudiera hacerme daño, nunca me la había querido comprar.

La tuve un momento en mis manos viendo sus pequeñas piezas, con las herramientas más inimaginables, y cuando se la fui a devolver me dijo que me la regalaba.

Yo sabía que con anterioridad había regalado cosas a otros chicos, y que se decía que las robaba, pero, ante su insistencia, me dejé convencer, pues nada deseaba más que una navaja como aquella. Y enseguida nos despedimos. Tenía los labios azules de frío, y su abrigo estaba hecho de una tela delgada, muy raída. Le tenía sin cuidado su aspecto. Le vi alejarse y tan pronto dobló la esquina de la calle supe que había hecho mal aceptando la navaja. La historia de su padre traficando con esclavos en los mares de China era tan disparatada como el hecho de que la navaja pudiera estar en sus manos porque este se la hubiera regalado. No sabía de dónde procedía, pero supe que debía ocultársela a mis padres para que no me hicieran devolverla. De modo que, al llegar a casa, la escondí en una caja que ocultaba detrás de un cajón de la cómoda.



Y el escándalo estalló unos días después. Fue al volver de gimnasia. Al entrar en la clase percibimos un olor nauseabundo, que no sabíamos de dónde venía. Hasta que descubrimos que alguien había hecho sus necesidades sobre la silla del profesor. Fuimos enviados a la sala de estudios. El padre nos dijo que nunca había sucedido algo así en el colegio, y que si no aparecía el culpable debíamos atenernos a las consecuencias. Pero el culpable no apareció y fuimos castigados con severidad. A partir de ese momento, se acabaron los recreos y tuvimos que ir al colegio los sábados y los domingos. Nadie pensó que el responsable pudiera ser Muñoz, pero a mí me bastó recordar el relato de aquellos esclavos haciendo sus necesidades por todos los rincones del barco para saber que había sido él.

También los padres jesuitas debieron de pensar lo mismo, pues Muñoz desapareció del colegio. Dejó de ir a clase y, un buen día, se habían llevado su pupitre. Nadie nos dijo nada, ni volvió a hablarse de él, como si nunca hubiera existido. Ahora me doy cuenta de la desesperación que debió de sentir para llegar a hacer una cosa como aquella, pero entonces solo percibí su locura. Era una locura extraña, que me atraía y me repelía a la vez. Como entrar en un mundo de oscuridad y venganza, pero también de turbios deseos y loca libertad, el mundo de aquellos esclavos en las bodegas haciendo lo que les venía en gana. Un mundo sin mandamientos.

Pero estaba la navaja, y ese fue el verdadero problema. La navaja procedía de ese mismo mundo, y estaba marcada por el estigma de esa oscura libertad. Muñoz robaba en las tiendas, y los objetos que nos regalaba eran su botín, del que la navaja formaba parte. Robar era uno de los pecados más grandes que existían, y solo restituyendo lo robado se podía conseguir el perdón. Pero yo no me decidía a hacerlo. En parte, porque eso me transformaba en cómplice de un delito que no había cometido y, en parte, porque no quería desprenderme de la navaja. Aquello me torturó por un tiempo. No me atrevía a ir a comulgar y tampoco quería confesarme, pues no sabía lo que tenía que decir al padre.

Hasta que tomé una decisión salomónica. No necesitaba confesarme, pues yo no había robado la navaja, y todo lo que tenía que hacer era desprenderme de ella. Fui al río y la arrojé al agua. El río se estaba empezando a helar. Desde el borde del camino lo contemplé largamente, bajo la claridad azul de la noche. Pensé en mamá y en lo que me había dicho unos días antes. Nos habíamos detenido ante la cartelera de un cine, en que una mujer muy guapa, con cara de niña, se inclinaba sobre un hombre que estaba dormido. Llevaba un puñal en sus manos. Y yo le pregunté a mamá qué iba a hacer.

—Cualquier barbaridad —me dijo, echándose a reír—. Nadie es lo que parece.

Oí el ladrido lejano de los perros y regresé a la ciudad. Me sentía liberado por haberme desprendido de aquella navaja, y al pasar por el cine me detuve para ver de nuevo la cartelera. Pensé en mamá. En su tristeza cansada, en su vida anterior, en aquella risa que de pronto la asaltaba sin que pudieras saber la razón. Y recordé cómo, mientras mirábamos aquella cartelera, sentí mi mano dentro de la suya. Su mano grande, dimanando un calor animal.

Desprenderme de la navaja me permitió recuperar la tranquilidad. No volví a pensar en Muñoz hasta unos días después. Había ido de compras con mamá, y aburrido, porque se demoraba más de la cuenta en elegir unas telas, salí a la puerta del comercio. Estaba oscureciendo, y la niebla invadía las calles. No había nadie, y las farolas, ya encendidas, iluminaban las paredes y el suelo con una claridad lechosa. Muy cerca había una imprenta, en plena actividad a esa hora. Oía la febril respiración de las máquinas y un chirrido tenso de ruedas mal engrasadas. La luz en sus ventanas era blanca. Vi a alguien que se acercaba. Su bulto creció de tamaño hasta detenerse a un par de metros de mí. Era un negro y llevaba una cuerda en la mano. Brillaba el filo de sus dientes, y sus pupilas parecían confundirse en el blanco de sus ojos. Cuando intentó sonreír, la mueca quedó lastimosamente incompleta. Me pareció que me iba a atacar. No tuve tiempo de ver más, pues la impresión fue tan fuerte que me desmayé. Mamá salió justo a tiempo de cogerme en sus brazos.

Cuando abrí los ojos, estaba sobre el mostrador de la tienda.

—¡Vaya susto que nos has dado! —me dijo mamá, dándome un beso.

Regresamos a casa, y mamá se empeñó en que me acostara. La cabeza me daba vueltas y no quise cenar. No podía dejar de pensar en aquella figura imponente que había salido de la niebla, ni en la intensidad cegadora que había en sus ojos. Hay que decir que en aquel tiempo los negros eran algo excepcional en mi ciudad, y solo en muy raras ocasiones se veía a alguno por sus calles.

Mamá venía cada poco y me preguntaba si me encontraba bien.

—¿Sabes una cosa? —me dijo con una sonrisa—. Cuando estabas en la tienda entró una señora y, al verte sobre el mostrador, pensó que estabas en venta. Pero le dije que había llegado tarde, que acababa de comprarte yo.

No sabía qué me había pasado. Veía a aquel negro emergiendo de la niebla, y pensaba en los esclavos de los que me había hablado Muñoz. Me imaginaba que habían logrado escapar y que ahora vivían escondidos en

algún lugar de nuestra ciudad. Muñoz era su jefe. También él quería vengarse, y planeaba con ellos sus crímenes. Y entonces cogí una costumbre que me acompañó a lo largo de varios meses. Me metía en la cama, cerraba los ojos y me imaginaba a su lado, en aquellas cloacas, viendo lo que hacían y cómo eran. Era un mundo donde todo estaba permitido. Y yo seguía a Muñoz, mi protector, en la oscuridad de la noche llevando aquella navaja en mis manos.

# **FIDEL CASTRO Y EL GENERAL MOSCARDÓ**

*por Carlo Frabetti*

Todavía no está claro si Carlo es un escritor matemático o un matemático escritor, ya que su obra está plagada de acertijos y apelaciones continuas a la lógica y a la deducción. Este boloñés nacido en 1945 es el «padre» de programas míticos en la televisión, como *La Bola de Cristal*. Hace muchos años decidió hacerse vegetariano y, desde entonces, lo lleva a rajatabla, como sus convicciones. No en vano, es el presidente de la Asociación contra la Tortura y miembro de la Alianza de Intelectuales Antiimperialistas.

Yo era «el Italianini», el único extranjero del colegio. Y además vestía de una forma ligeramente distinta y sospechosamente moderna. Mis pantalones cortos eran algo más cortos que los de los demás niños, y debajo de ellos llevaba, ¡horror!, una especie de bragas.

En un desesperado intento de sustraerme a las burlas y a las agresiones no meramente verbales de mis compañeros, llegué al extremo de comprarme a escondidas unos calzoncillos españoles; pero por más que intentaba enrollarlos, asomaban por debajo del borde inferior de mis pantalones italianos, con lo que fue peor el remedio que la enfermedad (aún faltaba medio siglo para la moda de la ropa interior vista) y tuve que volver al denostado *slip*.

Por si esto fuera poco, en el libro de historia, al hablar del descubrimiento de América, se mencionaba, entre los exploradores más famosos, a uno conocido como «el Italiano Caboto». Y yo tenía una cabeza muy grande, perfecta para darle un pescozón al grito de «¡Toma, Caboto!».

He dicho que solo había un extranjero en mi colegio, pero sería más exacto decir que había uno y medio. El «medio» era un chico de padre alemán y madre española un par de años mayor que yo, alto y rubio (dos características poco frecuentes en la España de los cincuenta), que, un día, durante el recreo, sin que nunca antes hubiéramos cruzado una sola palabra, se plantó delante de mí y me dijo: «Soy alemán y te odio» (cómo son las asociaciones mentales: mientras echaba a correr como alma que lleva el diablo, me acordé de una frase de *Entre las pieles rojas*, de Emilio Salgari: «Soy Scibellok y te mato»). Tras su contundente declaración de principios, el semiteutón intentó pegarme, pero por suerte yo corría más que él. A lo largo de todo ese curso, mi principal ocupación durante los recreos fue evitar al Rubiales, como era conocido a causa de su apellido impronunciable.

Pero para salir indemne yo tendría que haber evitado a un diez por ciento de mis compañeros de colegio durante todo el tiempo, lo que era humanamente imposible (a pesar de que durante los recreos solía refugiarme en la biblioteca con la aquiescencia de un par de profesores comprensivos, pues era obligatorio jugar al fútbol). Entre los nueve y los trece años de edad

fui la percha de los golpes. Cuando alguien quería pegar bien sin mirar a quién, allí estaba yo, siempre dispuesto a recibir sin rechistar un empellón o una colleja.

Hasta que apareció Fidel Castro, que, además de salvar a Cuba, me salvó a mí.

A mi colegio iba un sobrino del general Moscardó, el héroe del Alcázar de Toledo (que, emulando a Guzmán el Bueno, había inmolado a su propio hijo para no rendir la plaza cuya defensa le había sido encomendada por Franco). El joven Moscardó (he olvidado su nombre de pila, o, para ser más exacto, he olvidado si lo he olvidado o si nunca lo supe), un muchacho apuesto y carismático, no estaba en mi clase, pero íbamos y volvíamos del colegio en el mismo transporte escolar, y una fría mañana de diciembre de 1958, poco antes de las vacaciones de Navidad, arengó a los ocupantes del autobús. «¡Hemos de detener a ese bandido!», dijo refiriéndose a Fidel Castro, como si nosotros pudiéramos haber hecho algo para torcer el curso de la historia. Y yo, que nunca rechistaba, en aquella ocasión no pude contenerme. «Fidel Castro no es un bandido», repliqué, «es como Robin Hood: les quita a los ricos lo que antes ellos les han quitado a los pobres». Moscardó me miró con una mezcla de sorpresa y displicencia, y dijo: «Mira por dónde, el Italianini nos ha salido comunista». Y yo, con una audacia impropia de mi consolidado estatuto de víctima propiciatoria, repliqué: «¡Como Jesucristo!». Y ahí terminó la discusión y empezaron los golpes. Al grito de «¡Blasfemia!», Moscardó se abalanzó sobre mí, jaleado por todos los presentes.

Estábamos sentados en los últimos asientos, y en la parte trasera del autobús había espacio suficiente para una pelea cuerpo a cuerpo. De alguna manera, el traqueteo del destartado vehículo me favoreció y, para mi propia sorpresa, conseguí retorcer el brazo de mi contrincante e inmovilizarlo. Los demás vociferaron furiosos: «¡Dale fuerte, Moscardó, no te puede ganar un italianini con bragas!», pero no intervinieron; una regla no escrita de las peleas escolares prohibía terminantemente la intervención de terceros cuando dos estaban pegándose.

Otra regla no escrita establecía el protocolo a seguir tras una inmovilización: el inmovilizador tenía que preguntar con tono conminatorio: «¿Te rindes?», y si el inmovilizado contestaba que sí, había que soltarlo sin más y la pelea se daba por finalizada con la victoria del primero. Si el inmovilizado contestaba que no o no contestaba (en este caso callar no equivalía a otorgar, sino todo lo contrario), el inmovilizador apretaba un poco más (el brazo, el cuello o cualquier otra parte sensible) y volvía a hacer la

pregunta de rigor, y así hasta que el inmovilizado se rendía. Rendirse a la primera era un deshonor, pero nadie aguantaba más de tres apretones.

—¿Te rindes? —le pregunté a mi contrincante, aplastado contra la puerta trasera del autobús.

- él, en vez de limitarse a contestar que no o a no decir nada, exclamó:

—¡Un Moscardó nunca se rinde!

- ante tan contundente respuesta, no tuve más remedio que soltarlo.

—No me he rendido —se apresuró a decir él con mirada desafiante.

—Ya lo sé —reconocí.

—Por tanto, no has ganado.

—Vale.

—Y, por tanto, Fidel Castro es un bandido.

—Y si te hubieras rendido, ¿crees que dejaría de serlo? —le pregunté.

—No, claro que no —respondió un tanto desconcertado.

—Entonces, ¿para qué nos hemos peleado?

Moscardó no contestó. Pero al día siguiente se sentó a mi lado en el autobús.

—Me ganaste de chiripa. Perdí el equilibrio al tomar la curva el autobús —dijo.

—¿No habíamos quedado en que no te gané? —repliqué.

—Es verdad, no me ganaste —se apresuró a decir; pero al cabo de un rato me preguntó—: ¿Por qué no seguiste retorciéndome el brazo?

—Porque sabía que no ibas a rendirte —contesté.

A partir de entonces, nadie volvió a pegarme ni a burlarse de mis bragas. Yo no entendía muy bien por qué, hasta que un día oí a dos compañeros que susurraban a mis espaldas. «Pues dice Moscardó que Caboto es un machote», dijo uno, y el otro contestó: «No lo parece, pero si Moscardó lo dice...».

Como quien no quiere la cosa, Moscardó empezó a sentarse a mi lado en el autobús al menos un par de veces por semana. Al principio hablábamos de política (él sostenía que los nazis solo habían matado a unos cuantos judíos, y porque eran agentes del enemigo), pero poco a poco empezó a hablarme de su familia. Así me enteré de que su padre, pariente del héroe del Alcázar y también militar, no le dejaba leer tebeos ni novelas, invocando la suprema autoridad moral de Santa Teresa de Jesús («La imaginación es la loca de la casa» y «Novelas, no verlas» eran sus citas favoritas). Le presté algunos

tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín, que su padre toleró porque el apellido y el talante del protagonista constituían un claro homenaje a sus valores patrios y familiares.

También le presté algunas novelas de Salgari, que leyó a escondidas.

Al año siguiente, Moscardó no volvió al colegio, al parecer por motivos de salud, y nunca volví a verlo. Mucho tiempo después, alguien me dijo que se había suicidado.





# **SUEÑO CUMPLIDO**

*por Ana Alonso*

Mientras que otros niños veían la tele de principios de los años 80, Ana llenaba las páginas de sus cuadernos de miles de poesías. No era un juego. No era un pasatiempo. Era toda una vocación. No en vano, Ana lleva publicados ocho poemarios y ha ganado numerosos premios por su obra poética. pero también se defiende -y bastante bien- con la prosa, tal y como demuestras su novela para adultos y sus títulos para público juvenil.

«Hay que hacerlo», murmuró Dani subiéndose la cremallera de la chupa y echándose la gastada mochila de los libros a la espalda. Normalmente disfrutaba de ese momento del día, el instante de abrir el portal y sentir el aire frío en la cara, justo antes de empezar a caminar por la acera. De pie en la calle, miraba al cielo y se llenaba los ojos de luz hasta que tenía que cerrarlos, y luego avanzaba, un paso, dos, tres, el mismo camino de todas las mañanas, dos manzanas de bloques de ladrillo, la carretera, el descampado, el paseo arenoso que desembocaba en el instituto. No importaba que hiciese mal tiempo, que el día hubiese amanecido enfermo de humedad o de lluvia; estar al aire libre suponía un alivio. Solo que, en ocasiones «especiales» como aquella, la cabeza, invariablemente, le jugaba una mala pasada. No le dejaba caminar tranquilo, sintiendo el roce de la brisa matinal en el pelo y en la cara; tenía que traerle una y otra vez a la memoria la mirada huidiza de Julián, sus pies metidos hacia dentro, con aquellas deportivas mugrientas, de mercadillo, que lo habían marcado desde el primer día de curso como «un pringao» ante el resto de la clase, y sobre todo sus mejillas llenas de granos, unos granos abultados y rojos como picaduras de mosquito, asquerosos. No le gustaba aquel tío, no le gustaba nada, pero lo que iban a hacerle... Habría sido mejor que el muy idiota no los hubiese puesto en aquella situación tan absurda, que hubiese sonreído como hacían todos cuando Eme insultó a su padre. Pero no, él siempre tenía que dar la nota; en lugar de callarse se había encarado con Eme, algo que ni los profesores se atrevían a hacer. En ese momento, el pobre imbécil estaba tan furioso que ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía. Desafió a Eme, y para colmo delante de un montón de gente, una humillación que alguien como Eme no podía tolerar. De modo que él se lo había buscado, por tonto. Ahora, Eme y los suyos lo esperarían en el aparcamiento de bicicletas, lo arrastrarían detrás del seto del patio y le darían un escarmiento. Todo está previsto: «Bocas» y «El Perro» lo sujetarían mientras Dani le partía la cara y Eme le daba unas cuantas patadas en el abdomen. No pararían hasta que sonase el timbre. Entonces, como si nada, lo dejarían allí tirado y entrarían en clase. No era la primera vez que pasaba. Media hora después, el conserje interrumpiría a la de Naturales, le susurraría algo al oído, y la otra se

pondría toda nerviosa, graznaría un poco para que se callasen, preguntaría si alguien había visto algo, todos dirían que no habían visto nada, y la clase continuaría entre murmullos y risitas ahogadas. En el recreo, el jefe de estudios reuniría a toda la banda de Eme en su despacho y allí les soltaría el mismo rollo de siempre, con el adjunto y la directora a su lado, callados, mirándolos con cara de funeral. Les diría que sabía que habían sido ellos, pero, como de costumbre, nadie podría probar nada. El imbécil de Julián, a esas alturas, ya estaría en su casa, o en el hospital. Tardaría un par de semanas en volver, y, para entonces, con un poco de suerte, a Eme ya se le habría pasado el cabreo. Un mal trago para todo el mundo; salvo para Eme, que se lo pasaba en grande con esa clase de cosas. Cuando terminaba de pegar a un tío, le hacía una foto y la añadía a la galería de imágenes de su móvil. Algunas, las más repugnantes, las colgaba en Internet. Un pirado, vamos. Pero era mejor estar con él que al otro lado. Porque, si no estabas con él, antes o después se fijaba en ti. Te miraba con esa sonrisita suya de enfermo, los ojos oscuros e inexpresivos como los de un pez. Y entonces comenzaba. Te daba una colleja, otra, la tercera un poco más fuerte. Insultaba a tu madre, amenazaba a tu novia. Te pedía, como si tal cosa, que le trajeses cincuenta euros. Y a la semana siguiente, otros cincuenta. Si no se los traías, te hacía limpiarle los zapatos delante de toda la clase durante el cambio de hora, o te rompía los libros, o te quitaba el teléfono y lo destrozaba.

Según Eme, eran los tipos como Julián los que lo estropeaban todo. Iban pidiendo a gritos que alguien los pusiese en su sitio. Siempre con los ejercicios hechos, con el cuaderno impecable, con dos o tres bolis y un lápiz bien afilado en el estuche de loneta heredado de sus hermanos mayores, y hasta una goma de borrar. Levantando la mano en clase sin fijarse en las miradas que le echaban sus compañeros. Haciéndose el listo, pobre infeliz. Un tío que, si hubiera tenido que sobrevivir por su cuenta, no habría durado ni dos días. La selección natural se lo habría cargado... Pura biología. Y sin embargo, allí estaba, dándose las de enteradillo, mientras todos, sus padres, los profesores, el sistema entero se esforzaban por protegerle y por sacarle las castañas del fuego. Eme decía que era una provocación en toda regla. Se ponía rojo al decirlo. Gallinas, decía. Débiles; todos apoyándose entre sí. Si las cosas fuesen como deberían ser, el sistema se desharía de esa gentuza y se pondría de parte de los que de verdad valen para algo. Eso decía Eme. Y Dani, en parte, le daba la razón. Si el sistema fuese de otra forma... Bueno, las cosas serían más fáciles para todos. Habría autoridad. A los que se pasasen, les pararían los pies. Los fuertes impondrían su ley, y todo el mundo

sabría cuál era su lugar. Por la mañana, al despertarse, uno no tendría que romperse la cabeza pensando en lo que iba a hacer ese día, en si estaba o no del lado correcto, porque no habría más que un lado.

De repente, la sonrisa de Alba interrumpió el hilo de sus pensamientos. Estaba en pie delante de él, a diez metros de la verja del patio. Era la chica más guapa del instituto. Era preciosa; pero hasta ese día nunca le había dirigido la palabra.

—Los sueños se cumplen a veces, ¿sabes? —le dijo ella, clavándole sus enormes ojos de color miel—. Supongo que debería darte la enhorabuena.

Se quedó aturdido, sin saber qué contestar. ¿A qué venía aquello de que los sueños se cumplen? No estaría insinuando que... No, ella nunca saldría con alguien de la banda de Eme. No era su rollo. Seguramente estaba siendo irónica. Le habrían llegado rumores de lo de Julián, y pretendía hacerle sentirse culpable con su sarcasmo. Tenía que ser eso... Sin embargo, él no se veía capaz de mostrarse sarcástico con ella.

—¿Te marchas? —acertó a balbucear al ver que ella pasaba a su lado y se encaminaba a la salida del aparcamiento sin mirar atrás—. ¿No vas a entrar en clase?

Alba no era de las que se fumaban las clases. Que él supiera, no lo había hecho nunca.

—Hoy no me encuentro bien —repuso—. Me voy a mi casa... Que tengas suerte.

Dani la observó alejarse, perplejo. El trimestre anterior, se había pasado semanas buscando la forma de acercarse a Alba, imaginándose lo que le diría para convencerla de que quedase con él. Puras fantasías... Eme le habría echado de la banda si hubiese empezado a salir con una empollona como Alba. Siempre que alguien mencionaba su nombre, soltaba alguna obscenidad. Dani se tenía que morder los labios para no protestar.

—Llegas tarde —dijo una voz rasposa a sus espaldas.

Dani se giró en redondo, sobresaltado. Era Eme. ¿Por qué no estaba en el aparcamiento, con los demás? ¿Ya habrían terminado?

—Siento el retraso —tartamudeó, mirando con timidez al líder de la banda—. ¿Qué ha pasado con Julián?

—A estas horas, va camino del Centro de Internamiento. El director protestó un poco, pero al final cedió. Más le vale callarse, si no quiere terminar haciéndole compañía a ese «pringao» un día de estos.

Dani se fijó entonces en la camisa negra que llevaba Eme, con una especie de insignia militar en el bolsillo. Su pantalón también era negro... Aquello parecía una especie de uniforme.

Eme siguió la dirección de su mirada.

—No te has puesto la insignia —gruñó en tono amenazador—. La próxima vez que aparezcas sin la insignia, te destrozo el hígado a patadas.

Una oleada de pánico erizó la piel de Dani hasta la nuca. La insignia... ¿De qué demonios estaba hablando Eme? Estuvo a punto de preguntárselo, pero se contuvo a tiempo. El tipo estaba más agresivo todavía que de costumbre y, a juzgar por la sonrisa con que le observaba, no parecía que hubiese nada capaz de contenerlo.

—Además, llevas las botas sucias —prosiguió el líder, implacable—. Cuando se lo cuente al Mando, verás: dos días de calabozo como mínimo. Oye, ahora no intentes limpiártelos... Me apetece ver al Mando cabreado contigo.

Dani se pasó una mano por la frente sudorosa y se fijó en sus botas. ¿De dónde habían salido? Esa mañana, al vestirse, se había puesto unas zapatillas de tenis, y no aquello... Con un escalofrío, su mirada fue ascendiendo por los pantalones negros hasta la camisa estrecha, del mismo color. Llevaba un uniforme exactamente igual al de Eme. Un uniforme que no había visto en su vida.

—Escucha, las Juventudes tenemos que dar ejemplo, ¿entiendes? —dijo Eme en un tono estridente y engolado que jamás le había oído emplear hasta entonces—. Ahora, somos el espejo en el que se mira toda la Nación. ¿Cómo quieres que esa panda de inútiles aprenda a respetarnos si llevamos las botas sucias y olvidamos en casa la insignia reglamentaria? «Patria y Orden»: esa es nuestra divisa. Y aquí no se tolera la desobediencia.

Dani inclinó la cabeza con humildad. Las palabras de Eme parecían sacadas de un mal videojuego, pero no daba la impresión de que el joven estuviese bromeando. Por detrás de ellos pasaron un par de tipos de unos veintitantos años, cuidadosamente afeitados y con unos extraños correaes cruzados sobre sus camisas negras. Los saludaron con el brazo en alto antes de desaparecer tras la esquina del edificio.

—Vamos, tenemos trabajo —gruñó Eme, sacándose un papel todo arrugado del bolsillo del pantalón—. Están interrogando a la de Naturales en el gimnasio. Pura pantomima, ya han decidido que la van a detener. Tú y yo la acompañaremos en el furgón hasta el Centro de Internamiento. El Mando ha ordenado que, al pasar por el patio, la empujemos varias veces, hasta que

se caiga al suelo. Las patadas déjamelas a mí. Ya sabes, es para dar ejemplo. Me encanta el Nuevo Orden. «La hora de los Fuertes»... Ahora todos van a saber cuál es su sitio.

Mientras arrastraba los pies camino del gimnasio, procurando seguirle el ritmo al entusiasmado Eme, Dani recordó como en un fogonazo las enigmáticas palabras de Alba. «Los sueños se cumplen a veces»... De modo que era a eso a lo que se refería. Justamente antes de encontrarse con ella, estaba pensando en todo lo que solía decir Eme sobre el sistema y lo que habría que hacer para cambiarlo. Por un momento, había deseado que el sueño de Eme se hiciese realidad. Y había sucedido. No entendía cómo, pero había sucedido. Solo que ahora, al ver las caras de terror de sus compañeros mientras recorría los pasillos junto a Eme, al fijarse en las faldas largas de las chicas, en sus estiradas trenzas y en la tristeza de sus ojos, empezaba a pensar que el mundo soñado por Eme no era el suyo. «La hora de los Fuertes»... Pero ¿quiénes eran los Fuertes? ¿Eme y él? No estaba demasiado seguro.

A la puerta del gimnasio se había formado una pequeña cola. Un par de docenas de alumnos, junto con algunos profesores, esperaban su turno para ser interrogados. Al pasar junto a la fila, Eme, sin dejar de mirar al frente, descargó una bofetada sobre el rostro de la joven profesora de Plástica, que se tambaleó por el golpe. Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, pero de su boca no salió ni un solo quejido. Los dos individuos uniformados que estaban apostados a la entrada de las instalaciones deportivas prorrumpieron en carcajadas.

—¡La mascota de la división! —dijo uno de ellos, poniéndole la zancadilla a Eme cuando este llegó a su altura.

El matón se estampó contra el suelo, mientras los dos individuos vestidos de negro redoblaban sus risas. Sin embargo, ninguno de los de la fila se unió a su jolgorio. A Dani ni siquiera le miraron... Eme se puso en pie lo más deprisa que pudo y, rojo como un tomate, atravesó a toda velocidad el umbral del gimnasio.

—Les gusta bromear —murmuró Eme, sonriendo forzosamente y sin dirigirse a nadie en particular—. Bromas entre hombres... Ya sabes, lo que se llama camaradería.

Dani asintió en silencio. El rubor de Eme demostraba bien a las claras que no se creía sus propias palabras. El gesto de aquel supuesto «camarada» solo había tenido como objetivo humillarle, y lo había conseguido. Sin embargo, Eme no se le había encarado. Ni siquiera había murmurado una frase de protesta, como habría hecho, por ejemplo, Julián. Se había limitado a sonreír

y a agachar la cabeza... Claro, aquello debía de formar parte del «Nuevo Orden». «La hora de los Fuertes»... El problema es que uno nunca es el más fuerte. Siempre hay alguien más fuerte que tú. Y ahora, con el Nuevo Orden, ya no estaban ahí las normas de convivencia del centro ni la Carta de Derechos de los Alumnos para protegerte. Ahora, el pez grande se comía al chico... Selección natural. Como solía decir Eme, «pura biología».

Al fondo del gimnasio, alguien había tendido una cortina sucia que separaba el área de interrogatorios del resto de la instalación. Cuando pasaron al otro lado de la cortina, Dani sintió que iba a vomitar. Laura, la profesora de Naturales, estaba escupiendo sangre en un pañuelo de papel, con un ojo morado y un chichón en la frente que le deformaba espantosamente la cara. Una mujer uniformada de negro la sujetaba por el pelo, mientras otros dos miembros de las Juventudes observaban a la mujer con aire divertido.

—No me encuentro bien —susurró Dani; y, empujando la cortina, atravesó a la carrera el gimnasio sin hacer caso de los gritos e insultos de su compañero. Al llegar a la salida, sintió que alguien le ponía la zancadilla y se cayó al suelo. El pánico que sentía le había embotado los reflejos, de modo que ni siquiera le dio tiempo a parar el golpe con las manos, y su nariz crujió al estrellarse contra el terrazo gris. El dolor era tan insoportable, que por un momento creyó que iba a perder el conocimiento.

—¿Qué haces aquí? —oyó que le preguntaba una agradable voz femenina—. Ahora no tengo clase con vosotros... Además, todavía es pronto. ¿Cómo has entrado?

Dani se sentó en el suelo y miró a su alrededor, desorientado. La puerta del gimnasio estaba abierta, pero en el interior no se veía ninguna cortina sucia que dividiese la habitación, y la fila de profesores y alumnos que esperaban su turno para ser interrogados había desaparecido. Junto a él, Blanca, la profesora de Educación Física, se había arrodillado en el suelo y lo observaba asustada.

—¿Dónde están los de las Juventudes? —le preguntó el muchacho, aferrándose como un crío a la manga de su chaqueta—. ¿Y los demás? El interrogatorio...

Blanca lo miró con preocupación.

—Dani, aquí no hay nadie más que yo. Falta todavía un cuarto de hora para que suene el timbre... Creo que estás un poco confundido.

La expresión aterrada de Dani se fue suavizando poco a poco. Durante unos instantes contempló los cordones de sus zapatillas deportivas con una ambigua sonrisa. La profesora tenía razón, allí no había nadie más; todo había

sido una especie de pesadilla, o una alucinación. No había otra explicación posible. A menos que... Recordó, estremeciéndose, las palabras de Alba a la puerta del patio, y entonces tuvo la certeza de que lo que acababa de vivir no había sido únicamente un sueño. Quizá, por el contrario, había sido lo más real que le había ocurrido en la vida.

Blanca seguía mirándolo con inquietud.

—¿Has tropezado? —le preguntó—. Te sangra la nariz... Eso tiene mal aspecto. ¿Puedes levantarte? Espera, voy a avisar a conserjería.

—No hace falta, estoy bien —le interrumpió Dani, poniéndose en pie de un salto—. Además, tengo un poco de prisa.

—¿Adónde vas? —le preguntó la profesora con suspicacia—. Oye, he oído rumores...

Se detuvo, indecisa, y Dani percibió una sombra de miedo en su mirada.

Sí, todos sabían que él pertenecía a la banda de Eme. Y todos temían a Eme. Ahora sabía perfectamente cómo se sentían.

—Tengo que ir a hablar con el jefe de estudios —dijo con decisión—. Van a darle una paliza a Julián... Es decir, íbamos a dársela. Ahí fuera, en el aparcamiento de bicicletas.

La profesora caminó junto a él por el pasillo lateral que conectaba el gimnasio con el cuerpo principal del edificio. Aún era temprano, pero ya había algunos alumnos en el vestíbulo. Iban vestidos como cualquier otro día del curso, y no les prestaron ninguna atención cuando pasaron por su lado.

—¿Por qué has decidido dar este paso? —le preguntó Blanca, deteniéndose de improviso—. Todos sabemos cómo es Eme; cuando sepa que le has denunciado, la tomará contigo. Hasta ahora, te consideraba su amigo...

—En realidad, no tenemos mucho en común —contestó Dani encogiéndose de hombros—. Antes creía que sí, pero ahora lo veo de toda manera.

—¿Y cómo lo ves? —preguntó la profesora con curiosidad—. Quiero decir, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Una especie de sueño; o de pesadilla, más bien. Algo que yo quería que pasara y que de pronto, no sé cómo, se cumplió... Pero entonces me di cuenta de que no era eso lo que de verdad quería.

Durante un rato, caminaron en silencio.

—Eme tiene mucha fuerza aquí, en el instituto —dijo por fin la profesora en voz baja—. Supongo que eres consciente de lo que estás haciendo...

—Eme es fuerte, pero no es el más fuerte —contestó Dani, tratando de dominar el temblor de sus piernas—. Siempre, seas quien seas, vas a



encontrar a alguien más fuerte que tú, ¿no? Pero, no sé, la fuerza no lo es todo.

—Entonces, ¿no le tienes miedo a Eme?

Dani se detuvo y miró a Blanca con una sonrisa que tenía algo de heroico.

—A lo único que le tengo miedo en este momento —murmuró— es a mi propio miedo.

# **LA LUCIÉRNAGA**

*por Elia Barceló*

Está considerada por la crítica y el público como una de las autoras de ciencia ficción y literatura fantástica más importantes de la lengua castellana. Aunque nació en Elda, Alicante, en 1957, reside en Austria desde 1981, año en el que empezó a escribir de manera profesional. Licenciada en Filología Anglogermánica y doctorada en Filología Hispánica, gran parte de su obra está traducida a 15 idiomas, incluido el esperanto. Ha publicado diecisiete novelas de distintos géneros y más de cuarenta relatos. Todo ello le ha valido, además, varios premios literarios.

Cuando oyó la llamada en la puerta de su despacho, Carmen Lozano echó una última mirada al formulario del Ministerio de Educación que estaba terminando de rellenar —aún le faltaban los porcentajes de alumnado de origen extranjero en el centro y un par de detalles más— y fue a abrir.

Iba a ser una reunión pequeña y esperaba que también rápida, porque les había pedido que vinieran después de la última clase de la mañana y no quería quitarles mucho tiempo. Cuando se hubieron sentado los cuatro profesores, fue directamente al grano.

—El padre de Rodrigo Fuentes me ha enviado esta carta en la que se queja formalmente de acoso a su hijo. No sé si sabéis que me ha telefoneado varias veces y siempre me las he arreglado para explicarle que estaba equivocado; pero ahora lo ha puesto por escrito y me amenaza con acudir a una instancia superior si no cambian las cosas. Como comprenderéis, no puedo pasarlo por alto y por eso os he pedido que vinierais, a ver si entre todos podemos aclarar el asunto. Yo no conozco al chico personalmente y necesito vuestra opinión.

—Ese mocoso es un empollón, un pedante y un bocazas —dijo inmediatamente Ricardo, el profesor de gimnasia—. ¿De qué se queja, a ver? ¿De que no lo invitan a las fiestas de cumpleaños?

—Su padre dice que Rodrigo no tiene muchos contactos entre sus compañeros y concede que eso puede deberse en parte a que sus intereses son muy distintos de los del resto de la clase, pero no nos culpa de eso, claro. De lo que nos culpa es de que los profesores favorecen la actitud de la clase y no pierden ocasión de ridiculizarlo y humillarlo públicamente —leyó de la carta.

—Ese tío está mal de la olla.

—¡Ricardo, por favor! Sabes perfectamente que nos hemos comprometido a que en este centro no se use jamás ese tipo de expresiones...

—Ya. Ni nada que pueda sonar a discriminatorio, ni políticamente incorrecto, ni chorradas similares, ya lo sé; pero estamos entre nosotros, ¿no? No tenemos que quedar bien con nadie; podemos hablar claro.

—Pues habla.

—Rodrigo Fuentes, «Caraculo», como lo llama todo el mundo cuando tú no estás por allí, es un empollón, un redicho, un repipi insoportable que se escaquea de clase de gimnasia en cuanto puede porque no le gusta jugar al fútbol, ni se siente cómodo en cuanto se trata de hacer lo que sea en equipo.

—Pues, según esta carta —insistió la directora—, la lesión del tobillo se la hizo, o más bien se la hicieron, jugando al fútbol.

—Porque, como no tiene ni idea, se tropezó con otro chaval en un pase y se torció el tobillo. Esas cosas son normales en el deporte, ¿sabes? Pero, claro, el papaíto, que debe de ser del mismo estilo que su precioso hijo, no lo entiende.

—Aquí dice que fue intencionado, y que no es la primera vez.

Ricardo soltó un bufido y no contestó.

—Venga, opiniones, ¿qué pasa con ese chico? —preguntó Carmen, mirando a los presentes.

—Nada, mujer, ¿qué va a pasar? —dijo Isabel, la profesora de inglés—. Que el chico es muy inteligente, y trabaja mucho, y eso no cae bien en la clase. Siempre tiene la mano levantada, contesta a todo, escribe trabajos extra... cosas así.

—De sobresaliente en todo —añadió Lola, la de lengua y literatura.

—Menos en gimnasia —masculló Ricardo.

—Cada uno tiene sus puntos flacos —intervino Tomás, el de física—. Y yo no sé si de verdad es tan malo en gimnasia, pero va a la piscina y es buen nadador.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Lola.

—Porque cuando lo estuve preparando para las Olimpiadas de Física el año pasado, tuvimos mucho contacto. Y el chaval es buenísimo. Sacó un segundo puesto europeo.

—¿No os digo que es un empollón? —insistió Ricardo.

—No, no es eso, Ricardo. Es que es muy inteligente y se interesa por todas las asignaturas. Y habla muy bien.

—Sí, labia no le falta al muy imbécil. Cada vez que abre la boca, me dan ganas de darle de hostias.

—¡Ricardo! —la directora sonaba escandalizada.

—Pero no lo hago, Carmen. Te juro que no le he tocado nunca un pelo de la ropa.

—Pero lo has puesto a correr por el patio cuando los demás ya se habían ido a cambiarse.

—Porque le falta resistencia. Como se pasa la vida entre libros y delante del ordenador...

—Bueno, ¿qué os parece que hagamos?

Todos se encogieron de hombros.

—Su padre también se **queja** de que el nivel en las clases es ínfimo, que no se cumplen los programas previstos, para poder adaptarse a las necesidades de los alumnos de menor rendimiento, y que no se han tenido en cuenta las protestas formales de Rodrigo. ¿Sabe alguien de qué protestas habla?

Isabel se removió en la silla.

—Vino a quejarse un par de veces de que estamos repasando otra vez las formas en —*ing* porque la mayor parte de la clase aún no las tiene claras. Ya sé que en primero de bachillerato es una barbaridad, pero ¿qué voy a hacer? Si no tienen base, no puedo avanzar. Cuando se quejó la tercera vez, le dije que eso es asunto del jefe de estudios y lo mandé a Ignacio.

—¡Vaya por Dios! No se me ha ocurrido llamarlo a él. ¿Se ha quejado a alguien más?

—A mí también —dijo Lola—. Dice que los debates en clase son infantiles y ridículos. Y lo peor es que no le falta razón, pero es lo que hay. Y como él se expresa tan bien y tiene tanto vocabulario, asusta a los demás y entonces ya no abre el pico nadie. Estuve hablando con él, le aconsejé que intentase al menos adaptar un poco su vocabulario al de sus compañeros, y me dijo que resultaba indignante que la profesora de lengua le hiciera esa sugerencia. La verdad es que me fastidió bastante. Yo también quisiera que el nivel fuera mejor, pero tenemos que trabajar con lo que nos llega. No puedo obligar a todo el mundo a leer una novela a la semana, o dos, como hace Rodrigo.

—Sí. No se le cae el libro de las manos al muy cretino —dijo Ricardo, mirando ostentativamente el reloj—. Pero, a lo que íbamos... ¿dónde cono está el acoso? Yo seré un ignorante, pero siempre he creído que el acoso es cuando a una chica tratan de violarla, o cuando insultan a alguien por ser negro o chino o musulmán o maricón, o cuando le dan de hostias a un crío más pequeño o cosas así, ¿no? Y eso aquí no pasa. ¿Que no lo invitan a las fiestas o lo llaman «Caraculo» o no le jalean los éxitos en física? ¿Y qué? La vida no es un camino de rosas. Y para ser un hombre hay que aprender a defenderse, o a tragar. Además —añadió mirando a sus compañeros—, ¿para qué vamos a engañarnos? A nadie nos gusta ese niñato, ¿no?

—A mí, sí —dijo Tomás—. Ojalá tuviera más alumnos como él. Interesado, educado, inteligente, sensible...

—Sois tal para cual —zanjó Ricardo—. Un par de antiguallas. Tendríais que haber nacido en el siglo XIX. Bueno, Carmen, yo me voy a comer, que a las cuatro tenemos entrenamiento.

—Prométeme que no volverás a meterte con él.

Ricardo se volvió hacia ella desde la puerta con una sonrisa llena de dientes.

—No voy a tener ocasión. Me ha traído un certificado médico que lo libera de gimnasia hasta junio. Acoso... ¡Ja! ¡No me hagas reír!

—Sí —dijo la directora—, la verdad es que yo también encuentro excesivo llamar acoso a esas chorradas.

—¿Y qué tendría que pasar para que lo tomemos en serio? —preguntó Tomás cuando ya las mujeres estaban recogiendo sus bolsos—. ¿Queréis esperar hasta que un día se le crucen los cables y se suicide? ¿O que a alguno de los salvajes que todos conocemos se le ocurra animar a sus amigos a liarse a pedradas con Rodrigo hasta romperle la crisma? ¿Tenemos que llegar a eso para que os toméis en serio el problema?

—No dramatices, Tomás. Ni ha pasado nada ni pasará; tú, tranquilo —zanjó la directora.

Al cabo de unos minutos, se disolvió la reunión. Carmen prometió tenerlos informados de lo que decidiera, se sirvió un café y pidió a la secretaria que hiciera pasar a Rodrigo Fuentes, que llevaba ya un buen rato esperando en el pasillo.

Después de todo lo que había oído sobre el muchacho, le llamó la atención que no respondiera a la imagen que se había formado del empollón del centro. No era muy alto, pero tenía los hombros anchos, un par de granitos de acné en la nariz, pelo corto, y bastante buen aspecto. No llevaba gafas, como ella suponía. Lo que sí llevaba era una muleta y el pie derecho escayolado.

Al cabo de unos minutos de conversación, Carmen estaba pasmada. El chico parecía adulto, aunque solo tenía dieciséis años, y se expresaba mejor que la mayor parte de sus profesores. No era solo lo que decía.

Rodrigo se quedó mirándola, perplejo.

—¿Me está diciendo que la culpa es mía, por ser como soy, por negarme a ser como esos maleducados de mi clase? Ese es el típico argumento despreciable, que incluso han usado algunos jueces en este país frente a víctimas de violaciones, aconsejándoles que se vistan de un modo más

discreto, que no se pongan minifaldas, ni lleven escotes ni pantalones ajustados, porque, si se empeñan en hacerlo, están incitando ellas mismas a la violación. ¿Es eso lo que me quiere decir, doña Carmen? ¿La he entendido bien? ¿Está disculpando a los acosadores, tanto compañeros como profesores, diciendo que yo me lo he buscado por sacar buenas notas, tener ambiciones y ser un buen estudiante?

La directora rechinó los dientes.

—En este centro nos preocupamos de que no haya acosadores, Rodrigo. Tenemos alumnos de todas las clases sociales, de distintas religiones, de varios colores de piel. Nunca he permitido comportamientos ni expresiones racistas, machistas ni discriminadoras por razón de sexo, de religión, de nada de nada.

—Es que los españoles blancos, inteligentes, heterosexuales, de clase media, no tenemos *lobby*, doña Carmen —contestó Rodrigo, perfectamente serio.

La directora apretó los puños bajo la mesa. Aquel mocoso estaba empezando a exasperarla. Solo el recuerdo de Ricardo y el deseo de no parecerse a él la retenían de levantarse y darle una bofetada. Ni ella misma comprendía qué había en aquel muchacho que la sacaba de quicio de esa manera; tenía que reconocer que era el alumno más respetuoso con el que había hablado en mucho tiempo. Incluso la llamaba doña Carmen, sin sombra de ironía. Inspiró hondo antes de contestarle.

—Mira, Rodrigo, yo puedo intentar hacer algo contra la violencia, contra la discriminación de género, de raza, de orientación sexual... Tú sabes que son temas que se tratan exhaustivamente en muchas asignaturas —el chico cabeceó, asintiendo—. Pero no sé qué puedo hacer en tu caso. Tu padre, en su carta, lo llama acoso, pero ¿qué quieres que te diga? Yo, lo único que veo es que no les caes bien a tus compañeros, por lo que sea; que quizá tampoco caes bien a algunos de tus profesores, pero todas tus notas son excelentes; no puedes quejarte de que sean injustos a la hora de calificar...

—Perdone que la interrumpa, doña Carmen, pero ¿y los comentarios dirigidos a intentar ponerme en ridículo en público, porque toco el piano, por ejemplo, en lugar de ser una estrella del fútbol? ¿Y las risitas, los motes, el darme la espalda siempre, a propósito; y el que los profesores no me dejen contestar a las preguntas de clase, haciendo caso omiso de mi mano alzada? ¿Y los comentarios hirientes sobre mi participación en las Olimpiadas de Física? Tony Ferrer ganó un torneo provincial de tenis y lo felicitó todo el

colegio; yo quedé segundo a nivel europeo y no solo nadie me ha felicitado, sino que se han dedicado a burlarse de mí. ¿Eso no es acoso, en su opinión?

—Rodrigo —dijo la directora al cabo de unos segundos—, está claro que eres un alumno muy brillante. Eso puede crear envidias, ¿comprendes? Hay personas, sobre todo en la etapa de la adolescencia, cuando aún no están formadas del todo, que no soportan bien el que otro brille más. Compañeros a los que a lo mejor les molesta que seas una luciérnaga, por decirlo de modo metafórico.

—Las luciérnagas no le hacen mal a nadie.

—Pero brillan.

—No es culpa suya. Han nacido así.

La directora apretó los labios, sin saber qué decir. Rodrigo continuó, después de pensarlo un momento.

—Entonces, en su opinión, el comportamiento de los compañeros y el de los profesores es una simple consecuencia de que soy una luciérnaga o, por decirlo de otra forma, la oveja negra del grupo, o más bien la blanca entre las negras. Pero como se trata de una reacción natural a algo que yo no puedo cambiar, no hay salida, ¿no es eso?

—Podrías tratar de brillar un poco menos. Eso está en tu mano. Como ya te he dicho, no veo qué puedo hacer yo para evitar que te den de lado o que hagan comentarios que no te gustan. Eso es un asunto personal, Rodrigo; lo mires por donde lo mires, eso no puede considerarse acoso.

—¿Y la fractura del tobillo? ¿Es eso lo bastante violento para que sea de su incumbencia?

—Eso fue un accidente deportivo. Me lo acaba de con firmar Ricardo Tejeda.

—Claro.

—¿Cómo que «claro»?

—No iba a decirle a usted que mientras me daban de patadas, él estaba en el bar, tomándose un carajillo con el silbato colgado del cuello.

—Esa es una acusación muy grave, Rodrigo.

—La mantendré donde sea necesario. Hay muchos testigos de que es un comportamiento habitual en don Ricardo.

Se miraron unos instantes y Carmen acabó por bajar la vista. Estaba deseando quedarse sola.

—Bien, Rodrigo —dijo por fin—. Creo que ya me he hecho una idea de la situación. Lo pensaré y veré qué se puede hacer, pero de momento, la verdad, lo único que se me ocurre es que quizá este no sea el instituto adecuado para



una persona de tus capacidades. ¿No habéis pensado nunca, tú y tus padres, que tal vez sería mejor que acudieras a una escuela para superdotados?

Rodrigo la miró, de nuevo perplejo.

—Yo no soy un superdotado.

La directora puso las notas de Rodrigo sobre la mesa y golpeó el papel con el índice.

—A la vista está.

—Yo trabajo mucho para conseguir esas notas, doña Carmen. No me caen del cielo.

La palabra «empollón» se formó como una burbuja en el cerebro de la directora y se fue hinchando hasta que estalló por sí sola.

—Sin embargo, creo que sería la mejor solución.

—La huida como mejor solución. ¿De verdad no hay nada que usted, como directora de este instituto, pueda hacer?

Estuvo a punto de preguntarle si él tenía alguna sugerencia, pero enseguida pensó que eso sería rebajarse a pedirle consejo a un alumno de dieciséis años, se mordió los labios y guardó silencio.

—La semana que viene, si tus padres pueden, me gustaría hablar con ellos.

—Cuando usted quiera, doña Carmen. Muchas gracias.

El chico se levantó, le tendió la mano, que ella estrechó automáticamente sin pararse a pensarlo, y salió cojeando del despacho. «¡Pero qué repipi es este niño!», fue lo único que se le ocurrió pensar en el momento en que se vio sola.

Ya había vuelto al formulario que tenía que terminar, cuando un estrépito procedente de las escaleras la hizo salir corriendo del despacho a ver qué había sucedido. Rodrigo estaba tirado en el suelo, al pie de la escalera, con la cara desfigurada por el dolor, mientras una de las señoras de la limpieza trataba de ayudarlo a ponerse en pie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carmen desde arriba mientras, por el rabillo del ojo, trataba de reconocer a dos chicos que acababan de salir corriendo hacia el patio.

—Que con la muleta y tal, el chaval ha debido de resbalarse en las escaleras y se ha caído, pero con tan mala pata que se ha vuelto a estropear el tobillo de la escayola —dijo la mujer.

—Voy a llamar a tu casa para que te recojan, Rodrigo. Siéntate ahí en el banco hasta que lleguen.

—Llame a un taxi, por favor —dijo Rodrigo, apretando los dientes y apoyando la cabeza en la pared—. Mis padres trabajan los dos.

Al llegar a casa, con el rostro desfigurado por el dolor, Rodrigo se encontró con una nota de su padre: «Volveré tarde. No me esperes para la cena. Reunión de urgencia. Besos». Su madre, que era flautista en la orquesta provincial, tampoco volvería hasta la medianoche.

Cojeó hasta el baño, sintiendo el dolor del tobillo como esquirlas de vidrio que se clavaran en la carne. Estaba mareado y furioso. Se sentía impotente, perdido, ridículo. Le habría gustado tener a alguien a quien llamar, algún amigo a quien contarle lo que había pasado en el despacho de la directora, pero no había nadie. Su hermano mayor estudiaba en los Estados Unidos y ahora estaría durmiendo. Y no podía llamar a su abuela, a Córdoba, para contarle algo así.

Con manos temblorosas, sacó las pastillas que el médico le había dado hacía unos meses para el dolor de la muela del juicio; eran bastante fuertes y ayudarían un poco. No se le iba de la cabeza la expresión de desprecio, casi de asco, de la directora, como si él fuera un bicho raro que le iba a estropear la estadística y la reputación del centro. Aquella estúpida no se daba cuenta del esfuerzo que suponía levantarse todas las mañanas para ir a aquella clase donde nadie lo aceptaba como era, de lo estéril que le parecía a veces estudiar y preparar los trabajos para que luego nadie lo felicitara por una buena nota, de lo solo que se sentía siempre, sobre todo los viernes, cuando oía a los demás haciendo planes para fiestas y discotecas y sesiones de cine a las que nunca estaba invitado. Todos hablando a través de él, como si fuera transparente.

Solo quería dormir. Dormir varios años de golpe y despertarse ya adulto, universitario. Poder vivir su vida sin humillaciones, sin miedo, dando lo mejor de sí mismo en un trabajo que hubiera elegido él. Poder acercarse a una chica y que no lo llamara «Caraculo» o pusiera excusas imbéciles para decirle que no. Solo quería dormir. Así que volvió al baño, cogió el frasco de somníferos que sus padres guardaban para casos de urgencia, y se lo llevó al cuarto. No sabía cuántas pastillas harían falta, pero el tobillo le dolía tanto que pensó que con una no sería suficiente.

Escribió una nota y la dejó en la mesita de noche: «Me he tomado dos Voltarenes para el dolor del tobillo y dos somníferos. Necesito dormir. Mañana os lo cuento todo. Besos».

A punto ya de quedarse dormido, pensó que no había leído en el prospecto si los dos fármacos eran compatibles, pero era tan agradable la sensación de

deslizarse hacia la nada, que se limitó a arrebujarse entre las sábanas y sonreír. Tenía muchas horas de sueño por delante. Muchas, muchas horas de felicidad en las que nadie lo acosaría.

En cuanto se marchó el chico en el taxi, la directora bajó cuidadosamente las escaleras hasta el peldaño donde aún quedaba una mancha de algo oleaginoso, como aceite de motor. La tocó con el dedo y se lo limpió inmediatamente en el pañuelo. ¿Un accidente? Muchos de los alumnos llegaban a clase en moto. ¿Una broma? El pobre chaval habría podido desnucarse. Si era una broma, no tenía ninguna gracia. Se quedó un momento más en la escalera, pensando qué hacer.

—¡Elena! —gritó por fin—. Haga usted el favor de limpiar este peldaño, no se nos vayan a descalabrar los alumnos, ¿quiere?

Volvió a su despacho a terminar el formulario y, en la pregunta sobre incidencias de acoso en el centro, después de pensarlo unos segundos, marcó la opción «Ninguna». No iba a ensuciar la imagen de su instituto por un par de tonterías. Aquello no se podía llamar acoso. Y al fin y al cabo, no había pasado nada. Luego hizo una inspiración profunda, abrió la ventana y se encendió un cigarrillo. Después de todo, el director del centro, en ciertas circunstancias, puede permitirse ciertos privilegios, pensó, inspirando el humo golosamente

# **MORAÍTO COMO UN LIRIO**

*por Gonzalo Moure*

A Gonzalo le preocupa mucho el mundo que le rodea, tanto que no le tiembla el pulso, dentro o fuera de sus páginas, a la hora de defender las causas que otros dan por perdidas. Gonzalo cree que el futuro de este mundo está en los niños. Cuando no está con la mirada perdida en el océano, es fácil encontrarle releendo la *Odisea*, su libro preferido. Nació en Valencia en 1951, vive en Asturias, pero su corazón está en el Sahara, con el pueblo saharauí.

El primer mandamiento es no levantarse, vencer a la luz con la voluntad de tinieblas, pero nunca lo logra, nunca lo ha logrado. Si le hubieran dicho que no se tenía que levantar más, se habría instalado en la oscuridad sin inmutarse. Si al menos le hubieran dicho levántate, habría resistido, tal vez lo habría logrado. Eso sí que le importa. Que le den órdenes, que le digan ahora, que le digan haz esto. Pero a nadie le importa que se levante o no se levante.

Mide el mundo por las rendijas de la persiana. Es áspero y frío. Es un lugar ajeno y siente que algún día no lo fue, que ese mundo era un territorio conocido y hasta placentero, pero que eso tal vez fue antes de nacer, en un tiempo en el que no había divisiones, día y noche, noche y día. No cuenta los golpes, no cuenta las noches sin dormir, ni tampoco las cicatrices. Huele a agrio en el piso y se respira un aire muchas veces respirado, agotado y ya inservible, y ese no es el aire del mundo que entonces habitaba y que no era ajeno ni frío ni desconocido.

Se levanta por fin. No porque deba, sino porque quiere escapar. Siempre lo hace con el pie izquierdo al tiempo que se santigua con la mano derecha, pero hoy pone despacio los dos pies en el suelo y se agarra con las dos manos al borde del somier. No pasa nada. Sale del cuarto, el grifo de la cocina gargajea y de vez en cuando suelta aire, pero no agua. Está cortada. La luz no, esta vez no. En el espejo del cuarto de baño hay un extraño y el extraño está en el espejo, *que el cuerpecito lo tengo moráito como un lirio, y si Dios me diera la muerte acaba rían mis martirios*. Son unos tientos, pero él no lo sabe porque no sabe nada de música, ni mucho menos que los cantaba Camarón. Lo oyó una vez en la radio del patio y se le quedó dando vueltas para siempre en la cabeza porque entonces era él el que tenía el cuerpecito como un lirio, sí, y porque también él quería mejor estar muerto que castañeteando los dientes de miedo, porque sí, de esa forma acabarían sus martirios. *Que el mío cogeré, que el mío cogeré, sigue tú por tu camino, que yo el mío cogeré*.

Su padre ronca y duerme y dormirá roncando con un brazo peludo colgando y un reloj falso brillando como brilla el oro falso, con la correa a medio desabrochar. El brazo que mide la longitud del mundo. El brazo que sostiene la mano, la mano que a veces se cierra. Ya no le da miedo, la suya es

igual de grande. Padre duerme, madre no. Madre finge que duerme, o se engaña a sí misma, también para no sentir y para no saber.

No hay casi nada en la nevera, tampoco mucho en el cajón del pan. Roe. Bebe un poco de leche, no le gusta la leche, y esta menos porque está agria. Una vez recogió un gato chiquito y guapo de la basura y lo estuvo criando a biberón y llegó su padre y lo cogió con su mano izquierda y lo desnucó contra el banco de la cocina y lo metió sin más en el cubo de la basura. Cada vez que abre el armario de la cocina en el que está el cubo, se acuerda y piensa que todos los gatos murieron el día en que murió el gato chiquito y guapo. Una semana más tarde encontró en los solares de las Casas de Guerra otra carnada y estuvo matándolos como un reloj de iglesia dando las campanadas, sus cabezas contra una piedra, uno a uno y así hasta seis. El segundo mandamiento es matarás como tu padre. El tercero es no te importará la muerte ajena. *Déjame vivir mi sino, que yo disfruto con él.*

Sale de casa. Una liberación. Hace frío y llueve a veces. La gente tiene prisa y en los bares no hay más que viejos de piel enrojecida y ojos perdidos. Todos los viejos tienen los ojos azulados, de un azul sucio y ausente. Verlos le provoca arcadas. Ese es el cuarto mandamiento: no envejecerás. Así que, para no verlos en sus banquetas y en sus codos doblados sobre la barra con el cigarrillo colgando del labio muerto, se va al instituto.

Es un instituto feo y soso que no tiene ni nombre, solo el nombre del barrio. No le gusta el barrio, pero sobre todo no le gusta el instituto, le produce una rabia sorda y honda, pero cuando no va llegan los problemas. En casa y en el instituto. Y sobre todo cuando le obligan a ir con su madre. Se avergüenza de ella, odia que le vean junto a ella. Quiere parecer digna, una señora. Se troncharía de risa si no le diera tanta vergüenza. Ella habla y habla con el tutor, bla bla bla. Lo que sea por no oírle decir es un buen chico. Un buen chico es un cartel pegado a su espalda, una diana. El quinto mandamiento es nunca serás un buen chico. El sexto, odiarás a los buenos chicos.

Desprecia a su madre, desea que se vaya, que desaparezca. El séptimo mandamiento es despreciarás a tu madre como tu padre desprecia a su mujer y como ella se desprecia a sí misma. Sabe que volverá a casa y se beberá un cartón entero de vino y que cuando él llegue no habrá comida en la mesa y se tendrá que cocer un poco de pasta oyendo sus quejidos indignos.

Ya está dentro. Una pesadilla, chicos y chicas que ni le miran y que parecen saber adonde van. Por eso se acerca a los que tampoco saben, se dejan llevar por la corriente, se meten en el aula y él con ellos, al menos no

hace frío. Empieza la clase y mira a los que escriben y escuchan al profesor, mira sus cabezas idiotas, moviéndose al son que marca el profesor. Cómo sonaban las cabezas de los gatitos contra la acera, chac, uno, chac, dos, chac, tres. Y así hasta seis. Chac chac chac chac chac chac. No se le ha ido nunca ese sonido húmedo de la cabeza. Aquella tarde se encerró en el baño a llorar y fue la última vez que lloró porque de repente sintió ganas de abrazar a alguien y salió del baño y encontró a su madre en la cocina mirando perpleja tanto cacharro sucio en la pila y se abrazó a sus piernas y la falda olía mal pero aun así se puso a llorar de nuevo y ella se rió como si alguien hubiera dicho algo gracioso al otro lado de la ventana y de pronto empezó a pegarle bofetadas para que dejara de llorar, *moraíto como un lirio, moraíto como un lirio, mi cuerpesito lo tengo moraíto como un lirio, si Dios me diera la muerte ay Jesús qué alivio*. El octavo mandamiento es no llorarás nunca jamás, así te saquen las tripas y las pongan en la sartén, amén.

Acaba la clase y el profesor se acerca. Le invade, le echa el aliento. Le pregunta cosas que no oye, le devuelve el aliento y la mirada vacía. El profesor sonrío con una tristeza que se agarra a las tripas, todos van saliendo y él se queda inmóvil, no puede siquiera levantarse sin empujar al profesor, y aunque querría hacerlo no se atreve. Mira hacia los lados buscando ayuda, pero solo ve los ojos del indio, el empollón, el soso, el flojo, el marica, el santito. El profesor intercepta su mirada. Viejo, viejo, viejo, repite la letanía, *sigue tú por tu camino, que yo el mío cogeré, déjame vivir mi sino, que yo disfruto con él*. Su brazo asoma por la manga de la camisa y es peludo y le recuerda al de su padre, porque todos los brazos viejos son iguales y él no quiere que el suyo llegue a ser así nunca, seco y peludo. Es el noveno mandamiento: no confiarás en palabra alguna. Aquella guitarra que sonaba volando por las ventanas y la ropa colgada decía que su cuerpo entendía los golpes y no las palabras. Oye la palabra expulsión y ni le roza, no la escucha siquiera, y después la palabra director y suena como el traqueteo del tren, pero no tiene significado. O sí, sabe lo que le viene encima.

Silencio. El profesor se siente satisfecho y se aparta y él se levanta, no pasa nada, nada pasa. Se vuelve, el profesor está ya en la mesa, metiendo papeles en su mochila ridícula. Sale de la clase y los oídos le zumban. El pasillo es largo y estrecho, está lleno de luz gris y de sombras sin color alguno. Avanza y espanta las palabras que no ha escuchado y no quiere escuchar. Al final del pasillo, junto a la puerta del gimnasio, el grupo de sus colegas rodea al indio, al soso, al marica, al blando. Se ríen y el indio gimotea, pero nadie se atreve a hacer con él lo que hay que hacer. Él sí. En su

cabeza resuenan los tientos, *moraíto como un lirio, rnoráito como un lirio está el cuerpesito mío*. Una vez en el mundo no hubo ni bien ni mal, ni ayer ni mañana. Era un tiempo feliz sin culpa ni perdón, pero él no lo recuerda, no había padre ni tampoco camino porque el hombre tenía la paz en todas las cosas y en todos los destinos. Entonces no había golpes ni recuerdos diminutos que pesan en la mente como puños de plomo.

Se abre paso. Él sí que se atreve. El indio le mira con ojos de cordero degollado.

El décimo mandamiento es odiarás a todos como a ti te odian, y encierra todos los demás mandamientos.



# **PELO PAJA**

*por Rosa Regàs*

En su web, confiesa que es pelirrojo y mide 1.70. que tiene ojos claros y la piel de lagartija. Que nunca lleva anillos o etiquetas. Reconoce que su expectación, como su irratibilidad, no tiene límites. Afirma que solo izaría una bandera si estuviera prohibida. Apunta que detesta el acordeón y el doblaje; que le gustan el desierto y la selva, la lluvia y la sequía, el frío y el calor, la música de cámara, la ciudad, las sábanas de hilo, las moras negras y el arroz a banda. No recuerda haberse aburrido jamás. Solo le gustaría volver a los 20 años para andar día y noche en minifalda. Nos recuerda que como todos, arrastra su pasado, y sabe que el día de mañana ya es hoy.

No soy capaz de recordar cuándo comenzó la historia de mi pelo rubio, casi blanco. «¡Pelo de estopa, pelo de paja!». Así es como me llamaban a gritos las niñas del internado tantas veces al día que llegué a creer que había nacido con este nombre insultante. Es cierto que mi pelo parecía de estopa, y es cierto que tenía, y todavía tiene, el color de la paja, igual que el de mis cejas y muy parecido al color de mis ojos, claro y desvaído, un color que no soportaba la luz y me obligaba a tener casi siempre los párpados entornados. Me increpaban, me insultaban, incluso me pegaban y me hacían caer al suelo a base de empujones y de zancadillas o metían en mi pupitre asquerosos escarabajos, huesos de pollo que habían escondido en la comida, o manchaban mis libretas con sus garabatos o con el barro del jardín.

Siempre con risas, siempre con su canción: «¡Pelo de estopa, pelo de paja!». Nunca las veía una monja y yo no me habría atrevido por nada del mundo a hablar, ni a quejarme, ni a protestar. Me veo a mí misma llorando primero, haciendo pucheros más tarde, escondiéndome después, odiándolas siempre, de tal modo que andaba por los rincones del colegio buscando una sombra que no existía para esconderme de miradas y voces siempre presentes en mis oídos y en la amargura de mi corazón, pero no sé lo que pensaba, solo puedo recordar esa inmitigable y constante ansia de huida y el miedo, un miedo profundo y constante que a todas horas del día y de la noche se transmitía a los miembros de mi cuerpo tembloroso. Miedo a encontrarme con alguna niña por los oscuros pasillos, miedo a estar en la fila con las demás, o en la sala de estudio, o en el dormitorio, y al levantar los ojos descubrir sus medias sonrisas que pregonaban en voz más alta todavía que la canción aquellas palabras que tanto me horrorizaban. Miedo a dormirme y soñar con ellas, miedo a despertarme y encontrarlas a mi lado: «Albina cegata, estopa, pelo de paja».

No tenía amigas, me habría gustado tenerlas, pero me alejaba de las niñas que por pena o curiosidad se acercaban a mí por miedo y tampoco me atrevía a jugar con ellas en las horas de recreo porque estaba segura de que en algún momento se pondrían a cantar la terrible canción.

Me habían llevado a ese colegio de las afueras de Sigüenza a una edad que no recordaba. Era como si hubiera nacido allí, y allí me quedaba incluso durante las vacaciones porque mis padres, me dijeron, habían muerto en un accidente y se había hecho cargo de mí la Administración en nombre de mi única pariente, una abuela in válida a la que apenas recordaba, que no podía ocuparse de mí porque estaba en una residencia. En el colegio había unas cien niñas, por lo menos la mitad de mi propia edad. Y cuando la monja me obligaba a dejar de caminar sola por el perímetro del patio porque decía que yo era una persona retraída y enfermiza a la que convenía la compañía de las otras niñas, me limitaba a dejar pasar la pelota, a correr sin ánimos en las carreras, a mantenerme callada cuando se trataba de cantar el corro de la patata. «Albina cegata, estopa, pelo paja. ¡Tira la pelota, pelo paja! ¡No te duermas, ya está la albina dormida! ¡No queremos que pelo paja vaya con nosotras, con ella siempre perdemos!».

Tampoco hablaba con nadie, cuando ya un poco mayores comenzamos a hacer deberes en la gran sala de estudio, a prepararnos para ir a las clases superiores, me limitaba a estudiar y a leer sin prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor, y cuando respondía a las preguntas de la profesora o de la monja, miraba directamente a la pizarra para eludir aquellas medias sonrisas y aquellas voces susurrantes que la monja parecía no oír pero que a mí me taladraban el alma. En mi borroso recuerdo de aquellos años solo permanece un miedo doloroso que parecía eterno, como si estuviera dispuesto a morir conmigo. Pero, en cambio, desapareció de repente cuando ya debía de tener unos trece años, dejando mi conciencia libre y bañada en un fulgor de encantamiento que no había conocido jamás. Y ocurrió por un hecho casual que se produjo sin que yo apenas lo provocara. Así es como lo recuerdo:

Estábamos en el patio a la hora del recreo de la mañana. La monja me había obligado a jugar a un juego colectivo que llamaban «a matar», un juego en dos bandos que consistía en tirar la pelota y dar a matar, es decir, tocar a alguna de las del equipo contrario procurando que no cogiera la pelota con las manos. Una de las chicas del equipo contrario disparó contra mí y yo, en un gesto instintivo, cogí la pelota con las manos y me dispuse a lanzarla con tan poca energía como tenía por costumbre. Pero la chica a la que me dirigí, la que tenía más cerca, comenzó a jalearme y a cantar una canción que algunas otras me habían cantado ya: «Las pelo paja no tienen madre, las pelo paja nacen debajo de una col». Yo, que había abierto un poco los párpados porque me disponía a tirar, al ver su cara risueña y burlona, lancé la pelota, una pequeña pelota como las de tenis, con tanta fuerza y tan directa a la cabeza de

la chica que la dejé tumbada en el suelo sin conocimiento, no sin antes haber descubierto en el último instante la expresión de terror de su mirada.

Hubo un gran revuelo y los insultos fueron feroces, pero nadie me llamó pelo paja, ni cegata, ni huérfana, tal vez porque no les parecía suficiente insulto para calificar lo que consideraban poco menos que un intento de asesinato. Rabiosa, mala persona, asesina, loca, incluso borracha, el estado menos común y conocido en aquel internado de monjas. Pero mi miedo había desaparecido. Se hizo de pronto la luz en mi entendimiento como si desvelara el camino a seguir para hacer frente a la mofa y a la burla y a la sumisión, y conservar esta paz ausente de la realidad que me envolvía en aquel momento. El castigo no se hizo esperar, pero no fue tal para mí porque consistía en una semana de incomunicación y alejamiento que me dio la oportunidad de seguir pensando y solazarme con el cambio que se había producido en el oscuro firmamento de mi conciencia. Sí, era un camino lo que se me había mostrado, un camino que nada tenía que ver con la mirada huidiza, el gesto pusilánime, la voz amedrentada, y este fue el camino que seguí a partir de entonces, el camino que he seguido hasta hoy y el que no pienso abandonar por más que entre los unos y los otros se empeñen en hacerme cambiar: el camino de la insolencia, el del descaro, el de mi recién descubierta fortaleza. Un camino que me llevó a la pelea constante, al golpe como respuesta a una mirada, a cortar trenzas de las niñas que se atrevían a cantarme o a llamarme «pelo paja». A desplegar una energía y un brutal impulso que nadie entendía por desproporcionados, decían las monjas, pero que me permitía ver la reacción de la agredida y corroborar lo que descubrí el día del golpe de la pelota: que la mirada de terror en los ojos de los demás me proporcionaba una satisfacción sin límites, un sosiego, una placentera ebullición de mi pensamiento, como si me hubiera liberado de algo muy doloroso y punzante que tenía dentro de mí. Una sensación tan incontenible de placer que me volví adicta a ella y a su llamada porque actuaba en mi mente como una droga, y me forzaba a recorrer el colegio provocando para ser insultada, cosa que cada vez ocurría con menos frecuencia porque llegué a ser una verdadera amenaza para cualquiera no ya que me insultara, sino que simplemente se atreviera a mirarme. Y cuando, ansiosa por ver de nuevo el espanto en la mirada y en el gesto de las niñas, me faltaron motivos, prescindía de ellos y me lanzaba a la primera extravagancia ofensiva que se me ocurriera en busca del renacer de aquella satisfacción poderosa que me dejaba sumida en una misteriosa placidez.

Ponía ostentosamente lagartijas muertas o arañas tan grandes como podía encontrar en los libros o en la cama de la que tuviera más a mano. Cuerdas tirantes a la altura de los tobillos cuando al atardecer descubría a una niña correr hacia el dormitorio. Recurría a los escupitajos en la sopa de mi vecina o a golpes y patadas contra quien, sin querer, me hubiera empujado al pasar la puerta o bajar la escalera. Cada destello de felicidad conseguido tenía su respuesta en un castigo que fue haciéndose más y más humillante. Recuerdo uno de los últimos, cuando vertí una coca-cola dentro del pupitre de una remilgada que se sentaba a mi lado, la monja me hizo poner de pie sobre un taburete que había colocado en la misma tarima donde se encontraba su mesa, y allí me tuvo con los brazos en cruz en exhibición pública frente a toda la sala de estudio desde las nueve de la mañana hasta la hora de comer. Pero no me importó: desde la altura miraba fijamente a las niñas sentadas en sus pupitres haciendo los deberes, con el odio y la agresividad que había aprendido a mostrar, las veía temblar y esconder su mirada en el libro o la libreta, y renacía entonces un instante de placer, como un relámpago del que me habría provocado una venganza más completa. Me hicieron dormir separada de las demás, me castigaron a comer de pie, me quedé sin recreos y sin paseos los domingos, pero de una forma u otra siempre acababa cumpliendo el castigo a la vista de todas las alumnas, porque de lo único que no se percataron es de que cuanto más a la vista estaba de las niñas, mayor era mi placer y más sustancioso el juego vertiginoso de provocarles terror.

Hasta que me expulsaron del colegio y me enviaron a un centro de internamiento para menores en Guadalajara regentado también en parte por monjas que, conscientes de la gravedad de mi comportamiento, que les había sido transmitido por las del colegio, me tuvieron en régimen de vigilancia constante. Tenía entonces 15 años y allí tendría que permanecer hasta los 17.

Había en el centro una psicóloga a la que tenía que ver cada semana. Me habría gustado que fuera verdad lo que me decía, que estaba allí para ayudarme, que quería ser mi amiga, que yo estaba muy sola y que solo con la confianza en algo o en alguien desterraría para siempre el afán desconocido que me empujaba a cometer atrocidades y me cargaba con tantos disgustos y castigos. Pero en cuanto levantaba la vista hacia ella, surgía inevitablemente en mis oídos la antigua y terrible canción, y con ella el deseo de provocar miedo, el ansia de sentirme fuerte y la convicción de que había dominado la situación y, por tanto, vencido. Y como con ella se hacía más difícil la provocación, en cuanto salía de su despacho, mi furia, incrementada por la frustración, se volcaba en la primera persona que encontraba al paso,

acosándola del modo más cruel que se me ocurriera en aquel momento hasta conseguir la liberación que me concedía comprobar una vez más su terror y mi prepotencia. Sin importarme las consecuencias que pudiera tener.

Tampoco me importaron las palizas de las guardas ni los bofetones de las monjas, ni el trabajo duro, ni las duchas de agua fría vestida con una camisa a la luz cenital del amanecer, ni la obligación de coser paños de cocina hasta la madrugada, porque seguí consolándome con unas venganzas provocadas o anticipadas de las que ya no podía prescindir. O esto o de nuevo vencida por el miedo, me decía. O ellas o yo. Y preferí que fueran ellas. Además, cada vez ansiaba más aquel placer, que me exigía día a día mayor saña y mayor ferocidad. Hasta que una noche, cuando todavía no se habían apagado las luces del dormitorio, me abalancé contra una chica que se había atrevido a poner dentro de mi cama un papel con las palabras «albina de mierda» y, como no podía agarrarla por el pelo ya que íbamos todas casi rapadas, le atenacé el cuello con las manos y, sin hacer caso de los gritos de las demás, atenta solo a la fascinación que me producía la expresión de horror de la chica que aumentaba con cada golpe, le sacudí la cabeza contra el suelo con tal furia que solo me di cuenta de que había perdido el conocimiento cuando desapareció con su mirada el impulso que me llevaba a aumentar su terror, y se convirtió en dulce mansedumbre el intenso y ciego deleite que me había proporcionado la paliza.

Intervino entonces la justicia, lo que comportó que al salir, a los 17 años, tuviera que ingresar en la cárcel de mujeres para acabar de cumplir una condena de la que me faltaban aún varios meses.

Allí aprendí lo que no había sabido hasta entonces: que necesitaba esconderme de las demás, que solo debía sembrar el terror si me hallaba sola con alguna presa para evitar testigos que aumentaran mi pena. Y así seguí comportándome, con prudencia pero con el mismo ensaña miento incrementado tal vez por el sigilo con que actuaba. Y acabé incluso por conseguir en la cárcel cierta tranquilidad por mi buen comportamiento.

- finalmente llegó el día en que tenía que salir. Fue hace un mes. Me dieron una cantidad de dinero a cuenta de la pequeña herencia que mi abuela, que había muerto un año antes, me había dejado junto con la casa de Sigüenza. Al irme, todavía pude despertar un último vestigio de terror en el rostro de la guardiana obesa y malvada que me acompañó hasta la puerta, a la que no le di la coz que deseaba darle pero que debió de adivinar mi odio en el gesto de desprecio que le dediqué, porque me pareció que huía despavorida hacia el interior sin

dedicarme ningún insulto, dejándome solazada en la calle solitaria en busca de la estación de autobuses que había de llevarme a Sigüenza.

- aquí estoy, sola en este inmenso caserón polvoriento donde nadie ha vivido desde hace años y cuya historia soy incapaz de leer o adivinar por más que curioseé y busque en el interior de los cajones y de los armarios, entre las páginas de los libros envejecidos por el tiempo, o en las fotografías amarillentas que cubren los estantes y las paredes.

Me miro en el gran espejo de la dorada cornucopia del zaguán cargado de manchas negras, y a esta nueva luz contemplo mi cabello crespo y pajizo que no han mejorado ni las cárceles ni el placer de las venganzas, y me entristece verme colmada de tantas carencias que todavía no he aprendido a definir, ni siquiera a nombrar. Porque me parece entender —así lo he ido aprendiendo a lo largo de los años— que en la nueva vida que comienzo no tendré otra forma de defenderme ni habrá más paz que las que me procuran los incontenibles arrebatos de fuerza y de crueldad, indispensables para que asome el espanto en la mirada de aquel a quien los he infligido.



# **MEMORIA**

*por Jordi Sierra i Fabra*

Mientras lees estas líneas, es más que probable que Jordi esté terminando una de sus novelas. Y es que el ritmo de producción de este barcelonés nacido en 1947 es, simplemente, imparable. Escribir es su droga, como también lo son el cine o la música. Los libros, las películas y los discos se acumulan en sus estanterías por miles y miles, casi como los premios que le han otorgado en más de 30 años de una carrera literaria que no ha hecho más que empezar.



Aquel día de 1961 escuché las peores palabras de toda mi vida.

Me las escupió a la cara.

—Mañana, si vienes al colé, te mataremos.

Se llamaba Petit. No recuerdo el nombre. Petit. Era alto, llevaba el cabello casi al cero, muy rapado, y tenía cara de bestia. Cara de animal, sobre todo cuando golpeaba a alguien, sobre todo cuando me golpeaba a mí. Cara de querer hacer daño. Abría unos ojos como platos y sus facciones se demudaban en un rictus maligno. Era la pura imagen del sadismo.

Petit.

Recuerdo muy bien la atrocidad del momento.

Levanté los ojos, miré el colegio, abarqué el mundo entero con la desesperación de mi rabia y me fui a casa.

Mi colegio era una especie de campo de exterminio nazi con la Gestapo dentro y en plena efervescencia. Po bres maestros, unos sin preparación y otros haciendo gala de la peor de las manos duras para meternos en vereda. Un día, el cura de religión le tiró un cepillo para borrar la pizarra a uno de los peores y este, que lo vio venir, se apartó. El cepillo, de madera por un lado, le abrió la cabeza al que estaba sentado detrás, justo el santo de la clase. Fue un escándalo. En cambio, nadie se preocupaba cuando el profesor de matemáticas, un tal Gili —se puede uno imaginar cómo acabábamos su apellido—, sacaba al tartamudo de la clase para preguntarle cuántas eran dos y dos, consciente de que la palabra cuatro, para un tartamudo, era muy difícil de pronunciar.

El tartamudo era yo.

A veces se oía un grito a la hora de empezar las clases: «¡Que viene el tartaja!». Y me caían encima dos o tres para mostrarme su cariño y su amor a base de golpes.

Pero aquel día de 1961, con trece años, las palabras de Petit me atravesaron de lado a lado.

—Mañana, si vienes al colé, te mataremos.

Cuando uno sufre acoso y maltrato escolar, se lo cree todo, no piensa, no razona, cada día es un ejercicio de supervivencia, cada fin de semana una

tregua, cada noche un bálsamo, cada amanecer un sufrimiento para ponerse en pie. Y tanto da que el maltrato se circunscriba a un curso o a parte de él. A los trece años, el tiempo tiene otra dimensión. Mi tiempo era eterno. La paz entre golpes formaba islas de inquietud y espera.

Llegué a casa envuelto en una negrura tormentosa y, como de costumbre, no dije nada a mis padres. Me podía el orgullo. De hecho fue lo que me salvó después, al paso de los años, pero en ese momento me podía como resistencia final. Nunca había dicho que sufría acoso escolar. No quería que mi padre se sintiera humillado a través de mí. Bastante lo estaba por la guerra que perdió y por la familia que le despreció por ser hijo ilegítimo de un señorito de Valladolid. Yo callaba siempre. Prefería pasar por tonto que por derrotado. Si me robaban un libro, decía que lo había perdido. Si estrenaba un jersey y el matón de la clase me lo rasgaba el mismo día del estreno, prefería decir que jugando al fútbol, en una entrada disputando una pelota con el portero, este me lo había roto accidentalmente al superarle para meter el gol, una bronca por algo así me parecía mejor y más razonable que no otra por dejarme machacar.

—¿Qué tal el colegio? —me hizo la misma pregunta de todos los días de mi madre.

—Bien, como siempre.

—¿Tendrás mejores notas este sábado? —me hizo la misma pregunta de todas las semanas mi padre.

—No sé.

Mi padre quería que fuese matemático.

Alucinante.

Me refugié en mi habitación y me puse a hacer los deberes con la cabeza en todas partes menos en ellos. ¿Qué más daba que los hiciera si no podría entregarlos? ¿Qué más daban las clases del día siguiente si iban a matarme? ¿Para qué estudiar la lección si no iba a tener oportunidad de recitarla? Ni siquiera tuve ganas de escribir mi novela. Estaba haciendo «una novela larga», de 500 páginas, para demostrarme a mí mismo que sí, que un día sería escritor pese a la oposición de todos, mi padre y mi maestra de lengua. Ese día no fingí estudiar mientras debajo del libro tenía la libreta en la que trenzaba mi historia de un perro vagabundo desde su nacimiento hasta su muerte.

Ese día era solo una cuenta atrás.

Aquella noche traté de imaginarme cómo sería el día siguiente. Traté de imaginarme los golpes, la muerte, el adiós.

- no pude.

Sentía mucha rabia. Desesperación no, rabia. Miedo o cobardía no, rabia.

No teníamos televisión, una familia humilde no podía permitirse esos lujos. Escuchábamos la radio. Quizá era el día de *El Zorro*, o quizás de las retransmisiones de ópera que escuchaba embelesado. No lo recuerdo. Me acosté sintiendo que era mi última noche.

- no recuerdo cómo, pero me dormí.

Al día siguiente, mi despertador sonó a la hora, me incorporé en la cama y ante mí apareció el horror de mi cita con el destino. Petit me esperaba en el colegio. Petit iba a matarme. Si iba, sería el fin. Y si no iba a clase, si me las saltaba, igual lo hacía al otro, sin olvidar que entonces me pondrían una falta y, por hacer novillos, el que me mataría sería mi padre.

Fue en ese momento cuando tuve la idea de suicidarme.

—Si voy a morir, prefiero hacerlo por mi mano.

Mi orgullo.

Era todo lo que tenía.

Aún lo recuerdo, como si acabase de suceder. Pronuncié esa frase sentado en la cama y durante un segundo, un simple segundo, no más, decidí prácticamente mi vida.

Porque la idea fue barrida de mi mente tras esa fracción de tiempo.

—No van a matarte —me dije.

De la misma forma que el día anterior había creído que sí, apreté los dientes y en ese instante supe que no, y que el dolor de los golpes nunca sería tan duradero como la vida que me esperaba y que dependía de mí, solo de mí.

No es justo que a los trece años tomemos decisiones tan importantes.

Pero a veces nos vemos obligados a ello.

Me levanté, me lavé, desayuné y fui a la escuela apretando los puños, dispuesto a todo. No era un luchador, no podía enfrentarme a Petit con las manos, porque habría sido peor. Yo era enclenque y un precursor del *hippismo*, pacifista al estilo de Gandhi. Solo un año después, frené a uno que venía a por mí en un partido de fútbol con una soberana patada entre las piernas. Fue un pronto. El día de mi «sentencia de muerte» no pensaba en nada. Llegué a la escuela con el corazón latiéndome a mil, y cuando apareció mi presunto asesino, se me quedó mirando con una media sonrisa colgada de los labios.

El tiempo se detuvo otro segundo.

Un segundo de esos tan largos a los trece años.

Eternos.

Aquel día no me hizo nada, y creo que tampoco al otro. Lo de matarme fue una baladronada. Lo malo es que el agredido llega un punto en el que se lo cree todo. El mundo se divide en dos: a salvo o en peligro. Después de eso, los recuerdos sí se me hacen difusos, el acoso fue menguando hasta que ya con quince años dejó de ser mi pesadilla. Para entonces, Petit ya no estaba en clase. No sé si lo acabaron expulsando o se fue él. Parte de mi infancia está olvidada, sepultada por mí mismo, como lo está parte de mi adolescencia o primera juventud en aquella España en blanco, negro y grises. La España que me robó la libertad sin ser yo consciente de ello.

Muchas veces pensé en aquel segundo decisivo.

Años después, cuando se suicidó Jokin, el niño de Hondarribia, escribí *Sin vuelta atrás* y lo solté todo por primera vez.

Recordé mucho aquel día en que, por un segundo, pensé en hacer lo mismo que él.

Un segundo.

El tiempo suficiente para decir no a la rendición y seguir luchando.

# **MARCAR UN GOL**

*por Care Santos*

Recientemente, una publicación señalaba a Care Santos (Mataró, 1970) como una de las herederas españolas de la «madre» de Harry Potter, J. K. Rowling. Sinceramente, decir esto es quedarse corto. Hablar de Care Santos es hacerlo de una periodista, crítica literaria, fundadora de una asociación de jóvenes escritores, ganadora de premios literarios, bloguera de referencia y, en definitiva, de una de las voces literarias más personales del panorama literario actual.

*Sé amable con los empollones de la clase,  
porque existen muchas posibilidades  
de que termines trabajando  
para uno de ellos.*  
Bill Gates

He esperado a que se marchara todo el mundo para dar este paseo solitario. Lo considero una especie de ritual, una ceremonia de reencuentro. No con las viejas paredes y lugares, que tan bien conozco, sino conmigo misma. Con mis recuerdos, con aquella que fui hace veinticinco años. He esperado a estar sola, he dejado todo el trabajo pendiente sobre la mesa, he cogido algunas llaves del casillero y he salido a pasear, con la excusa de ver otra vez, después de tanto tiempo, los pasillos, las aulas, los patios... y a quienes habitaron en ellos.

El último en marcharse ha sido, como siempre, Juan, el conserje. Ha regresado de su ronda diaria después de ver que estaba todo en orden, ha asomado sus mejillas coloradas a través de una rendija de la puerta de mi despacho y ha anunciado:

—Yo ya me marcho, Belén.

Y al ver las pilas de documentos que llenaban mi mesa ha exclamado:

—¡Caray, aquí hay trabajo para dos años! Menos mal que siempre has sido muy trabajadora.

Ayer estuvimos hablando un buen rato. Me dijo que después de casi cuarenta años de trabajo, cree que ha llegado la hora de jubilarse. Me confesó que no se había atrevido a formular esa petición al anterior director, siempre tan serio, porque en el fondo sabe que muchas cosas en el centro dependen de él, que los directores tienen su carrera y mandan mucho, pero en el fondo él es el único que sabe qué truco tiene la puerta del gimnasio o dónde se guardan las hojas de examen. Pero que conmigo la cosa es diferente, porque conmigo hay confianza. No porque yo sea una mujer, porque hoy en día las mujeres mandan igual que los hombres, sino porque me conoce desde que era una mocosa lista y retraída de quien siempre sospechó que llegaría lejos.

Al llegar a este punto, Juan ha bajado la cabeza y ha callado, como si no supiera por dónde continuar o como si temiera haber metido la pata. Me ha conmovido su actitud, su debilidad, acostumbrada como estaba a verlo siempre como el más fuerte de todos, como el defensor de las causas nobles, como el salvador de las personas en peligro. Solo se me ha ocurrido decirle:

—Claro que sí, Juan. Te mereces esa jubilación, te la has ganado. Y si el nuevo conserje no consigue abrir la puerta del gimnasio, supongo que no te importará que te llame para que le expliques cómo se hace, ¿verdad?

Su cara se ha iluminado de alegría.

—¡Pues claro, mujer, no faltaría más!

—Entonces, en cuanto logre despejar un poco la mesa, nos ponemos con lo de tu jubilación, prometido.

Creo que su primer impulso ha sido besarme las mejillas. Estaba emocionado. Si se ha contenido, habrá sido porque ha pensado que ya no tengo diez años. Ha dicho:

—Mi mujer se va a poner loca de contenta cuando se lo cuente. Ya me lo decía ella, que te podía pedir este favor porque tú ibas a escucharme.

No quería que Juan me viera emprender este paseo hacia mi memoria. Precisamente él. Por eso he esperado a que se marchara.

En los patios todavía quedan jugadores de fútbol y de baloncesto. No se marcharán hasta dentro de dos horas, por lo menos. Ellos son los últimos colonizadores diarios del centro, pero solo les interesan los espacios exteriores, jamás las aulas, ni los pasillos, ni la biblioteca, ni el laboratorio. A estas horas, da la impresión de que las zonas de clase no son de nadie. Precisamente por eso las siento de mi absoluta propiedad. También los sonidos que las recorren y los olores que las habitan, como si fueran fantasmas, tan antiguos como reacios a abandonar el lugar. Para eso estoy aquí, para volver a encontrarme con esos fantasmas, porque ellos sí me pertenecen en exclusiva.

Las baldosas blancas y negras del vestíbulo siempre me parecieron el escenario de una partida silenciosa. A veces jugaba a pisar solo las blancas, convencida de que ese gesto atraería la buena suerte. Las negras, en cambio, me parecían aliadas de la desgracia. Si la punta del zapato rozaba una baldosa negra, significaba que a lo largo del día iba a ocurrirme algo malo. Si, por el contrario, no calculaba bien y la mayor parte del pie caía sobre suelo prohibido, la catástrofe me estaría acechando a la vuelta de cualquier esquina.

Luego están los sonidos. Parece que puedo escuchar esa algarabía destemplada de la entrada, a primera hora, cuando todas las voces se unían en

una especie de ebullición insoportable. Juan, en la puerta, se quejaba, y mandaba callar a los que alborotaban demasiado. Aunque su jurisdicción acababa donde comienza el pasillo. En aquella época, Juan ejercía de portero desde una garita que habían instalado para él en el vestíbulo. Su aspecto de hombre fuerte nos cohibía, pero mucho más el timbre grave de su voz y, sobre todo, la severidad con que nos miraba. Luego supe, con los años, que su mal genio era impostado, una máscara para hacerse respetar.

Subo la escalera agarrándome al pasamanos, con calma. Los días en que llegaba tarde había logrado subir estos escalones de tres en tres. Ahora los observo y me pregunto cómo es posible que una niña como yo, que nunca fue muy ágil y que no estaba dotada para los ejercicios gimnásticos, hiciera algo así. ¿Tal vez la urgencia, el temor a llegar tarde o el miedo a llamar la atención me acuciaban hasta ese punto? El miedo, sí. No me importa recordarlo. Más que miedo: terror a llegar tarde. Pavor a ser el centro de las miradas.

A mis doce, trece, catorce años, no había nada peor para mí que entrar en el colegio y descubrir que no quedaba nadie en el vestíbulo. Atravesaba el suelo de ajedrez sin poder dejar de pensar en lo que me esperaba arriba. Subía esta misma escalera a velocidades olímpicas. Llegaba arriba sin resuello, y me detenía a respirar, a controlar mis ataques. En aquella época, cuando me asustaba, tenía dificultades para respirar. Sin concederme apenas dos segundos de tregua, me dirigía hacia la clase. Si el profesor aún no había llegado y en el aula reinaba el desorden previo al inicio de la jornada, me daba por satisfecha. Si, por el contrario, el profesor ya estaba en su lugar y mis compañeros guardaban silencio, sentía que me invadía aquel pánico que tan bien conocía. Más de una vez me había quedado junto a la puerta, maldiciendo mi suerte por llegar cinco minutos tarde, preguntándome si me atrevería a entrar o si sería mejor esconderme en uno de los baños hasta que terminara la clase y pudiera entrar sin llamar la atención. Algunas veces me armé de coraje, empujé la puerta y dejé que todas las miradas se clavaran en mí. Anduve hasta mi mesa intentando no hacer caso de los comentarios que escuchaba por el camino, los mismos de otras veces, los que me habían herido ya con anterioridad, los que quería olvidar pero no podía. Y normalmente, la conmiseración del profesor:

—Bueno, basta. Dejad en paz a la pobre Belén.

Y las ganas de llorar siempre bajo control. Porque lo último que se debe hacer en una situación así es llorar. Cuando lloras, has perdido la partida para siempre. Lo sabía bien.



Exactamente esta era el aula. La miro desde fuera, preguntándome si merece la pena entrar. Busco la llave, la introduzco en la cerradura. Recuerdo las baldosas, que figuran cubos y esferas, en un trazado geométrico. Por primera vez le encuentro explicación a recordar tan nítidamente los dibujos que adornan cada uno de los suelos del centro. Reparo en la dolorosa verdad: durante mi niñez y mi adolescencia, miré mucho más al suelo que al frente. Bajé la cabeza siempre, asustada por la idea de enfrentarme, de plantar cara. Y siento una extraña rabia por no haber sabido hacerlo y también una honda lástima por la estudiante que fui, siempre aplicada, mejor que la mayoría, y sin embargo siempre asustada por aquellas a quienes les daba rabia que yo fuera como soy. Y silenciosa, claro. El silencio que siempre fue una consecuencia terrible, pero también uno de los mayores culpables de lo que me ocurría.

Me dirijo ahora a los lavabos. No sé por qué esperaba encontrar los de entonces, con sus puertas de madera oscura y sus baldosas desportilladas formando motivos florales. Era evidente que había que reformarlos. Por eso lo que encuentro solo se parece en parte a lo que conservo en mi memoria. Me alegro tanto cuando lo veo que me quedo detenida en la puerta, con una expresión que me da risa cuando me descubro en el espejo. Si alguien me viera ahora... pienso. La nueva directora, que llega al instituto después de una brillante carrera en el departamento de educación y con un insuperable expediente académico, se pone nostálgica observando media docena de retretes. Qué cosas.

Yo solía refugiarme en estos baños. Entonces, sus puertas de madera oscura eran de esas que no llegan al suelo, que dejan un hueco de unos veinte centímetros por los que desde fuera se puede ver si hay alguien dentro. A menudo me escondía aquí cuando llegaba tarde, y pasaba una hora completa en este breve espacio custodiado por un retrete sin tapa. Casi siempre, leyendo. A veces, escribiendo mis pensamientos en un cuaderno cuadriculado. También durante el recreo. Era más complicado, porque debía procurar que no me vieran. De modo que ideé una manera de encaramarme al retrete para que nadie pudiera ver mis pies desde fuera. No era fácil, pero sin duda yo debía de ser más elástica que ahora, porque lo lograba. Cada vez que alguien empujaba la puerta con intención de entrar al baño, contenía la respiración. Escuchaba sus comentarios desde dentro, muerta de miedo:

—Está atrancada.

O:

—No sé qué pasa, no se abre.

A veces reconocía la voz de Miriam, o de Isabel, o de Carmen, y mi corazón se disparaba. Sabía que no habían de tardar mucho en descubrirme, pero igualmente aguantaba la respiración. Hasta que Miriam se tumbó en el suelo y metió la cabeza por el hueco de la puerta.

—La puerta no está atrancada. Es la asquerosa de Belén. Menudo morro. Vamos a decírselo al director.

En cuanto se fueron —las tres juntas, como siempre—, salí del escondrijo y me senté en un banco del patio. Mi corazón no dejaba de galopar a toda velocidad. Desde allí, pude ver al director entrar en el baño de chicas en compañía de las tres deladoras. Me pareció que le molestaba mucho perder su precioso tiempo con aquella falsa acusación, y que por eso las regañaba. Y al hacerlo encendió la ira de la bestia, claro. Porque, desde luego, Miriam no iba a perdonarme que la hubiera dejado en ridículo, de eso estaba segura.

Los dos días que siguieron no quise ir al colegio. Fingí que me dolía la tripa, que tenía ganas de vomitar, que estaba muy débil y que me había venido la regla (por este orden). Al tercer día, mi madre consideró que ya era suficiente y me llevó al colegio en su coche. Además, se detuvo frente a la puerta para asegurarse de que entraba. Luego supe que también había ido a hablar con el director, a quien le comunicó su preocupación por mi comportamiento de los últimos tiempos. El director le dijo que no había detectado nada anormal y que no debía preocuparse, porque mi rendimiento académico era, como siempre, excepcional, el mejor de la clase. Yo era, como suele decirse, la empollona del grupo. Aunque también eso iba a cambiar. Recuerdo que aquella mañana, cuando mi madre me dejó en la puerta del centro y esperó a que entrara, lo hice con tanta precipitación que pisé una baldosa negra. Mi pie cayó justo en el centro, como una isla alargada en medio de un mar oscuro. Supe de inmediato que se acercaba algo terrible. Y no me equivoqué.

Es curioso. Descubro que, al igual que en algunos lugares parecen concentrarse los malos recuerdos, hay otros que solo conservan los buenos. La biblioteca, por ejem pío. Muy pronto descubrí que los libros eran buenos amigos de los solitarios como yo. Ellos no me excluían de sus juegos, no murmuraban cosas desagradables a mi paso ni se burlaban de mi torpeza o de mi inteligencia. Por eso comencé a pasar los recreos en la biblioteca. Fue allí donde conocí a Laura, mi única amiga verdadera de esos años. Tenía un año menos que yo, pero iba dos cursos por debajo. No podía salir a jugar al patio porque sufría una enfermedad cardíaca que le impedía realizar ejercicio físico. Era flacucha, de piel muy blanca y con unos ojos azules muy claros, que en

un primer momento causaban impresión. Casi no hablaba, y cuando lo hacía era con un tono de voz tan bajito que sus palabras no se oían. Parecía débil como un pájaro.

Recuerdo que lo primero que le dije fue que tenía mucha suerte de no poder hacer gimnasia, porque la gimnasia era un asco.

Me miró un poco ausente, levantó la vista del libro, y me dijo:

—A mí me gustaría marcar un gol alguna vez.

Desde entonces, nos encontramos a diario en la biblioteca. Ella estudiaba, o subrayaba algún libro, o leía una novela de aventuras. Me habló de Julio Verne. De Stephen King. De historias cursis de internados que a ella le daban náuseas (pero que a mí me despertaban tanta curiosidad como los asesinos o los aventureros que tanto le gustaban). Yo leía todo lo que ella me recomendaba, y a mi vez le hablaba con entusiasmo de mis propias lecturas. Yo entonces jamás había conocido más biblioteca que la de mis padres, donde cohabitaban las leyendas de aparecidos de Bécquer, con el despecho poético de Sor Juana Inés de la Cruz, o la angustia de las historias de Edgar Allan Poe... Un día me invitó a su casa y comprendí que nuestra amistad había traspasado la barrera de lo imaginario para adentrarse en el mundo real. Hasta ese momento, solo habíamos hablado de historias que ocurrían en las páginas de los libros.

Los mismos libros, por cierto, que siguen aquí, alineados en su lugar, esperando a que alguien llegue y los lea. Cojo uno. *Miguel Strogoff*, de Julio Verne, uno de los primeros que leí por recomendación de Laura, que lo había descubierto primero. Sus páginas amarillean, huelen a papel viejo. Al final, en un sobre que fue blanco, se conserva la ficha de lectura. Una diminuta cartulina rayada donde la bibliotecaria de entonces anotaba cuidadosamente qué lector había tomado prestado cada volumen. Hace años que dejó de llevarse este registro manual y se sustituyó por otro informático, más moderno y eficaz. Pero la tarjeta sigue ahí, con las esquinas gastadas por el tiempo, exhibiendo la lista de lectores que alguna vez pasaron por estas páginas. Repaso con el índice los años y los nombres hasta que doy con ella: Laura Blasco Quílez. 12 de febrero de 1982. Tres nombres más abajo está el mío. Me gusta reconocermé aquí, en este libro que me trae tan buenos recuerdos. Es como si él también conservara la memoria.

No pasé por todas las aulas, naturalmente, pero me doy cuenta de que a lo largo de mi vida como estudiante me quedaron pocas por pisar. Me llama la atención cómo los recuerdos acuden a mi llamada en solitario, como si cada lugar pudiera conservar uno y solo uno. La alacena donde, en quinto,

guardábamos el conejillo de Indias que se convirtió en nuestra mascota. En honor a nuestro curso, le pusimos Quintiliano. O la pizarra donde descubrí que era miope, en cuarto, y tuvieron que sentarme en las primeras filas a pesar de que siempre fui de las más altas. Hasta que mis padres decidieron llevarme al oculista y él encontró la cura para mi problema, y me mandó usar gafas. Las primeras. También reconozco el cristal que se hizo añicos durante un recreo, hiriendo a la profesora de filosofía, o la ventana junto a la cual se echaba sus interminables siestas el profesor Alarcón, de matemáticas, al solecito tibio que se filtraba por sus cristales todas las tardes.

Mis pasos me llevan, para terminar la visita, hacia los patios. Aquí, junto a las canchas de baloncesto, sigue estando el gimnasio. Es un espacio grande y bien equipado, el empeño de uno de los antiguos directores por dotar al dentro de un lugar digno donde practicar deporte. Lo veo ahora y reconozco que es un privilegio contar con algo así: colchonetas, aparatos, barras de ejercicios, material para practicar gimnasia rítmica, dos plintos, tres potros... Y sin embargo, no puedo apartar de mi mente el tormento que para mí significaba la dosis semanal de actividad física.

Miriam y sus amiguitas tuvieron bastante tiempo para tramar su venganza. Para mi desgracia, el día en que regresé al colegio después del incidente del lavabo fue, precisamente, un jueves. Y los jueves tocaba deporte. Ya en el vestuario comencé a confirmar todos mis temores. Miriam, Carmen e Isabel me dirigían miradas a cada rato, sonreían de aquel modo que a mí me daba tanto miedo y hablaban entre ellas cuchicheando.

Continuaron haciéndolo durante las dos horas en que estuvimos en el gimnasio. Se reían como hienas, al mirarme. Se burlaban de mi escasa agilidad, o de mi físico, o de mi chándal, de cualquier cosa. Hacían que el resto de la clase se riera también. Decían:

—Tienes que aprender a saltar, asquerosa.

O bien:

—Te pesa el culo, Ramírez.

También murmuraban aquellos insultos que nunca más he sido capaz de repetir. Es curioso, ni siquiera ahora que soy adulta puedo hacerlo, como si su sola mención me ensuciara, me convirtiera en alguien peor de la que soy.

Aquella tarde, cuando entré a los vestuarios después de la clase, mi ropa estaba allí. Me duché de las últimas, como siempre, después de que Miriam y sus amigas lo hicieran. Siempre me comportaba así por miedo, para que no se metieran conmigo, para no tener que soportarlas.

Se valieron de eso. Sabían que las evitaba, que las temía. Aprovecharon cuando entré en la ducha para robarme mi ropa. Luego se llevaron también el chándal, y la toalla. Y mi bolsa. Y todo lo que me pertenecía. Aquel día entré algo más tarde de lo habitual en la ducha porque me entretuve hablando con Marta, la delegada. Me preguntó por los deberes, por el trabajo de sociales, por el examen de matemáticas. Me dijo que había estado enferma últimamente y que no tenía ni idea de lo que habían mandado los profesores, y como yo siempre estaba al día y tenía tanta fama de empollona, había pensado que podría ayudarla. Por supuesto que la ayudé. Incluso me sentí honrada de que necesitara mi ayuda. Qué idiota. No me di cuenta de que Marta estaba colaborando con Miriam y las demás, se había vuelto su ayudante, su cómplice. Aquella tarde tenía la tarea de entretenerme hasta lograr que entrara a ducharme la última.

El plan les salió a la perfección. El vestuario quedó desierto. Cuando decidí salir de la ducha, apenas se oía a nadie afuera. No encontré la toalla sobre la puerta, donde la había dejado. Pensé que se había caído y busqué por debajo, pero tampoco logré dar con ella. Intenté abrir un poco la puerta por si se había quedado fuera de mi alcance y fue entonces cuando me di cuenta de que la habían atrancado por fuera. Forcejeé un poco, pero fue inútil. Allí estaba, desnuda en la ducha, muerta de frío, sola. Un animalito idiota que acaba de caer en una trampa. Lo único que se me ocurrió fue pedir socorro.

—Por favor, ¿alguien puede abrir la puerta?

Me contestó la voz de Miriam:

—Te jodes, Ramírez. Y esta vez no nos delates o la próxima será peor.

Escuché más risas. Reconocí a Carmen, a Isabel, a Marta, tal vez a alguien más. Me pareció que había también voces masculinas. De modo que el complot era universal, cósmico, insufrible. Grité. Con todas mis fuerzas.

—¡Por favor! ¡Estoy desnuda! ¡Hace frío!

—Se han ido todos, asquerosa. Si quieres salir, aprende a saltar, que buena falta te hace.

A continuación oí que la puerta se cerraba desde fuera. Dos vueltas de llave. Recordé que Miriam era aquella tarde la encargada de cerrar los vestuarios y devolverle la llave al conserje. Pensé que no tenía escapatoria. Que lo habían tramado todo a la perfección.

Tardaron más de seis horas en encontrarme. Fue Juan. Cuando oí que alguien daba vueltas a la llave, estaba harta de llorar, congelada, encogida en un rincón. No había conseguido salir de allí, a pesar de haberlo intentado de todas formas. No me atrevía a saltar las mamparas de las duchas, no logré

desatracar la cerradura, no cabía por debajo de la puerta ni reptando como una anguila sobre las baldosas. No había escapatoria. Y podría haber sido peor: podría haberme quedado allí hasta el día siguiente, o hasta que mis padres me echaran de menos. Si tuve tanta suerte fue porque Juan jamás se va del centro sin dar su última ronda. Y aquella tarde, algún presentimiento lo llevó a abrir la puerta de los vestuarios femeninos. Él explicó que le había alertado no sé qué cosa del agua. El caso es que oí sus pasos y me atreví a gritar:

—¡Estoy aquí! ¡Me han encerrado!

Se acercó enseguida. Desatracó la puerta (la habían sujetado con un pedazo de alambre) y me rescató. Bueno, primero fue a buscar una toalla, porque cuando supo que estaba desnuda, creo que se sintió más asustado que yo. En aquel momento no supe apreciarlo, con el tiempo me he dado cuenta de hasta qué punto habla de su nobleza un gesto como ese.

Al día siguiente, en el colegio no se hablaba de otra cosa. La voz había corrido sin que yo me explicara cómo (aunque estaba clarísimo: habían sido ellas, Miriam y sus compinches). Todos me miraban por los pasillos, cuchicheando. En cambio, yo no podía mirar a nadie a la cara. Ni a Miriam ni a Carmen ni a Isabel ni a Marta ni, en realidad, a ninguno de mis compañeros, que, si no habían participado en la burla cruel, habían actuado como mudos testigos. Durante unos días esperé a que alguno me ayudara y las delatara. Todos sabían quién había sido. Pero nadie lo hizo. Tampoco nadie habló del tema. El silencio se había cerrado sobre mí.

Después del recreo, me llamó el director a su despacho. Recuerdo que cuando entré en aquel lugar por primera vez, me pareció horriblemente triste y oscuro. Había retratos de señores antiguos colgados por las paredes, y la mesa era de madera oscura, casi negra, lúgubre. Me senté en el sillón, frente a él, y esperé a que lanzara la pregunta que estaba esperando:

—Quiero que me digas quiénes fueron.

Callé. El corazón me latía a mil por hora. Desde luego, no pensaba delatarlas. No quería arriesgarme a una agresión aún mayor.

—Solo tienes que decirme sus nombres. Tengo alguna sospecha, pero necesito que me la confirmes para que todo el mundo reciba lo que se merece.

—¿Cuál sería el castigo? —pregunté.

—La expulsión, por supuesto —dijo. Por un momento, vi el cielo abierto. Pensé que podría librarme de ellas. Pero a continuación, el director añadió—: Durante diez días, por lo menos.

Comprendí que no había nada que hacer.

—Fue un accidente —dije—. Fue culpa mía.

El director me lanzó una mirada incrédula.

—¿A quién quieres engañar, Belén? Todos sabemos que han sido algunas de tus compañeras. Tienes que decirme sus nombres.

Una voz en mi interior gritaba, rabiosa: «Miriam Esteban Pérez», «Carmen Galán Soria», «Isabel Martín Ávila», «Marta Cuéllar Santolaya»... Pero era una voz interior muy débil, ahogada por mi miedo a hablar, por mi terror a que volviera a ocurrir. Por mi terror. Como siempre.

Por supuesto, tampoco en casa dije nada. Mi madre me preguntó qué había pasado en los vestuarios y yo me limité a decirle que había sido una broma, que todo el mundo gasta bromas, que no tenía importancia. Ella insistió, quiso saber si ese acoso que estaba sufriendo era el causante del bajo rendimiento del que últimamente hablaban mis profesores. Me enfadé con ella. Creo que grité.

—¡A mí no me acosa nadie! —dije—. ¡Ni se te ocurra decirle eso al director!

Aquel trimestre suspendí tres, por primera vez en mi vida. Pero mi madre, que terminó por creerme, lo achacó a otras causas: el desconcierto propio de la pubertad, la aparición de algún pasatiempo nuevo o algún enamoramiento inexistente.

Lo peor que tiene la miopía de ciertos adultos es que no se cura poniéndoles gafas.

Entro en los vestuarios de las chicas y no puedo evitar sentir un escalofrío. Las duchas ya no son como entonces. Las cerraduras las cambiaron por otras más seguras poco después de mi incidente. El resto, lo fueron remodelando en diversas etapas. Ahora no sería posible encerrar a nadie. Juan nunca más se ha ido del centro sin revisar una por una las estancias, incluido el gimnasio y los vestuarios. Las peores cosas que nos ocurren dejan enseñanzas importantes en aquellos que saben escucharlas. También el tiempo ayuda. Atravieso la puerta del vestuario y reconozco que, por fortuna, ya no soy la misma.

Ha anochecido. Vuelvo al despacho y llamo a casa. Le digo a mi marido que no tardaré en llegar, que no empiece a bañar a nuestro hijo sin mí, que se me ha hecho un poco tarde con el lío del primer día. Reviso las pilas de papeles que tengo sobre la mesa, tratando de poner un poco de orden. Hay varias pilas: cuestiones académicas, expedientes de alumnos, listas de proveedores, currículos de posibles aspirantes a profesores y a personal... Esta tarde he estado ojeando esta última, porque hay un par de plazas que el

centro necesita cubrir con urgencia. De modo que mi etapa en mi antiguo colegio comenzará haciendo crecer la plantilla.

Ojeo de nuevo las solicitudes y los currículos. Sé lo que voy a encontrar, solo busco ponerle un cierre coherente a este primer día. Me detengo en la fotografía que acompaña una de las solicitudes. Es una mujer de mi edad, de mirada penetrante, pelo rizado y rubio. Su currículo viene acompañado de una nota manuscrita donde leo:

Querida Belén:

Me he alegrado mucho al saber que eres la nueva directora de nuestro antiguo colegio. Por eso me he animado a escribirte enseguida, con la esperanza de que puedas comprender mi situación. Enviudé hace seis meses, y no tengo trabajo desde que tuve a mi hija (tiene cinco años). Te hago llegar mi currículo, donde verás que tengo experiencia como profesora (de Literatura) y que mi expediente académico no es malo (aunque tampoco tan brillante como el tuyo). Te lo pido como un favor personal, porque de verdad que lo necesito. Si no fuera así, sabes bien que no me atrevería a pedírtelo. Al margen de eso, quiero añadir que desde hace tiempo he seguido tu trayectoria y tus éxitos, y siempre me he alegrado mucho por ellos.

Te mando un abrazo. Tu antigua compañera,

Miriam Esteban

Observo la foto durante unos minutos y me sorprende que no me despierte ningún sentimiento. Recuerdo las palabras de Laura, a quien nunca volví a ver después de aquel curso:

—A mí me gustaría marcar un gol alguna vez.

En el fondo, pienso, ella y yo teníamos el mismo deseo.

Echo el currículo de Miriam a la papelera y salgo despacio, como si temiera que alguien me descubriera.



Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).